
Un
ESCOCÉS
PARA
Martina
SARAH RUSELL

Un ESCOCÉS PARA Martina

SARAH RUSELL

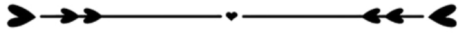
Primera edición.
Un escocés para Martina
©Sarah Rusell
©agosto, 2026
©imágenes por Magnific y AdobeStock
Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27

Capítulo 28
Capítulo 29
Epílogo

Capítulo 1



Laia salió del portal, se detuvo en el último escalón y abrió los brazos para que pudiera contemplarla entera, orgullosa del resultado de casi dos horas de preparativos y absolutamente convencida de que la calle se había construido para recibirla aquella noche.

El vestido azul eléctrico le rozaba medio muslo, llevaba el pelo recogido en una coleta alta y los pendientes dorados que yo le había regalado por su cumpleaños se balanceaban cada vez que movía la cabeza.

—Puedes felicitarme otra vez —propuso mientras se alisaba el vestido sobre las caderas—. No todos los días asciende tu mejor amiga a sargento y, además, consigue estar espectacular después de una semana durmiendo cinco horas.

—Te he felicitado diecisiete veces desde esta mañana —le recordé, mientras avanzaba hacia mí—. Incluso te he mandado un audio cantando el himno de la Armada.

—Aquello podría considerarse un ataque contra las Fuerzas Armadas. Si lo escucha un superior, me degrada por tener relación contigo.

Su manera de hablar tenía la precisión de un disparo: directa, áspera cuando se lo proponía y tan divertida que resultaba imposible ofenderse durante más de treinta segundos.

La conocía desde el instituto y, aunque nuestras vidas habían tomado caminos muy distintos, nunca permitimos que mis turnos del hospital, sus guardias o mis relaciones desastrosas nos alejaran ni un ápice.

Yo había elegido un mono negro con la espalda descubierta, sandalias de tacón y unos pendientes verdes que aportaban el único toque de color. Me recogí uno de los lados del pelo con dos horquillas y dejé el resto suelto sobre los hombros; conseguí maquillarme sin excederme con el iluminador, algo que Laia consideraba un logro digno de publicación científica.

—Tú tampoco estás mal —concedió después de examinarme—. Esta noche podrías encontrar al padre de tus hijos, perderlo entre dos copas y volver a buscarlo antes del cierre.

—Qué bonito. Deberías escribir discursos para bodas.

—No creo en el matrimonio y no quiero hijos. Mi mercado laboral sería limitado.

Echamos a andar hacia el centro de Rota mientras la última claridad del día se retiraba de las fachadas.

El final de la primavera había dejado una temperatura amable, con ese aire salado que se colaba por las calles y prometía un verano cada vez más cercano.

Laia avanzaba con la seguridad que le daba caminar sobre unos tacones dignos de provocarle una lesión de tobillo; yo, fisioterapeuta con varios años de experiencia, escogí unas sandalias preciosas que probablemente me obligarían a tratarme a mí misma al día siguiente.

Habíamos reservado en un restaurante cercano al puerto, uno de esos lugares animados donde la cena podía prolongarse hasta confundirse con la primera copa.

Nos acomodaron en una mesa alta situada junto a una pared cubierta de fotografías antiguas de pescadores y embarcaciones, y Laia dejó el bolso en un taburete antes de apropiarse de la carta.

—Voy a pedir sin prudencia —anunció—. Durante los últimos cuatro meses he sido un ejemplo de disciplina, capacidad de mando y respeto institucional.

—Ayer insultaste a una impresora.

—No era una impresora, Martina. Era un instrumento del enemigo.

Pidió croquetas de carabineros, atún de almadraba, patatas aliñadas y una botella de vino blanco que aseguraba haber elegido por sus conocimientos enológicos, aunque sospeché que se había limitado a señalar la etiqueta más bonita. Cuando el camarero llenó las copas, levantó la suya y abandonó durante unos segundos el tono burlón.

—Por mí —proclamó, sin rastro de modestia—, porque me lo he trabajado muchísimo, porque voy a ser una sargento magnífica y porque pienso seguir ascendiendo hasta que alguien me dé un despacho y descubra que no sé estar sentada más de veinte minutos.

—Por ti —repetí, emocionada pese a su esfuerzo por convertirlo todo en una broma—. Porque eres la persona más constante que conozco y porque te mereces cada galón.

Chocamos las copas y bebimos. Laia se llevó una mano al pecho, agradeció mis palabras mediante una pequeña inclinación teatral y volvió a llenarlas antes de que pudiera protestar.

—Ahora brindemos por tu futuro —continuó—. Por el hombre que te dará una casa, diez criaturas y una suscripción familiar a algún parque de bolas.

—Solo quiero un par de hijos, no fundar una cooperativa.

—Empiezas con uno, te confías y terminas doblando calcetines diminutos durante quince años. He estudiado el fenómeno.

—Tú no has estudiado a los niños en tu vida.

—Precisamente por eso conservo la objetividad. Son pequeños superiores jerárquicos: dan órdenes, no respetan horarios y gritan cuando el servicio no satisface sus expectativas.

Me reí y alcé otra vez la copa, dispuesta a participar en aquel disparate.

—Pues brindemos por encontrar al tío con el que tendré ese par de dictadores en miniatura.

—Por encontrarlo, reconocerlo y no descartarlo para acostarte con otro que lleve una advertencia sanitaria tatuada en la frente.

—Tampoco tengo tan mal ojo.

Laia mantuvo la copa suspendida y arqueó una ceja. No necesitó mencionar a Sergio, que había pedido dinero prestado a tres novias distintas hasta que me encontró y me tangó; ni a Adrián, músico cuya vocación consistía en esperar que su madre le pagara el alquiler; ni a Lucas, el monitor de gimnasio que consideraba la fidelidad una tradición sin sentido y que, claro, no me lo contó, lo descubrí cuando la frente me dolió debido a que me salieron los cuernos.

Mi historial sentimental podía servir para impartir un curso intensivo sobre señales de alarma ignoradas.

—Tú no encuentras al hombre de tus sueños porque siempre te tiras a las balas perdidas —dictaminó—. Los hombres estables te aburren y los problemáticos te despiertan el espíritu sanitario ese que llevas dentro, nena. Ves a un desastre con piernas y piensas que podrás rehabilitarlo.

—Soy fisioterapeuta, no hago milagros.

—Explícaselo a tu vida amorosa.

Acabamos la botella durante la cena y pedimos dos copas para acompañar el postre, una decisión que en aquel momento nos pareció razonable.

Al salir, Rota bullía con la mezcla habitual de vecinos, visitantes y militares de las dos nacionalidades vinculadas a la base.

Conocíamos a algunos estadounidenses de verlos por los mismos bares e incluso nos cruzamos con Tyler y Mason, dos técnicos destinados allí desde hacía casi un año.

Tyler felicitó a Laia por el ascenso y ella aceptó el reconocimiento con tanta solemnidad que habría engañado a cualquiera que no la hubiera visto insultar una impresora. Mason me preguntó si seguía soltera; antes de que pudiera responder, mi amiga se interpuso con una sonrisa feroz.

—Martina busca un gaditano para reproducirse —le explicó en inglés—. Tú no cumples el requisito geográfico.

—No he dicho que tenga que ser gaditano —protesté, aunque sí lo había dicho muchas veces—. Solo que me gustaría formar una familia cerca de la mía.

—Dijiste textualmente que solo tendrías un hijo con un gaditano.

—Porque los gaditanos tienen gracia.

Mason se señaló a sí mismo, ofendido.

—Yo tengo gracia.

—Tú llamas "peces" a cualquier ración de *pescaíto* frito —rebatió Laia—. No superarías la primera cita.

Nos despedimos de ellos entre risas y continuamos hasta un local donde la música llegaba con fuerza a la acera.

Dentro olía a perfume, cerveza y ese aire cargado de los sitios donde nadie pensaba marcharse pronto. Una barra larga ocupaba uno de los laterales, varias mesas altas rodeaban la pista y un grupo celebraba un cumpleaños cerca de la cabina del DJ.

Laia pidió dos combinados sin consultarme y me entregó uno.

—Este es el último —aseguró.

—Eso dijiste en el restaurante.

—Allí me refería al último antes de venir aquí. Hay que interpretar las declaraciones dentro de su contexto.

Bailamos durante más de una hora, primero juntas y después con varios conocidos.

Mi amiga recibió tantas felicitaciones que empezó a saludar llevándose dos dedos a la sien; yo perdí la noción de cuántas veces repetimos el brindis y, cuando quise comprobar la hora, tuve que mirar la pantalla del teléfono dos veces para entender los números.

Fue Laia quien reparó en el grupo de escoceses. Eran cinco hombres que ocupaban una zona cercana a la barra y parecían debatir a gritos sobre la pronunciación de una palabra española.

Cuatro rondaban los cuarenta; el quinto era bastante más joven, quizás de nuestra edad, y tenía el cabello castaño, una sonrisa descarada y unos ojos claros que distinguí incluso desde donde estábamos.

—Turistas a las tres —informó mi amiga, acercándose para que pudiera oírla—. Uno de ellos te está mirando.

—¿Cuál?

—El único con el que podrías tener un hijo sin que lo confundieran con su abuelo.

Solté una carcajada y le di un golpe con el hombro. El joven levantó su copa al comprobar que hablábamos de ellos, mientras uno de sus compañeros lo empujaba para animarlo a acercarse.

No lo hizo de inmediato; intercambió unas palabras con el grupo, terminó la bebida y avanzó hacia nosotras acompañado por otro de los hombres, cuyo color de pelo era muy llamativo.

—Necesitamos una opinión española —planteó el pelirrojo en un castellano vacilante—. ¿"Coger" significa lo mismo en todos los países?

Laia adoptó una expresión profesional.

—Esta conversación merece otra ronda.

Los escoceses celebraron la respuesta y acabamos todos alrededor de una mesa, intentando entendernos mediante una mezcla de inglés, español y gestos cada vez más exagerados.

Estaban pasando unos días en Andalucía para celebrar el divorcio de uno de ellos, aunque el divorciado parecía menos entusiasmado con la idea que sus amigos.

Laia lo felicitó, le estrechó la mano y aseguró que librarse de un matrimonio era más meritorio que ascender a sargento.

El más joven se colocó a mi lado y se presentó, pero la música se tragó parte del nombre. Le pedí que lo repitiera, él se aproximó a mi oído y yo asentí con una seguridad completamente falsa. A aquellas alturas, podía haberme dicho que se llamaba William Wallace y lo habría aceptado.

—¿Estáis aquí de vacaciones? —le pregunté en inglés.

—Una semana —respondió—. ¿Tú vives aquí?

—Desde siempre. Trabajo en un hospital.

—¿Médica?

—Fisioterapeuta.

Se llevó una mano al hombro y fingió una dolencia repentina.

—Creo que necesito una cita.

—Creo que necesitas una excusa mejor.

—Dame diez minutos.

Cumplió su promesa con entusiasmo. Se llamaba Ewan y probó varias excusas, todas pésimas, hasta que consiguió hacerme reír incluso antes de que el alcohol me convenciera de que era la persona más ingeniosa de Escocia.

Me contó que vivía en las Highlands, aunque no retuve el nombre exacto del lugar; yo le hablé del hospital, de Rota y, por alguna razón que al día siguiente me resultaría incomprensible, de mi deseo de ser madre.

—Pero el padre debe ser gaditano —intervino Laia, que acababa de regresar con el divorciado, cuyo nombre era Cameron—. Es una exigencia administrativa.

Ewan se volvió hacia mí, divertido.

—Podría mudarme.

—Ni siquiera sabes dónde está Cádiz en un mapa —se burló uno de sus amigos.

—Estoy en Cádiz.

—Estás en Rota —lo corregí no sé por qué, ni que fuera una república independiente, por mucho americano de la base que anduviera suelto por allí.

Se inclinó para escuchar mi explicación geográfica, aunque acabamos discutiendo acerca de si un escocés podría aprender a preparar tortillitas de camarones.

Laia anunció que aquella era una prueba imprescindible para entrar en mi programa reproductivo y él prometió superar cualquier examen culinario que le pusiéramos.

Después bailamos. Al principio permanecimos todos juntos, riéndonos de los movimientos del pelirrojo, pero el grupo se dispersó poco a poco Ewan terminó frente a mí.

Tenía una forma alegre de moverse, sin pretender impresionar a nadie, y aprovechaba cada pausa para acercarse y decirme algo que yo comprendía solo a medias. En algún momento insistió en que le diera mi teléfono. Su sonrisa y su insistencia hicieron que terminara por dárselo.

—Y eso que todavía no te lo has ganado —le advertí.

—Dame otros diez minutos.

La noche continuó desordenándose. Hubo más música, una discusión muy tonta acerca del monstruo del lago Ness y una fotografía de grupo en la que Laia apareció haciendo un saludo militar mientras los escoceses formaban detrás de ella. Lo cierto es que charlamos animadamente con todos ellos, aunque Ewan trataba de hacerse notar mucho por encima del resto.

Cerca de las cuatro, mi amiga decidió que habíamos cumplido sobradamente nuestro propósito de vivir una gran noche y pidió un taxi.

Ewan salió con nosotras y me abrazó antes de que subiéramos. Recuerdo el olor de su perfume mezclado con el aire de la madrugada, sus manos rodeándome la cintura y una frase que no conseguí reconstruir después. Laia tiró de mí hacia el coche, le advirtió que yo solo aceptaba solicitudes de paternidad en horario de oficina y cerró la puerta.

Durante el trayecto cantamos, repasamos los momentos más divertidos y nos convencimos mutuamente de que estábamos mucho más serenas de lo que parecíamos porque lo cierto es que estábamos borrachas como un par de piojos y, por minuto que pasaba, notaba que el alcohol me iba subiendo más y más.

El taxista pretendió dejar primero a Laia en su calle, porque caía más cerca; sin embargo, ella se negó y ordenó al conductor que continuara hasta mi casa, empeñada en acompañarme hasta el portal.

—Eres una ciudadana bajo mi protección —argumentó mientras avanzábamos enlazadas del brazo—. Desde hoy soy sargento. Vas muy borracha, niña.

—El ascenso no entra en vigor hasta la semana que viene.

—No arruines mi autoridad con tecnicismos.

Nos despedimos delante de mi puerta con un abrazo torpe y un ataque de risa provocado por algo que no recordaría jamás. La vi alejarse hacia el taxi, conseguí introducir la llave en la cerradura después de varios intentos y subí a casa convencida de que la noche había terminado.

A la mañana siguiente desperté con la boca seca, un dolor de cabeza feroz y la certeza de que alguien había utilizado mi dormitorio para ensayar un lanzamiento de muebles.

Permanecí tumbada unos segundos, tratando de reunir fuerzas, hasta que un aroma masculino mezclado con alcohol alcanzó mi nariz y me obligó a incorporarme.

La otra mitad de la cama estaba vacía. Las sábanas se habían enredado alrededor de mis piernas, dos almohadas yacían en el suelo y mi mono negro colgaba del respaldo de una butaca junto a una americana que no me pertenecía.

Recogí la prenda y la sostuve delante de mí. Era de hombre y olía al mismo perfume que percibí al despedirme del escocés. Sobre la mesilla había un vaso con restos de agua, un envoltorio de preservativo y mi teléfono conectado al cargador.

Los recuerdos regresaron sin orden: el portal, el ascensor, mis sandalias abandonadas en la entrada y el timbre sonando cuando ya estaba dentro del dormitorio.

Después apareció la imagen de alguien esperando al otro lado de la puerta. Solo recordaba su mano apoyada en el marco y la respiración agitada por haber corrido.

Cogí el teléfono. Tenía mensajes de Laia, varias fotografías de la noche y una conversación con un número que no guardé. El primer mensaje había llegado a las cuatro y treinta y siete.

Número desconocido: *¿Tu amiga ya se ha ido? ¿Puedo subir? Te he seguido en otro taxi. No he podido evitarlo.*

Mi respuesta apareció dos minutos después.

Martina: *Sí. Sube. Tengo ganas de marcha.*

Me cubrí la cara con ambas manos, aunque el movimiento empeoró el dolor de cabeza.

Recordaba haberle abierto, sus labios sobre los míos y la americana cayendo cerca de la butaca; más allá de aquellas imágenes dispersas, la noche se convertía en un territorio imposible de ordenar. Ni siquiera podía acordarme de mi encuentro con Ewan para disfrutarlo.

Volví a mirar la cama, el envoltorio y la americana. No necesitaba demasiada imaginación para deducir qué había ocurrido allí, pero sí toda la valentía disponible para aceptar que Ewan me dio candela y luego se marchó dejándose la prenda.

Una nueva hazaña en mi "historial amoroso".

Capítulo 2

La mañana en que todo saltó por los aires llegó un par meses después, ya en verano.

Comenzó con un café demasiado caliente y un hombre de setenta y cuatro años negándose a mover la pierna derecha por una cuestión de principios.

Nada hacía pensar que aquel martes fuera a diferenciarse de cualquier otro: llegué al hospital a las ocho menos cuarto, me cambié en el vestuario y repasé la agenda mientras terminaba de recogerme el pelo, todavía con el sabor del primer sorbo de café adherido al paladar.

A las ocho y media recibí a Julián, operado de la cadera tres semanas antes y firmemente convencido de que los ejercicios prescritos constituían una venganza personal.

Se sentó en la camilla, colocó el bastón entre las rodillas y me observó preparar las bandas elásticas con una desconfianza que ya formaba parte de nuestra rutina.

—Hoy no estoy para esfuerzos —me advirtió—. Me duele desde aquí hasta aquí.

Para demostrar la extensión del daño, señaló primero la cadera y después el tobillo, apropiándose por el camino de casi toda la extremidad.

—Ayer tampoco estaba para esfuerzos y anteayer alegó que era su cumpleaños —le recordé mientras acercaba una silla—. Empiezo a sospechar que no le gusta venir a verme.

—Tú me caes estupendamente; lo que no me gusta es que me hagas trabajar.

—Eso mismo me repiten todos mis pacientes. Levántese, Julián, que vamos a dar una vuelta.

Protestó durante los primeros pasos, negoció un descanso al llegar al extremo de la sala y terminó completando dos recorridos más de los previstos.

Cuando regresó a la camilla, respiraba con dificultad, aunque también lucía el gesto satisfecho de quien acababa de demostrarle algo al propio cuerpo.

Anoté la evolución en su historia y le concedí cinco minutos de reposo antes de acompañarlo hasta la puerta.

La mañana avanzó entre camillas, ejercicios y conversaciones interrumpidas por el movimiento constante de la unidad.

Atendí a una mujer que se recuperaba de una fractura de muñeca, corregí la postura de un adolescente con una lesión deportiva y dediqué casi cuarenta minutos a un paciente neurológico que llevaba semanas intentando recuperar la seguridad al caminar.

A media mañana me tomé otro café, respondí a dos mensajes de Laia y comí una tostada de pie en la sala del personal.

A las dos evalué a mi última paciente, recogí el material y terminé los informes pendientes.

Solo me quedaba pasar por ginecología antes de abandonar el hospital. Borja llevaba meses insistiendo en que pidiera cita para la revisión anual y, después de aplazarla dos veces por incompatibilidad de horarios, él mismo encontró un hueco al final de su consulta.

Nos conocimos durante mis primeros meses en el hospital, cuando yo todavía necesitaba mirar los planos para encontrar algunas unidades y él acababa de incorporarse al servicio.

La amistad surgió a base de coincidir en la cafetería, compartir quejas sobre los turnos y descubrir que ambos teníamos un talento lamentable para las quinielas.

Borja era varios años mayor que yo, estaba casado, tenía dos hijas y disfrutaba recordándome que no debía acudir a su consulta solo cuando él amenazara con buscarme por los pasillos.

Entré poco después de las dos y media. La enfermera ya se había marchado a comer y él terminaba de escribir en el ordenador, con la bata desabrochada y una botella de agua junto al teclado.

—Milagro —celebró al verme—. La paciente más informal del hospital ha decidido presentarse.

—He venido para que dejes de perseguirme.

—No te persigo; ejerzo la medicina preventiva. Siéntate y cuéntame si ha cambiado algo desde la última revisión.

Respondí a sus preguntas sin concederles demasiada importancia. Cuando me preguntó por la fecha de mi última menstruación, hice cálculos aproximados y terminé encogiéndome de hombros.

—A finales de mayo tuve un sangrado ligero —le expliqué—. Ya sabes que nunca he sido puntual.

—¿Y antes de eso?

—En abril, supongo. No llevo un registro exacto.

Borja apartó las manos del teclado y me dedicó una atención más minuciosa.

—¿Mantienes relaciones sexuales?

—Ahora mismo, no.

—No te he preguntado por esta semana, Martina.

—Hubo una noche a finales de primavera, pero usamos preservativo.

Pronunciarlo me devolvió durante un instante la imagen de la americana sobre la butaca y el envoltorio plateado en la mesilla. Borja anotó algo, completó las preguntas habituales y me indicó que pasara a la zona de exploración.

Me cambié detrás del biombo, me tumbé en la camilla y coloqué los pies donde me señaló, dispuesta a terminar cuanto antes.

La exploración comenzó con normalidad. Él trabajaba con la seriedad que siempre adoptaba en consulta, separando por completo nuestra amistad de su papel de médico.

Me avisó antes de cada procedimiento y, cuando tomó el ecógrafo, giró el monitor para verlo mejor.

Tardó pocos segundos en cambiar de expresión.

Frunció el ceño, ajustó la imagen y movió el transductor con cuidado. Yo reparé en su concentración, pero no me alarmé; pensé en un quiste, en un mioma o en cualquiera de esas alteraciones frecuentes que escuchaba mencionar a otras mujeres.

—Muy bien —comentó finalmente—. Bien que te lo has callado.

—¿El qué?

—Tus sospechas.

—No tengo ninguna sospecha. ¿Qué has visto?

Borja volvió la cabeza hacia mí, convencido de que estaba fingiendo, y esperó una explicación que no llegó.

—Martina, ¿por qué no me has hablado de la posibilidad de embarazo?

Me reí. Fue una reacción inmediata, provocada por la certeza de que estaba gastándome una broma de pésimo gusto.

—Porque no existe esa posibilidad.

—Me temo que esa respuesta llega unas nueve semanas tarde.

—Borja, déjalo ya.

—Mira el monitor.

Señaló la pantalla. Seguí la dirección de su mano y contemplé una imagen grisácea que no supe interpretar. Había una forma pequeña dentro de una zona oscura, una figura que para mí podía representar cualquier cosa hasta que él acercó el cursor y empezó a explicarme lo que estábamos viendo.

—Esto es el saco gestacional y aquí está el embrión —me indicó con una voz mucho más suave—. Por las medidas, estás de unas nueve semanas y algunos días. Tendremos que fecharlo bien y completar las pruebas, pero el embarazo es evidente.

Negué con la cabeza, todavía aferrada a la idea de que debía de existir un error.

—No puede ser. No he tenido síntomas.

—Hay mujeres que apenas los tienen durante el primer trimestre. Ese sangrado que confundiste con la regla pudo producirse al inicio del embarazo.

—Usamos preservativo.

—Ningún método es infalible sobre todo si no se usa correctamente. No creo que tenga que hacerte un esquema.

La última frase abrió una grieta bajo todo lo que yo había dado por seguro. Borja activó el sonido y un latido acelerado llenó la consulta, firme y precipitado. Dejé de negar con la cabeza. Mis manos permanecieron agarradas a los bordes de la camilla mientras aquella cadencia ocupaba un espacio para el que no estaba preparada.

—¿Eso es…?

—Es la actividad cardiaca —confirmó—. Parece adecuada para el tiempo de gestación.

Sentí que el aire entraba en mis pulmones sin llegar a ninguna parte.

Durante años imaginé aquel momento de una manera muy distinta: una prueba sostenida entre mis dedos, una pareja esperando al otro lado de la puerta y una alegría compartida que nos obligaría a abrazarnos antes de saber siquiera qué hacer. Nunca incluí una consulta al final de una jornada laboral, una americana guardada en el armario ni un padre cuyo apellido desconocía.

—Te has quedado blanca —observó Borja, retirando el transductor —. Voy a darte un minuto para que te vistas y después hablaremos con calma.

Bajó las luces de exploración, salió de la zona separada por el biombo y me dejó espacio.

Me incorporé despacio, me vestí sin recordar el orden de las prendas y regresé a la silla situada frente a su escritorio.

Él ya había preparado una petición para analítica y revisaba las medidas tomadas durante la ecografía.

—Necesito que me respondas con sinceridad —planteó al sentarse —. ¿Tienes claro lo que vas a hacer?

—Cielos —murmuré.

Le resumí la noche del ascenso de Laia, la cantidad de alcohol, el mensaje autorizando a uno de los escoceses a subir y el vacío que comenzaba después. No entré en detalles innecesarios porque no los tenía. Borja escuchó sin interrumpirme, con las manos unidas sobre la mesa.

—No voy a interpretar por ti lo que ocurrió ni a decirte cómo debes sentirte —repuso—. Solo quiero asegurarme de que estás a salvo y de que puedes tomar decisiones con toda la información posible. ¿Sabes quién es?

—Ewan. Era escocés y estaba de vacaciones en Rota.

—¿Tienes sus datos?

—Un número de teléfono que no guardé, pero que puedo recuperar, su nombre y una americana. Nada más.

Borja asintió, aunque su preocupación no disminuyó.

—Lo primero es confirmar la edad gestacional con precisión, hacer la analítica y comprobar que todo evoluciona bien. Después tendrás tiempo para pensar qué quieres hacer. No necesitas decidirlo ahora ni salir de aquí fingiendo que no ha ocurrido.

—Siempre he querido ser madre.

—Querer ser madre no te obliga a recibir esta noticia de una manera determinada. Puedes estar asustada, enfadada o desorientada, y ninguna de esas reacciones invalida lo que deseabas.

Me entregó la documentación, apuntó su número personal en la esquina de una hoja pese a que ya lo tenía guardado y consiguió que prometiera llamarlo si me encontraba mal.

Antes de marcharme, me recordó que evitara el alcohol y que no tomara medicamentos sin consultar.

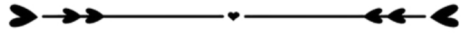
Lo escuché con atención, aunque una parte de mí seguía en la camilla, contemplando aquella figura diminuta mientras su corazón convertía una noche perdida en una realidad imposible de ignorar.

Salí del hospital con el uniforme guardado en la mochila y la carpeta pegada contra el pecho.

El comienzo del verano se anunciaba en el calor que ascendía desde el asfalto, en las terrazas llenas y en la cantidad de gente que caminaba hacia la playa.

Pero el calor que provenía de mi interior, ese no tenía nada que ver con el calendario. Me sentía febril…

Capítulo 3



Avancé hasta mi coche, me senté al volante y permanecí allí varios minutos, incapaz de decidir si debía arrancar, llamar a mi madre o regresar a la consulta para pedirle a Borja que mirara otra vez.

Acabé telefoneando a Laia.

—¿Has salido ya? —le pregunté cuando respondió.

—Hace media hora. Estoy comprando comida porque mi nevera solo contiene agua, mostaza y media cebolla con aspecto delictivo. ¿Qué pasa?

—Necesito verte.

Abandonó el tono despreocupado al instante.

—¿Dónde estás?

—En el aparcamiento del hospital.

—Voy a tu casa. Dame veinte minutos.

No tardó ni quince. Cuando llegué, ella ya esperaba en la entrada con una bolsa del supermercado en cada mano y una expresión que desaconsejaba cualquier intento de ocultarle información.

Subimos, dejó la compra sobre la encimera (gesto que, de haber estado en condiciones normales, habría provocado alguno de nuestros comentarios) y me siguió hasta el salón.

—Siéntate —ordenó—. Tienes cara de haber atropellado a alguien y haber traído el cadáver en el maletero.

—Estoy embarazada.

Laia conservó la misma postura durante varios segundos, con los brazos separados del cuerpo y las llaves todavía en una mano. Después parpadeó, miró mi vientre y volvió a concentrarse en mi cara.

—¿Qué acabas de decir?

—Que estoy embarazada. De nueve semanas, más o menos.

—No puedes estar embarazada.

—Esa ha sido también mi aportación científica en la consulta, pero la ecografía opina lo contrario.

Se sentó a mi lado y me arrebató la carpeta. Leyó el informe, pasó las hojas con creciente rapidez y regresó a la primera página, buscando alguna frase que desmintiera todo lo anterior.

—¿Nueve semanas? —repitió—. Entonces fue la noche de mi ascenso.

—Sí.

—Pero usasteis preservativo. Me lo dijiste.

—Vi un envoltorio.

Laia levantó la cabeza.

—¿Qué diferencia hay?

—Que no recuerdo cuántos polvos echamos, evidentemente. Igual Ewan trajo solo uno y estuvimos liados durante horas.

—Tía, tú no puedes beber, ahora lo veo claro.

—Naturalmente, me han preñado —le recordé con angustia.

—Quiero decir en ninguna circunstancia… Te emborrachas y te vuelves amnésica, puñetas.

—No te cabrees… Es verdad que pierdo un poco el norte.

—¿Un poco? Joder, que no lo conocías de nada. Ewan podría haber sido un asesino en serie y lo metiste en tu casa por la cara.

—Calla, calla, ¿tú nunca te has acostado con un desconocido?

—Pero lo mío es distinto. Sé defenderme, soy militar y tengo permiso de armas —argumentó.

—Y ahora tienes permiso para callarte si no quieres que pierda los nervios, ¿me oyes?

Abrió la boca para continuar, pero debió de advertir que no se lo dije por decir. Dejó los papeles sobre la mesa y moderó el tono, tratando de animarme.

Me reí entre lágrimas, pero la risa se quebró antes de completarse. Laia me acarició la espalda con una torpeza entrañable; nunca había destacado por las demostraciones delicadas de afecto, de modo que cada movimiento suyo revelaba el esfuerzo por no soltarme.

—Tú siempre has querido ser madre —me recordó—. Desde que éramos adolescentes y organizabas hasta los nombres de tus futuros hijos.

—Pero no así. Quería enterarme con el padre a mi lado, quería poder mirarlo y saber qué estaba sintiendo. No quería descubrirlo en una revisión rutinaria ni tener que investigar quién estuvo en mi cama.

—Lo entiendo.

—Y ni siquiera sé si quiero buscarlo. ¿Qué le diría? "Hola, soy la española que no recuerda ni cómo fue acostarse contigo y estoy embarazada". Suena horrible.

Me aparté para secarme la cara. Laia se sentó de nuevo a mi lado, recogió el informe y lo colocó con cuidado dentro de la carpeta.

—¿Tú qué harías? —le pregunté.

—Yo no quiero tener hijos.

—Eso ya lo sé.

—No, me refiero a que no puedo contestarte desde tu lugar. Si me ocurriera a mí, tomaría una decisión distinta porque mi vida y mis deseos son otros. Tú llevas años queriendo formar una familia; incluso has soportado a hombres que merecían ser abandonados en una gasolinera con tal de concederles una segunda oportunidad.

—Qué manera tan tierna de consolarme.

—Estoy aprendiendo. Dame tiempo.

Laia tomó mis manos y esperó hasta que conseguí sostenerle la mirada.

—No tienes que alegrarte hoy —continuó—. Tampoco tienes que resolverlo todo antes de cenar. En un par de días te haces las pruebas, te aseguras de que el embarazo va bien, y me quitas esa cara de funeral. Y, si después de todo eso, quieres buscar al padre, te juro que lo encontraremos.

—¿Cómo vamos a encontrar a un escocés del que solo conocemos el nombre?

—Tenemos varias fotos de aquella noche de cinco tipos que bebían más de lo que debería permitir la ley. He trabajado con información peor.

—Claro, como que nosotras no bebimos. Ahora la culpa es de ellos —suspiré.

Recordé las fotografías. Hasta ese momento solo las había visto para reírme de nuestras caras y de la postura militar adoptada por Laia, pero quizás escondieran algún detalle que nos permitiera saber algo más de Ewan.

Mi amiga debió de seguir el curso de mis pensamientos porque tomó su teléfono y abrió la galería. Buscó las imágenes de aquella noche hasta encontrar la fotografía de grupo.

Allí estaban los cinco escoceses: Ewan junto a mí, el pelirrojo al otro lado de Laia y los otros tres detrás (incluido el recién divorciado), todos sonrientes y ajenos al problema en el que uno de ellos acabaría convirtiéndose.

Amplié el rostro de Ewan. Sus ojos claros conservaban el brillo alegre de aquella noche y una de sus manos descansaba sobre mi cintura. Mirarlo me produjo una mezcla desconcertante de alivio y miedo.

—Mierda, ¿por qué tuve que acostarme con él? —me pregunté, necesitando que la imagen me devolviera la respuesta.

—Peor habría sido acostarte con cualquiera de los otros, guapa…

—También tienes razón. Pero no me consuela.

Laia contempló la fotografía antes de devolvérmela.

Bajé la vista hasta mi vientre, todavía igual que aquella mañana, sin ninguna señal externa de la vida que Borja acababa de mostrarme.

Durante dos meses llevé dentro una historia que desconocía mientras trabajaba, dormía y hacía planes sin contar con ella. Ahora sabía que existía, había escuchado su corazón y ya no podía regresar a la mujer que entró en aquella consulta pensando únicamente en terminar la revisión y marcharse a casa.

Apoyé una mano sobre el abdomen. No sentí ningún movimiento, por supuesto, pero el gesto consiguió que el miedo compartiera espacio con otra emoción más cautelosa, todavía demasiado reciente para nombrarla.

—Voy a tener un hijo —pronuncié, probando la frase por primera vez sin convertirla en una pregunta.

—Sí —confirmó Laia, y una sonrisa pequeña suavizó sus facciones —. Y la criatura va a tener una madre estupenda y una tía sargento que le enseñará disciplina desde la cuna.

—No pienso dejar que acerques formación militar a mi bebé.

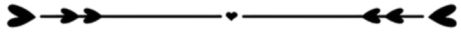
—Ya estás imponiendo límites. Eso es instinto maternal.

La abracé otra vez, esta vez por iniciativa propia. Continuaba asustada, pero con la certeza de querer tener ese hijo. Al menos, tenía claro eso y que no estaba sola en el salón intentando abarcar un futuro demasiado grande.

En mi armario continuaba la americana que conservaba el perfume de Ewan. Un Highlander de intensos ojos claros era el padre de mi hijo.

Suspiré sin apenas poder creérmelo. Una noticia así nunca la esperas de un modo tan súbito. Pero la naturaleza es caprichosa y, después de una intensa búsqueda, encontré la maternidad en el lugar más insospechado.

Capítulo 4



Regresé a la consulta de Borja con la sensación de llevar semanas embarazada, aunque todavía no había conseguido acostumbrarme a la noticia.

Leí demasiadas páginas sobre el primer trimestre, descargué una aplicación que comparaba el tamaño del bebé con una aceituna y llamé tres veces a Laia para preguntarle si consideraba normal que no sintiera absolutamente nada.

Borja me recibió al terminar su turno de mañana y revisó los resultados disponibles antes de indicarme que pasara a la zona de exploración. Había pedido las pruebas necesarias, pero también me advirtió que algunas analíticas y cribados requerirían más tiempo; aquel día podía comprobar mi tensión, el peso, la orina y la evolución del embarazo mediante una nueva ecografía.

—No esperes que en cuarenta y ocho horas haya aprendido a saludar —bromeó mientras preparaba el ecógrafo—. A esta edad gestacional todavía tiene una agenda bastante limitada.

—Solo quiero saber que sigue ahí.

—Sigue ahí. Y, por lo que vimos el otro día, se encontraba donde debía.

La tensión estaba dentro de los valores normales y la tira de orina no mostró nada preocupante. Borja fue explicándome cada dato para impedir que lo interpretara por mi cuenta y acabara convirtiendo una variación mínima en una catástrofe.

Después me tumbé en la camilla, levanté un poco la camiseta y esperé con los dedos entrelazados sobre el pecho.

La imagen apareció en el monitor tras unos ajustes. Ya no necesité que señalara el saco gestacional; reconocí enseguida aquella pequeña forma que dos días antes había cambiado mi vida. Tomó varias medidas, comprobó la actividad cardiaca y examinó con atención cuanto podía valorarse en ese momento.

—Crece de acuerdo con el tiempo de gestación y la frecuencia cardiaca es adecuada —explicó—. No veo ningún signo que nos preocupe. Eso no significa que podamos anticipar los próximos siete meses ni sustituye las pruebas que iremos haciendo, pero, hoy, todo lo que podemos comprobar está bien.

—¿Seguro?

—Seguro dentro de lo que permite la medicina, que nunca utiliza la palabra "seguro" con la alegría que te gustaría. Pero no tienes nada de lo que preocuparte, esa es la buena noticia.

Volvió el monitor hacia mí y me permitió escuchar el latido. Esta vez no me sorprendió, aunque consiguió que dejara de respirar durante unos segundos. Había pasado dos noches pensando en aquel sonido y, al oírlo de nuevo, comprendí que empezaba a esperarlo.

—Va muy rápido —le comenté.

—Es lo normal en esta etapa.

Imprimió una imagen y me la entregó antes de ayudarme a bajar de la camilla. La sostuve con ambas manos mientras me vestía, procurando no doblar ninguna esquina. Aquella mancha gris continuaba resultándome difícil de interpretar, pero ya no necesitaba que nadie me explicara qué representaba.

Al regresar al escritorio, guardó los datos de la exploración y organizó las siguientes citas. Me habló de los suplementos, de los alimentos que debía evitar y de las pruebas previstas para las próximas semanas. Contesté cuando correspondía, aunque una inquietud distinta llevaba un rato reclamando espacio.

—Borja, ¿puedo preguntarte una cosa sin que pienses que estoy perdiendo la cabeza?

—Después de que me confesaras que has buscado en internet si estornudar afecta al embarazo, mis expectativas son flexibles.

Acaricié el borde de la ecografía antes de formular la pregunta.

—¿Puede tener problemas porque no conozca a su padre?

Abandonó la sonrisa, consciente de que no me refería únicamente a crecer sin una figura paterna.

—¿Qué clase de problemas te preocupan?

—No conozco sus antecedentes médicos ni los de su familia. No sé si hay enfermedades hereditarias, alergias graves o cualquier cosa que debiera contaros. Solo sé que Ewan tiene mi edad, vive en las Highlands y parecía sano. Ni siquiera conozco su apellido.

—La historia familiar aporta información, pero desconocerla no significa que tu bebé vaya a tener un problema —aclaró—. Realizaremos los controles y cribados indicados, igual que hacemos con muchas mujeres que no disponen de todos los antecedentes del padre. Si surge alguna razón médica para ampliar el estudio, lo valoraremos entonces.

—¿Y si algún día necesita algo de él?

—¿A qué te refieres?

—No lo sé. Una donación, quizás. Médula, un órgano, sangre… Imagínate que necesita un donante compatible y no podemos encontrarlo.

Borja apoyó los antebrazos sobre la mesa y empezó a reírse, no para burlarse de mí, sino con la incredulidad afectuosa de quien acababa de descubrir hasta dónde podía viajar mi preocupación en menos de una semana.

—Martina, estás embarazada de nueve semanas y ya has enviado a tu hijo a una lista de trasplantes. No puedes convertirte en una madre tan sufridora antes de que mida cuatro centímetros. Vais a llegar agotados al parto.

—Me has pedido que te explique qué me preocupa.

—Y has cumplido con una entrega admirable —reconoció, recuperando la seriedad—. Escúchame: ahora mismo el embarazo evoluciona bien y no tenemos motivos para pensar en enfermedades ni donaciones. Si algún día apareciera un problema, lo afrontaríamos con los medios disponibles. No puedes vivir todos los años de tu hijo por adelantado ni protegerlo de situaciones que quizás nunca existan.

—Tendrá la mitad de su familia en un lugar que ni siquiera sabrá que ha nacido.

—Eso puedes intentar cambiarlo. Tienes tiempo para localizar a Ewan y decidir qué lugar quieres ofrecerle en vuestra vida, pero también debes pensar qué deseas hacer tú. No tomes decisiones por miedo a decepcionar a un hombre al que no conoces ni por la familia que imaginaste durante años.

—Voy a tenerlo —afirmé sin necesidad de reflexionar—. De eso estoy segura.

—Es evidente. Y si quieres, puedes buscar al padre y comunicarle el embarazo. No tienes que resolver hoy cómo será vuestra relación durante los próximos veinte años; solo elegir cuál es el siguiente paso.

Miré la ecografía. Localizar a Ewan podía conducir a cualquier parte: quizás se alegrara, quizás pensara que estaba mintiendo o quizás no quisiera involucrarse. Hasta entonces pensé en encontrarlo para informarle, pero no me detuve a valorar qué esperaba recibir a cambio.

—¿Qué siente un padre por un hijo? —le pregunté con cautela, puesto que el mío murió cuando yo era bebé.

Borja tardó unos segundos en responder, sorprendido por el cambio.

—Depende del padre.

—Ya lo sé, pero tú tienes dos hijas. ¿Qué sientes por ellas?

Se acomodó en la silla y desvió la atención hacia una fotografía colocada junto al ordenador. Sus hijas aparecían en la playa, cubiertas de arena y enseñando a la cámara dos helados medio derretidos.

—Las amo con toda mi alma —contestó—. A veces me vuelven loco, me preocupan más de lo que creía posible y han conseguido que pase media vida buscando horquillas, disfraces y botellas de agua. También son las personas por las que haría cualquier cosa.

—No conocí a mi padre, ya lo sabes. Mi madre me ha contado muchas veces cuánto me quería, pero no puedo recordarlo. No sé qué se siente al tener un padre ni cuánto puede importar su presencia.

—Entiendo que quieras darle a tu hijo lo que no pudiste tener —razonó—, pero no conviertas a Ewan en el padre que imaginaste antes de conocer al hombre que es. Cada padre vive la paternidad de una manera, igual que cada madre. Hay quienes descubren un amor inmenso y otros que no saben, no quieren o no pueden ocupar ese lugar.

—¿Y si no quiere?

—Lo querrás tú por los dos.

Noté que los ojos se me llenaban de lágrimas y bajé la vista hacia la fotografía para evitar que cayeran. Borja rodeó el escritorio, se sentó en la silla de al lado y me ofreció un pañuelo.

—No estás sola —añadió—. Tienes a tu madre, a Laia, a tus amigos y a un ginecólogo que piensa prohibirte internet después de las diez de la noche. Busca a Ewan si eso es lo que deseas, cuéntale la verdad y permite que responda por sí mismo. Después decidirás con hechos, no con todos los temores que eres capaz de fabricar durante una guardia.

Me sequé las lágrimas y guardé la ecografía dentro de la carpeta.

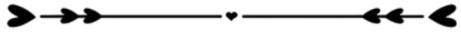
—Creo que quiero encontrarlo.

—Pues empieza por ahí. El resto llegará cuando tenga que llegar.

Salí de la consulta con la siguiente cita anotada y una certeza nueva acompañando a la que ya llevaba conmigo. Ewan era el padre de mi hijo y tenía derecho a saberlo; lo que hiciera después con aquella noticia dependería de él.

Querer al bebé, en cambio, dependería de mí. Y para eso ya empezaba a sentirme preparada.

Capítulo 5



Laia llegó a casa poco después de las ocho con una bolsa de comida, dos botellas de sidra sin alcohol y la exigencia de que le entregara el informe médico antes de quitarse siquiera los zapatos.

Había salido tarde de la base, pero encontró tiempo para pasar por un restaurante y comprar una cena suficiente para alimentar a cuatro personas o a una embarazada cuya mejor amiga aún desconocía cuánto aumentaba el apetito durante el primer trimestre.

—He pedido de todo porque no sé qué puede comer una mujer en tu estado —explicó mientras sacaba los recipientes—. La lista que me mandaste esta mañana parecía el reglamento de una misión espacial.

—Puedo comer casi de todo. Solo hay que tomar algunas precauciones.

—Eso dices ahora. A las tres de la tarde me preguntaste si el queso de una ensalada podía atacarte desde dentro.

—No sabía si estaba pasteurizado.

—Yo tampoco sabía que los quesos tuvieran antecedentes penales.

Puso la mesa mientras le contaba la consulta con Borja. Le enseñé la ecografía, repetí que el embarazo evolucionaba bien y soporté que girara la imagen varias veces antes de localizar al bebé. Cuando por fin creyó distinguirlo, señaló una forma que probablemente correspondía a cualquier otra parte.

—Es monísimo —concluyó, devolviéndome la fotografía—. Tiene tu misma expresión.

—No tiene expresión.

—Entonces se parece al padre.

La observé con desaprobación, aunque no pude contener la risa. Laia abrió una de las botellas, llenó las copas y alzó la suya antes de sentarse.

—Por la aceituna —brindó—. Que siga creciendo, se porte bien y no herede de su padre la costumbre de abandonar prendas en dormitorios extranjeros.

—Borja dice que está más cerca del tamaño de una fresa pequeña.

—¿Ya hemos pasado de la aceituna a la fresa? Esta criatura avanza a una velocidad preocupante.

Chocamos las copas y probé la sidra. Estaba demasiado dulce, pero las burbujas le daban cierto aire festivo a una cena que necesitaba toda la ligereza disponible.

Durante unos minutos nos dedicamos a comer y a comentar mis instrucciones médicas; después dejé el tenedor sobre el plato y reuní el valor necesario para plantear el verdadero motivo de nuestro encuentro.

—Lo he pensado —anuncié—. Quiero buscar a Ewan.

Laia terminó de masticar antes de responder. No pareció sorprendida, aunque sí satisfecha por escuchar en voz alta la decisión que seguramente esperaba desde que conoció el embarazo.

—Bien. Era la única opción compatible con tu personalidad.

—También podía no buscarlo.

—Tú no eres capaz de acostarte sin mirar si la puerta está cerrada dos veces. Jamás ibas a criar a su hijo sin intentar encontrarlo.

—No sé cómo reaccionará.

—Puede reaccionar bien.

—O acusarme de estar mintiendo.

—En ese caso, le hacemos una prueba de paternidad y después permites que lo atropelle una vaca escocesa. Todo dentro de la legalidad local, por supuesto.

—Dudo que atropellar a alguien con una vaca sea legal en Escocia.

—Todavía no he estudiado su legislación ganadera. Me falta una semana.

Tomó otro trozo de pan y empezó a enumerar posibilidades con los dedos. Ewan podía ser un hombre estupendo que llevaba años esperando una mujer como yo; también podía tener pareja, vivir en casa de sus padres o no recordar mi nombre.

Laia añadió que quizás fuera el heredero de un castillo, propietario de media montaña y una versión contemporánea de Christian Grey, aunque con una habitación privada destinada a guardar gaitas, whisky y traumas familiares.

—A lo mejor lleva toda la vida suspirando por formar una familia —aventuró—. Cada Navidad se sienta delante de la chimenea, contempla la nieve y se pregunta cuándo aparecerá la española que va a cumplir sus sueños.

—No sabes si tiene chimenea.

—Vive en las Highlands. Hasta los cajeros automáticos deben de tener chimenea.

—Quizás sea un desastre.

—También es posible que duerma hasta mediodía, deba dinero en tres pubs y considere preparar la cena abrir una bolsa de patatas. En ese caso, habrá tenido la suerte de encontrar a una mujer con vocación rehabilitadora.

—Soy fisioterapeuta, no reformo hombres.

Laia dejó escapar una carcajada y me señaló con el tenedor.

—Tu historial sentimental contradice esa afirmación. Llevas años recogiendo balas perdidas y comprobando si con ejercicio terapéutico se convierten en ciudadanos responsables.

—Esta vez no quiero convertirlo en nada. Solo necesito contarle que va a ser padre.

—Perfecto. Llegamos, se lo cuentas y observamos si responde como Christian Grey o como un hombre al que habría que retirar el derecho a utilizar perfume.

Buscarlo no aliviaba el resto de mis inquietudes. Desconocía casi todo sobre él: su apellido, su profesión, su familia y el lugar exacto donde vivía.

—Buscar a un hombre llamado Ewan en todas las Tierras Altas puede llevarnos varios embarazos —comenté—. Necesitamos algo más.

—Estuvimos hablando con ellos durante horas. Tuvo que mencionar algún lugar.

—A mí me explicó que vivía cerca de un lago, pero allí hay cientos.

—En Escocia todo está cerca de un lago, una oveja o una historia de fantasmas. Eso no reduce demasiado la búsqueda.

Laia se quedó mirando la botella. Arrugó la nariz, recuperó la fotografía del grupo y señaló al pelirrojo situado a su lado.

—Uno de ello habló del monstruo del lago Ness.

—Todos los escoceses hablan de Nessie cuando conocen turistas.

—No, espera. Tú estabas pidiendo y me preguntaron si había visitado Fort Augustus, ahora que lo pienso. Joder, no me había venido el recuerdo hasta ahora.

—¿Estás segura? Mira que también ibas muy pedo…

—No tanto como otras, no me busques la lengua.

El nombre despertó una impresión lejana, demasiado débil para convertirse en recuerdo propio. Laia cerró los ojos durante unos segundos y movió una mano, intentando ordenar la conversación.

—Yo entendí "fuerte Augusto" y le pregunté si vivían en una fortaleza romana —continuó—. El pelirrojo se rio de mí y Ewan me explicó que era un pueblo, no un fuerte. Después alguien comentó que estaba al sur del lago Ness.

—¿Te aseguraron que vivían allí? Porque creí entender que eran del mismo lugar.

—Diría que sí, es que lo tengo todo un poco borroso.

—¿Me lo dices o me lo cuentas?

—Que mencionaron ese lugar es fijo. Me ha venido el flash.

Escribí "Fort Augustus" en el buscador. Los resultados mostraron una localidad asentada entre montañas y agua, con una sucesión de esclusas que atravesaba el centro antes de desembocar en el lago Ness. Había casas de piedra, embarcaciones detenidas en el canal y carreteras que se abrían paso por un paisaje de un verde intenso.

Laia acercó la silla para mirar la pantalla conmigo.

—Ahí lo tienes —declaró—. Tu Grey escocés vive donde el monstruo del lago Ness pasa los fines de semana.

—Es muy pequeño.

—Mejor. En un lugar así bastará con entrar en el primer pub y preguntar por el idiota que perdió una americana en España.

—No pienso presentarlo de ese modo.

—Tienes razón. Diremos "el atractivo idiota que dejó embarazada a una fisioterapeuta". Así evitamos confusiones.

Abrí el mapa y calculé las distancias. Fort Augustus se encontraba entre Inverness y Fort William, en pleno corazón de las Highlands. No sería un viaje directo desde Rota, pero tampoco la expedición inalcanzable que imaginé unos minutos antes.

—Podríamos llamarlo ahora y preguntarle —le sugerí.

—Podríamos, pero también podría darte una dirección falsa, dejar de contestar o anunciarte que se ha mudado a Australia. Si vamos a buscarlo, prefiero que nos encuentre ya en su pueblo.

—Eso se parece peligrosamente a tenderle una emboscada.

—No es una emboscada; es una comunicación presencial sin posibilidad de fuga prematura.

—Hablas igual que en el trabajo.

—Por eso acabo de ascender.

Laia cogió su teléfono, abrió el calendario y me mostró la semana siguiente marcada con nuestros días libres.

—Dentro de siete días empezamos las vacaciones —me recordó—. Íbamos a ir a Menorca, pero todavía podemos cancelar el alojamiento.

—Llevamos meses preparando ese viaje.

—Menorca no va a moverse. Fort Augustus tampoco, pero dentro de unos meses tendrás una barriga considerable y menos ganas de recorrer las Highlands buscando al señor Fecundidad.

—No vuelvas a llamarlo así.

—Aceptarás el apodo cuando lleves tres días preguntando por un Ewan sin apellido.

Me reí, aunque la propuesta empezaba a parecerme posible. Ya teníamos las vacaciones autorizadas, habíamos ahorrado para el viaje y Laia disfrutaba organizando cualquier desplazamiento con la misma meticulosidad que aplicaba a sus obligaciones militares. Solo necesitábamos sustituir el destino, comprar los billetes y encontrar alojamiento.

—¿De verdad cambiarías Menorca por esto? —le pregunté.

—Sin pensarlo. Las calas seguirán allí el año que viene y, además, este viaje incluye misterio, paternidad inesperada y escoceses. Menorca solo nos ofrecía arena dentro del bañador.

—También ofrecía sol.

—Tengo uniforme de verano. Ya veo suficiente sol en Cádiz.

Desbloqueó el teléfono y abrió una aplicación de vuelos. Antes de que pudiera detenerla, comparó varias rutas, calculó horarios y anotó posibles conexiones en una servilleta.

—Me encargo de organizar el operativo —resolvió—. Vuelos, alojamiento, coche de alquiler y trayecto hasta Fort Augustus. Tú te ocuparás de no consultar en internet si los aviones perjudican a las fresas de nueve semanas.

—Preguntaré a Borja.

—Borja va a bloquearte.

—¿Cuándo llamaremos a Ewan?

Laia dibujó un círculo alrededor del nombre del pueblo.

—Cuando estemos allí. Lo llamas desde Fort Augustus, le cuentas que has viajado para verlo y quedáis en un lugar público. Primero hablarás con él a solas; yo permaneceré cerca por si se transforma en un cabrón.

—No creo que sea así.

—Seguramente no. Dejó una americana, utilizó su teléfono y permitió que le hicieran varias fotografías. Tiene una planificación criminal deficiente.

—O es un hombre normal.

—No descartemos teorías extremas hasta conocer su profesión.

Volví a contemplar las imágenes de Fort Augustus.

Una semana antes no sabía que llevaba un hijo dentro; aquella mañana salí de la consulta de Borja pensando que quizás nunca localizaría a su padre y ahora tenía ante mí un nombre, un punto concreto en el mapa y una amiga dispuesta a cambiar el Mediterráneo por el clima escocés sin pedir nada a cambio.

—Vamos a las Highlands —acepté.

Laia llenó de nuevo las copas con sidra sin alcohol y levantó la suya.

—Por Fort Augustus, por encontrar a Ewan y porque sea un tío responsable, soltero y sin una colección de cadáveres debajo de la chimenea.

—Antes has dicho que podía ser normal.

—Y mantengo un optimismo prudente.

—Brindemos también por que quiera a su hijo.

La expresión de Laia se suavizó antes de acercar la copa.

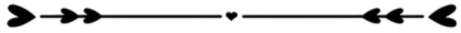
—Si tiene un mínimo de inteligencia, os querrá a los dos. Y si no lo tiene, volveremos a Rota, criaremos a la aceituna sin él y aprovecharemos el billete de regreso para insultarlo desde el avión.

Chocamos las copas. Durante el resto de la cena, mi amiga convirtió la búsqueda en una operación con nombre propio, elaboró una lista de equipaje para climas que ninguna de las dos dominaba y aseguró que aprendería a pronunciar "voy a romperte las piernas" con acento escocés por si Ewan recibía mal la noticia.

Menorca desapareció de nuestros planes antes de terminar el postre. Siete días después viajaríamos a las Highlands, recorreríamos las calles de Fort Augustus y llamaríamos al padre de mi hijo desde el mismo lugar donde vivía.

Por primera vez desde que vi la ecografía, el miedo no llevaba toda la ventaja.

Capítulo 6



Laia pasó a recogerme a las cinco y media de la mañana con dos tés, una bolsa de provisiones y la energía ofensiva de quien había dormido ocho horas mientras yo dedicaba la noche a comprobar si las mujeres embarazadas podían volar sin que la presión de la cabina alterase el tamaño del bebé.

Borja respondió a esa pregunta el día anterior con un "sí, Martina" seguido de un punto que interpreté como el final de su paciencia profesional.

Habíamos decidido salir desde Málaga para tomar un vuelo directo a Edimburgo, de modo que nos aguardaban varias horas de carretera antes de llegar al aeropuerto. Guardé la maleta en el maletero, coloqué la americana de Ewan sobre el equipaje de mano y revisé por cuarta vez que llevaba la ecografía, el informe médico y los suplementos.

—¿Has traído el pasaporte? —me preguntó Laia desde el asiento del conductor.

—Sí.

—¿La tarjeta sanitaria?

—Sí.

—¿La autorización de Borja para que la aceituna abandone el espacio aéreo español?

—No necesito ninguna autorización para eso. Y te recuerdo que ya es más fresa.

—Perfecto. Era una pregunta trampa.

Me abroché el cinturón y dejé el bolso a mis pies. Laia había preparado una lista de reproducción titulada «Operación Highlands», compuesta por canciones escocesas, temas de películas y una versión de gaita de una canción pop que consiguió que ambas bajáramos el volumen antes de alcanzar la autopista.

—Esto parece el funeral de una estrella del rock —protesté.

—Estoy creando ambiente.

—Crea menos.

Durante el trayecto me obligó a beber agua, repartió galletas saladas cada vez que mencioné una posible náusea y se negó a detenerse en tres gasolineras consecutivas porque, según ella, todavía no podía necesitar otro baño. A la cuarta comprobó el tiempo transcurrido, reconoció su error de cálculo y anunció que el bebé había heredado una vejiga con ambiciones expansionistas.

Llegamos al aeropuerto con margen suficiente. Laia bajó las maletas y descubrió que la suya se mantenía en pie por un equilibrio precario entre las ruedas, una prenda atrapada en la cremallera y la fuerza con la que la cerró la noche anterior.

—¿Qué llevas ahí dentro? —le pregunté mientras intentábamos colocarla en el carro.

—Ropa para todos los climas posibles.

—Nos vamos una semana.

—Escocia puede ofrecer cuatro estaciones antes de comer. He traído prendas para cada una y un conjunto por si aparece la quinta.

Mi equipaje pesó catorce kilos. El suyo superó el límite permitido y la empleada de facturación le pidió que retirara dos. Laia abrió la maleta en mitad de la fila, sacó unas botas, un neceser del tamaño de un botiquín militar y tres jerséis que intentó entregarme.

—No caben en mi maleta —le advertí.

—Ponte uno.

—Estamos en Málaga, en julio.

—Hazlo por la economía familiar.

Terminó anudándose un jersey a la cintura, colgándose otro sobre los hombros y metiendo las botas en el equipaje de mano. Cuando la maleta alcanzó el peso exacto, levantó ambos brazos en señal de victoria y recibió un aplauso solitario de un hombre que aguardaba detrás.

—Sargento —le recordé mientras nos apartábamos—, derrotada por una báscula.

—No he sido derrotada. He redistribuido recursos.

La siguiente prueba fue el control de seguridad. Consulté la noche anterior si los arcos detectores afectaban al embarazo y Borja me explicó que podía atravesarlos sin problema. Aun así, cuando llegó mi turno, miré el arco con una desconfianza que no pasó inadvertida para Laia.

—No emite rayos capaces de convertir a tu hijo en un superhéroe —murmuró—. Ya lo preguntaste.

—Sé lo que me explicó Borja.

—Entonces cruza antes de que te detengan por intentar negociar con una máquina.

Pasé sin que sonara ninguna alarma. Laia, en cambio, tuvo que volver atrás porque olvidó quitarse el reloj, después las botas activaron el detector y una agente acabó revisando su equipaje. Sacó uno de los jerséis, el neceser y un paquete de galletas que mi amiga había comprado para mí.

—Es comida terapéutica —argumentó Laia—. La pasajera está embarazada y cree que cada sensación corporal anuncia una emergencia.

La agente me dedicó una mirada comprensiva.

—Mi hermana era igual. Llamó al médico porque el bebé tuvo hipo.

—Todavía no noto que se mueva —aclaré.

—No le dé ideas —intervino Laia—. Dentro de dos meses la tendré contando hipos con un cronómetro.

Superado el control, compramos agua y buscamos la puerta de embarque. Todavía faltaba casi una hora, pero Laia prefirió instalarse cerca para impedir que recorriera las tiendas y adquiriera productos inútiles para el bebé. Llegó tarde: mientras fui al baño, encontré un pequeño peluche de un animal escocés y lo sostenía cuando regresó.

—¿Eso es una vaca? —preguntó.

—Una vaca de las Highlands.

—Parece un felpudo con cuernos.

—Es para el bebé.

—El bebé mide nada y menos, y ya tiene su primer animal de granja.

Compré el peluche pese a sus protestas y lo guardé en el bolso junto a la ecografía. Después contemplé la información del vuelo en la pantalla y una oleada de nervios sustituyó la alegría de los últimos minutos.

—Dentro de unas horas estaremos en Escocia —murmuré.

—Esa suele ser la finalidad de subir a un avión con destino a Edimburgo.

Laia dejó el café y apoyó una mano sobre mi brazo.

—¿Te estás arrepintiendo?

—No. Quiero encontrarlo, pero no sé qué voy a hacer cuando lo tenga delante. He ensayado tantas veces la conversación que ya existen treinta versiones diferentes. En una se alegra, en otra se enfada y en otra llama a un abogado antes de que termine la primera frase.

—Te falta la versión en la que se desmaya y tenemos que reanimarlo.

—No ayudas.

—Claro que ayudo. Amplío tu catálogo para que nada pueda sorprenderte.

Le confesé que temía descubrir que tuviera pareja, que no quisiera al bebé o que pensara que había viajado para exigirle una relación. También me preocupaba que me recibiera con afecto y confundiera ese entusiasmo con una promesa que ninguno de los dos estaba preparado para cumplir.

—No vas a pedirle matrimonio —repuso Laia—. Vas a informarle de que uno de sus nadadores llegó a destino, igual él se acuerdo de cómo.

—No pienso explicárselo de esa manera.

—Podrías acompañarlo con un gráfico.

—Tampoco.

—Entonces utiliza la ecografía. Es menos didáctica, pero tiene valor probatorio.

Anunciaron el embarque y avanzamos con el resto de los pasajeros. Laia había reservado un asiento de pasillo para mí, convencida de que necesitaría visitar el baño cada veinte minutos, y ocupó el central para que nadie me molestara. Junto a ella se sentó un señor escocés de unos sesenta años que llevaba un sombrero de tela y una novela policiaca.

Antes de despegar, revisé dos veces el cinturón y pregunté a una auxiliar si debía colocarlo de alguna manera especial. Me indicó que lo llevara bajo, sobre las caderas, y me aseguró que viajar durante aquella etapa del embarazo no planteaba ningún inconveniente si mi médico no había establecido restricciones.

—¿Ves? —me susurró Laia—. La aceituna está autorizada para despegar.

—¡Ahora es una fresa! —exclamé indignada.

—Cuando lleguemos a Fort Augustus será un melón si seguimos a este ritmo.

El avión comenzó a moverse. Cerré los ojos durante la aceleración y apreté la mano de mi amiga, que soportó la presión sin quejarse hasta que las ruedas se separaron de la pista.

—Puedes soltarme —solicitó unos minutos después—. Necesito conservar los dedos para conducir por la izquierda.

Aflojé la mano y miré el respaldo delantero. Laia abrió la bandeja, colocó una botella de agua y sacó un paquete de frutos secos, una manzana y las galletas terapéuticas.

—¿Has organizado un servicio de catering?

—Borja me pidió que evitaras pasar muchas horas sin comer.

—El vuelo dura poco más de tres horas.

—En tres horas puedes imaginar siete enfermedades, sufrir cuatro ataques de hambre y pedirme que busque un hospital en el Atlántico.

El escocés del asiento contiguo levantó la vista de la novela al escuchar «Fort Augustus». Hablaba un poco de español y nos preguntó si íbamos de vacaciones. Laia le explicó que viajábamos para encontrar a un conocido, evitando mencionar el embarazo, y aprovechó para pedirle información sobre la zona.

El hombre nos contó que había pasado parte de su juventud cerca del lago Ness y que Fort Augustus era pequeño, animado en verano y atravesado por las esclusas del canal de Caledonia. Añadió que encontrar a una persona resultaba fácil si se conocía su apellido.

—No lo conocemos —admití.

—Tenemos el nombre, una fotografía y una americana —completó Laia.

El escocés nos miró alternativamente.

—Esa historia parece complicada.

—Todavía no le hemos contado la parte del bebé —informó mi amiga.

—¡Laia!

El hombre cerró el libro, interesado de inmediato.

—Entonces sí que es complicada.

Acabamos relatándole una versión abreviada. Escuchó con atención, observó la fotografía de Ewan y admitió que no lo reconocía, aunque prometió que en Fort Augustus alguien lo haría. Antes de regresar a la novela, nos recomendó preguntar en los pubs y utilizar la americana solo como pista, no como amenaza.

—Es el primer asesor local de la operación —celebró Laia—. Ya contamos con apoyo civil.

La conversación me tranquilizó durante un rato. Comí las galletas, bebí agua y conseguí dormir casi media hora. Al despertar, Laia había colocado una sudadera doblada entre mi cabeza y el asiento y discutía en voz baja con el escocés sobre la mejor ruta desde Edimburgo.

Una pequeña sacudida atravesó el avión cuando faltaba poco más de una hora. Me enderecé y busqué la mano de mi amiga, pero ella señaló con calma la pantalla donde el avión continuaba avanzando hacia Escocia.

—Turbulencias leves —aclaró—. La fresa no se va a despegar.

—No pensaba eso.

—Has mirado tu barriga antes que el cinturón.

—Ha sido un reflejo.

—Tu reflejo maternal necesita vacaciones.

El piloto anunció que atravesaríamos una zona de aire inestable durante unos minutos.

Laia empezó a contarme anécdotas de su formación para distraerme: la vez que saludó al oficial equivocado, la vez que confundió dos mochilas y pasó un fin de semana con ropa de un compañero que medía dos metros, y aquel ejercicio en el que perdió una bota dentro del agua y pasó las de Caín para seguir a la pata coja.

—¿Y tú vas a protegerme en Escocia? —le pregunté, ya más relajada.

—He ascendido desde lo de la bota.

—Hace poco más de dos meses.

—Han sido semanas de enorme crecimiento personal.

Las sacudidas cesaron. Poco después comenzó el descenso y el paisaje apareció bajo las nubes: extensiones verdes, grupos de casas y carreteras que se cruzaban sobre un terreno distinto al que dejamos aquella mañana. Laia recogió los restos de comida, comprobó que llevaba abrochado el cinturón y me entregó el peluche de la vaca.

—Sujeta a tu primogénita —ordenó—. Vamos a aterrizar.

—No es mi primogénita.

—Ha llegado antes que el bebé. Técnicamente, ocupa el puesto.

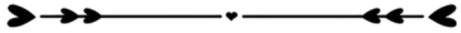
El avión perdió altura. El miedo seguía allí, mezclado con el entusiasmo, las dudas y una esperanza que no me atrevía a examinar demasiado. En algún punto de aquellas tierras vivía Ewan; ignoraba que había cruzado medio continente para buscarlo y que la próxima llamada cambiaría también su vida.

Las ruedas tocaron la pista con un golpe seco. Laia levantó ambos pulgares, el escocés cerró su novela y varios pasajeros encendieron los teléfonos antes de que el avión terminara de frenar.

—Bienvenida a Escocia —anunció mi amiga—. Tú respira, la fresa que se agarre y Grey que vaya preparándose.

Apreté el peluche contra el pecho y sonreí. Habíamos llegado.

Capítulo 7



Recogimos las maletas y seguimos las indicaciones hasta las oficinas de alquiler de vehículos. Laia se encargó de todos los trámites mientras yo sujetaba el equipaje, la vaca de peluche y una carpeta con la documentación del embarazo que ya trataba con mayor cuidado que mi pasaporte.

Reservó un coche automático para no añadir el cambio de marchas con la mano izquierda a una experiencia que consideraba suficientemente arriesgada.

El empleado nos explicó las normas básicas, señaló varios daños pequeños en la carrocería y preguntó si queríamos contratar una cobertura adicional.

—La queremos toda —resolvió Laia—. La que cubre ruedas, cristales, bajos y posibles ataques de ovejas.

El hombre sonrió y aseguró que las ovejas no solían atacar los coches.

—Todavía no conoce su forma de conducir —intervine.

—Soy militar.

—Precisamente.

Salimos al aparcamiento y encontramos un utilitario gris con el volante a la derecha. Laia abrió la puerta izquierda por costumbre, dejó el bolso dentro y tardó dos segundos en comprender que acababa de ocupar mi sitio.

—Primera prueba superada —comenté—. Has localizado el asiento del copiloto.

—Estaba inspeccionándolo.

—¿Con el bolso en las rodillas?

—Protocolo de seguridad.

Rodeó el coche y se instaló frente al volante. Ajustó el asiento, buscó los mandos y estudió el salpicadero con una atención exagerada. El selector automático evitaba el problema de las marchas, pero los intermitentes estaban en el lado contrario al que esperaba y activó el limpiaparabrisas al intentar señalizar la salida.

—No está lloviendo —observé.

—Realizo una comprobación preventiva. En Escocia puede empezar en cualquier momento.

Abandonamos el aparcamiento a poca velocidad. Laia repitió "izquierda" en cada cruce, mientras el navegador nos guiaba hacia la carretera principal. La primera rotonda puso a prueba su serenidad: frenó con bastante antelación, miró hacia la derecha y entró cuando tuvo vía libre, siguiendo el movimiento horario del tráfico.

—No ha sido tan difícil —presumió al tomar la salida correcta.

—Has dejado pasar a tres coches que estaban en Glasgow.

—La prudencia no admite críticas desde el asiento del copiloto.

Los primeros kilómetros transcurrieron entre urbanizaciones, polígonos y carreteras de varios carriles. Edimburgo quedó atrás mientras avanzábamos hacia el norte y Laia empezó a relajarse. Aun así, se acercaba demasiado al borde izquierdo, por lo que adopté la tarea de avisarla cada vez que las ruedas rozaban la línea.

—Un poco a la derecha.

—Voy bien.

—A la derecha.

—Martina, puedo ver la carretera.

—Y yo puedo ver el seto acercándose.

—Ese seto lleva siglos ahí. Sabe apartarse.

Cruzamos el estuario del Forth y continuamos hacia Perth. El entorno urbano perdió presencia, aparecieron campos amplios y las colinas comenzaron a recortar el horizonte.

Las nubes se movían deprisa, dejando zonas iluminadas sobre el terreno y otras cubiertas por una sombra pasajera. No se parecía al verano que dejamos en Cádiz: allí la estación imponía su calor desde primera hora; en Escocia parecía dispuesta a negociar cada cinco minutos.

Laia conducía con más confianza cuando alcanzamos la A9. El paisaje cambió de nuevo después de Perth. Los cultivos cedieron espacio a bosques espesos, laderas cubiertas de vegetación y ríos que surgían entre los árboles. Pasamos cerca de Pitlochry y vimos casas de piedra, carteles de rutas y pequeños establecimientos anunciando té, whisky y dulces.

—Tenemos que parar —propuso Laia.

—Llevamos poco más de una hora.

—No es una parada técnica. He visto un cartel de shortbread.

—Compraste comida para alimentar a todo el avión.

—Una operación internacional requiere productos locales.

Se detuvo en un área de servicio y regresó con una caja de galletas, dos botellas de agua y una bolsa que escondió detrás del asiento.

—¿Qué llevas ahí?

—Nada.

—Has comprado otra vaca.

—La tuya necesitaba una compañera de viaje.

Sacó un peluche más pequeño y lo colocó junto al mío. El bebé todavía no había llegado a Escocia y ya poseía una explotación ganadera.

Retomamos la ruta. A medida que avanzábamos hacia Dalwhinnie, las montañas crecieron y las poblaciones se hicieron menos frecuentes.

La carretera atravesaba extensiones abiertas donde la vegetación baja cubría el suelo con distintos tonos de verde, marrón y violeta. Algunos arroyos descendían por las laderas y las cumbres desaparecían por momentos detrás de las nubes.

Contemplé el paisaje mientras pensaba en Ewan. Aquellas montañas formaban parte de su vida; quizás había recorrido muchas veces la misma carretera, conocía cada desvío y distinguía los cambios de estación en las laderas. Nosotras nos acercábamos a él sin avisarlo, con una ecografía en el bolso y una noticia que modificaría todos sus planes.

—Estás pensando demasiado —advirtió Laia.

—¿Cómo lo sabes?

—Llevas diez minutos sin corregirme la conducción.

—¿Y si llamamos antes de llegar?

—Acordamos hacerlo desde Fort Augustus.

—Podría necesitar tiempo para reaccionar.

—Se lo daremos después de hablar. Si llamas ahora y algo sale mal, pasarás las próximas dos horas imaginando que huyó del país.

No le faltaba razón. Guardé el teléfono y concentré la atención en la carretera. Dejamos la A9 cerca de Dalwhinnie y tomamos vías más estrechas. Laia redujo la velocidad; los carriles exigían mayor precisión y algunas curvas descubrían el paisaje de golpe. Cerca de Laggan apareció un lago largo entre las montañas, con el agua oscura bajo el cielo cambiante.

—Esto ya parece una película —comenté.

—Procura que no sea una de terror. Todavía no hemos comprobado lo del asesino en serie.

—Ewan no es un asesino.

—Estupendo. Un problema menos en el formulario de paternidad.

Al llegar a Spean Bridge, giramos hacia la A82. El navegador anunció poco más de cuarenta minutos hasta el destino y la emoción empezó a competir con el cansancio.

La ruta se internó en el Great Glen, acompañada por bosques, montañas y grandes superficies de agua. Dejamos atrás Loch Lochy, bordeamos Loch Oich y atravesamos pequeños núcleos donde las casas parecían dispersarse entre la vegetación.

Laia tuvo que detenerse en un tramo estrecho para permitir el paso de otro vehículo. Utilizó uno de los apartaderos, esperó a que el conductor contrario avanzara y recibió un saludo de agradecimiento.

—Ya soy una conductora local —proclamó.

—Hace dos horas intentaste subirte al coche por el lado equivocado.

—Todo ascenso profesional exige un periodo de aprendizaje.

El cartel de Fort Augustus apareció poco después. Lo señalamos al mismo tiempo y empezamos a reírnos, quizás por el alivio de haber llegado o por los nervios que ninguna quería reconocer. Laia aminoró la marcha al entrar en la localidad.

El canal de Caledonia atravesaba el centro mediante una sucesión de esclusas. Varias embarcaciones esperaban a distinta altura, los peatones cruzaban por pequeñas pasarelas y las terrazas reunían a turistas vestidos para tres climas diferentes. Más allá se abría el extremo sur del lago Ness, rodeado de montañas que convertían el agua en un corredor inmenso hacia el norte.

—Así que aquí vive —murmuré.

—Aquí vive —confirmó Laia—. Y espero que sea fácil de encontrar, porque no pienso preguntar casa por casa por "Ewan, menos de treinta años, guapo y con espermatozoides especialmente persistentes".

Solté una carcajada, aunque me temblaban las manos. Después de semanas de incertidumbre, el padre de mi hijo ya no se encontraba en un punto indefinido de las Highlands. Compartía aquel pueblo con nosotras, quizás a pocos minutos, sin saber que acabábamos de llegar.

Capítulo 8

El alojamiento rural se encontraba a las afueras de Fort Augustus, al final de un camino estrecho que ascendía entre praderas cercadas por muros de piedra.

Laia condujo despacio durante el último tramo, pendiente de las curvas y de las ovejas que pastaban al otro lado de la valla, mientras el navegador insistía en que nuestro destino se encontraba a doscientos metros, aunque delante solo veíamos árboles, helechos y una extensión de terreno que parecía no terminar nunca.

—Si nos manda por esa senda, me niego —anuncié cuando apareció un desvío cubierto de grava—. Tiene aspecto de conducir a una casa donde una anciana diseca turistas.

—No seas prejuiciosa. Podría ser una anciana encantadora que solo diseca a quienes dejan malas reseñas.

—Tenemos que dormir aquí una semana.

—Entonces recuerda puntuar con cinco estrellas, aunque encuentres un cadáver en el baño.

El cartel de Alderhame House apareció detrás de un grupo de abedules. Laia giró y avanzó hasta una construcción de piedra gris, tejado de pizarra y contraventanas pintadas de color vino tinto.

Dos chimeneas se alzaban en los extremos y una puerta del mismo color, enmarcada por rosales trepadores, ocupaba el centro de la fachada. A un lado se extendía un porche acristalado; al otro, un antiguo cobertizo reformado conservaba las vigas originales y grandes macetas llenas de lavanda.

El jardín descendía en varios niveles hacia un arroyo. Había senderos de grava, bancos de madera, macizos de dedaleras y altramuces, pequeños serbales cargados de hojas y un huerto protegido por una cerca baja.

Más lejos, detrás de la propiedad, las montañas encerraban el valle y el cielo parecía apoyarse sobre sus cumbres. Unas gallinas picoteaban cerca de un manzano, ajenas a nuestra llegada.

—Retiro lo de la taxidermista —concedí al bajar del coche—. Si me asesinan aquí, al menos las fotografías del informe policial serán preciosas.

—Procura caer cerca de las flores. Favorecen tu tono de piel.

La puerta se abrió antes de que sacáramos las maletas. Una chica de unos veinticinco años cruzó el jardín para recibirnos, vestida con un peto vaquero, jersey amarillo y graciosas botas. Llevaba el cabello pelirrojo cortado a la altura de la mandíbula y varias pecas se distribuían por su nariz.

—¡Bienvenidas a Alderhame! —nos saludó en inglés mientras extendía la mano—. Soy Kenzie. ¿Martina y Laia?

Confirmamos nuestras identidades y ella se ofreció a ayudarnos con el equipaje. Laia rechazó la propuesta, aseguró que podía cargar con las dos maletas y tardó menos de medio minuto en enganchar una rueda en la grava.

—Está demostrando fuerza militar —le expliqué cuando Kenzie intentó intervenir—. Si la ayudas, puede considerarlo un ataque a su autoridad.

—Estoy comprobando la resistencia del equipaje —replicó mi amiga antes de tirar con más fuerza—. La rueda no ha superado la prueba.

Kenzie nos condujo al interior. El recibidor conservaba el suelo de piedra y una escalera de madera subía hacia las habitaciones. Un banco corría junto a la pared, con varias cestas para los zapatos, y sobre él colgaba un mapa antiguo de las Highlands. La casa olía a leña, pan recién horneado y alguna hierba aromática que no supe identificar.

El salón ocupaba la parte más antigua del edificio. Dos sofás amplios rodeaban una chimenea de piedra, la biblioteca cubría una pared entera y una colección de juegos descansaba en un mueble bajo.

Había mantas de cuadros dobladas sobre los reposabrazos, fotografías del lago Ness tomadas en distintas estaciones y una bandeja con té, café y galletas a disposición de los huéspedes.

Cruzamos después un comedor con mesas de madera, vajillas desiguales y flores recogidas del jardín.

El porche acristalado se abría hacia las montañas y contenía varios sillones, plantas y un telescopio que, según Kenzie, servía para observar ciervos, aves y, en opinión de algunos visitantes, monstruos acuáticos con una agenda flexible.

—El desayuno se sirve de siete y media a diez —nos informó—. Si queréis salir temprano, puedo prepararos algo para llevar. También tenéis una pequeña nevera en la habitación, hervidor y café.

—¿A qué hora se alimenta a las embarazadas? —le preguntó Laia—. La mía empieza a emitir señales preocupantes.

—No soy tu embarazada.

—Se te van los ojos detrás de las galletas del salón.

Kenzie dirigió la atención hacia mí y sonrió.

—¿Estás embarazada?

—De unas diez semanas —confirmé, todavía sorprendida por la naturalidad con la que empezaba a pronunciarlo—. Y no tengo tanta hambre. Ella exagera.

Mi estómago eligió ese momento para emitir un ruido largo y perfectamente audible. Laia abrió los brazos, satisfecha por la colaboración del bebé.

—La defensa no tiene más preguntas.

Kenzie se rio y prometió buscar algo de comer cuando terminara de enseñarnos la habitación. Subimos al primer piso y recorrimos un pasillo cubierto por una alfombra de tonos rosa.

Nuestra puerta daba acceso a una estancia espaciosa con dos camas, colchas de lana color crema y cabeceros de hierro. Entre ambas había una cómoda antigua; frente a ella, un escritorio sostenía una jarra con agua, dos vasos y un cuaderno para los huéspedes.

La habitación disponía de un rincón de lectura, un armario enorme y un cuarto de baño de lo más cuqui, ducha amplia y una bañera exenta junto a la pared. Desde uno de los ventanales se veía el arroyo; el otro mostraba las praderas, las ovejas y las montañas que recorrimos durante la última parte del trayecto.

—Este sitio es una maravilla —admití.

—Mi madre compró la casa hace quince años —explicó Kenzie—. Estaba bastante deteriorada y tardamos casi una década en terminarla. Mi familia vive en la parte trasera; las habitaciones de huéspedes ocupan esta zona y el cobertizo funciona ahora como una casa independiente.

Laia abrió el armario, inspeccionó las perchas y comprobó el interior de un pequeño baúl situado a los pies de su cama.

—¿Buscas algo? —le pregunté.

—Cadáveres. Quiero descartar la teoría que ya conoces antes de deshacer la maleta.

Kenzie soltó una carcajada y nos entregó las llaves. Le pregunté cuánto tardaríamos en llegar al centro de Fort Augustus; respondió que unos cinco minutos en coche y alrededor de veinte andando por un sendero que enlazaba con el canal.

—¿Es fácil moverse por el pueblo? —quise saber—. No hemos tenido demasiado tiempo para estudiarlo.

—Muchísimo. El centro es pequeño y casi todo queda alrededor de las esclusas. Fort Augustus solo tiene unos seiscientos cincuenta habitantes, aunque en verano recibe bastantes visitantes.

Laia dejó de abrir cajones. Me volví hacia Kenzie, convencida de que no entendí bien la cifra.

—¿Seiscientos cincuenta?

—Más o menos —confirmó—. El número cambia según la fuente, pero no somos muchos.

Miré a mi amiga. Durante una semana tratamos nuestra búsqueda como una expedición a través de una región inmensa, reservamos vuelos, alquilamos un coche y estudiamos mapas de las Highlands. Ninguna se molestó en comprobar cuánta gente vivía en el lugar donde pretendíamos encontrar a un hombre.

—Hay más personas en mi hospital durante el turno de mañana —comenté.

—En la base somos unos cuantos más —añadió Laia—. Hemos cruzado media Europa para buscar a un señor en un pueblo donde probablemente sepan hasta cuántas veces va al baño.

Kenzie alternó la atención entre las dos, cada vez más intrigada.

—¿Buscáis a alguien?

—A un tipo, sí —le respondió mi amiga—. No conocemos nada de él, pero es joven, atractivo y…

Le clavé el codo en el costado antes de que pudiera continuar.

—Es una historia larga.

—Y todavía no hemos comido —añadió ella—. Con el estómago vacío pierde capacidad narrativa.

Kenzie captó la indirecta y se marchó entre risas. En cuanto cerró la puerta, dejé el bolso sobre la cama y me senté a su lado.

—No tenías que contarle que buscamos a Ewan. ¿Y si lo conoce?

—Vivimos durante una semana en una casa a las afueras de un pueblo de seiscientas cincuenta personas. Antes de mañana sabrán que hemos venido a buscar a un escocés, que estás embarazada y que ronco cuando tengo alergia.

—No sabes si roncas.

—Tú tampoco, porque te duermes antes.

Deshicimos parte del equipaje y guardé la americana de Ewan en el armario. La llevé hasta Escocia dentro de una funda, aunque todavía no decidí si se la entregaría al verlo o si esperaría hasta conocer su reacción ante el embarazo. Contemplarla allí, a cientos de kilómetros de mi dormitorio, hizo que la razón del viaje adquiriera un peso nuevo.

Laia cerró la puerta del armario y me obligó a bajar al jardín antes de que empezara a adelantar desgracias.

Kenzie nos esperaba en una mesa de madera situada bajo un serbal, con una bandeja que habría bastado para servir una merienda completa a toda su familia.

Preparó scones calientes, mantequilla, mermelada de frutos rojos, queso, pastel de avena y dos tazas de sopa de verduras. También llevó una jarra de cordial de flor de saúco, asegurándonos que no contenía alcohol. El aroma del pan terminó con cualquier intento de fingir que no tenía hambre.

—No sabía qué te apetecería —me comentó mientras distribuía los platos—. Mi hermana apenas soportaba algunos olores durante el embarazo.

—A Martina le sientan mal los alimentos que no tiene delante —precisó Laia—. En cuanto aparecen, se recupera.

—Solo he tenido más hambre durante los últimos días.

—Esta mañana te comiste mis galletas en el coche.

—Compraste dos paquetes para mí.

—Eso no significa que debieras consumirlos antes de Perth.

Kenzie regresó a la casa y nos dejó disfrutando de esas delicias. El jardín estaba protegido del viento por la construcción y la temperatura resultaba agradable bajo el sol de la tarde. Cerca del arroyo, dos petirrojos recorrían las ramas bajas; en el prado contiguo, las ovejas avanzaban despacio mientras arrancaban la hierba.

Probé uno de los scones con mantequilla y mermelada. Estaba tibio, tierno por dentro y ligeramente crujiente en la superficie.

—Creo que quiero vivir aquí —declaré.

—Llevas un scone. Espera al segundo antes de solicitar la residencia.

—No me importaría criar a un niño en un lugar así.

Laia dejó la taza de sopa sobre la mesa y me observó con una mezcla de cariño y cautela.

—Primero averigua si su padre quiere criarlo contigo, si quiere limitarse a ejercer desde Escocia o si piensa desmayarse cuando vea la ecografía. No le organices la infancia antes de llamarlo. Y otra cosa, ni vuelvas a mencionar eso. Aquí vendríais de vacaciones. Vivir, viviréis en Rota. A mí no me dejas sola. Advertida quedas.

En parte tenía razón. Saqué el teléfono y abrí la conversación con Ewan. El último intercambio continuaba allí, reducido a unos cuantos mensajes enviados durante la madrugada. Durante los dos meses siguientes no volvimos a hablar; tampoco encontré un motivo para escribirle hasta conocer el embarazo.

—¿Lo llamo ahora? —le pregunté.

—Hemos venido para eso.

—Podemos esperar hasta mañana.

—También podemos regresar a Menorca y enviarle una postal, pero sería desaprovechar el viaje.

Pulsé el icono de llamada antes de concederme tiempo para cambiar de opinión. Laia se sentó más recta y apartó los platos, mientras el tono sonaba una vez, dos, tres. A la cuarta llamada pensé que respondería de un momento a otro; a la sexta, el buzón de voz sustituyó la espera por un mensaje en inglés.

Colgué sin dejar ninguna grabación.

—No lo ha cogido.

—Magnífica capacidad de observación —valoró mi amiga—. Podrías trabajar en inteligencia.

—Ha visto mi número.

—Puede que tenga el teléfono guardado en el bolsillo.

—Lo tiene grabado. Sabe quién soy.

—Puede estar trabajando, duchándose, durmiendo o atrapado debajo de una oveja especialmente corpulenta.

—Estamos en el mismo pueblo. Hemos recorrido un montón de kilómetros y no me coge el teléfono.

—No conoce la parte de que has movido tu respingón culo hasta aquí. Desde su perspectiva, solo ha recibido una llamada.

Miré la pantalla, esperando que devolviera la comunicación. Cada segundo sin noticias añadía una posibilidad nueva: quizás borró mi número, quizás lo conservó con una nota poco halagadora o quizás recordaba perfectamente aquella noche y decidió que no quería enfrentarse a ninguna consecuencia.

—A lo mejor piensa que voy a acosarlo.

Laia partió otro scone y extendió la mermelada con tranquilidad.

—Por supuesto. Las acosadoras suelen esperar dos meses, pedir vacaciones, llevar supervisión militar y alojarse en una casa con desayuno incluido.

—Sabe que soy la española de aquella noche. Igual cree que lo llamo para reprocharle que se marchara.

—No vas a reprocharle nada. Solo vas a endosarle un niño.

—¡Laia!

—Visto desde una perspectiva práctica, el reproche habría sido más sencillo.

Me levanté y empecé a recorrer el pequeño espacio entre la mesa y el sendero. El teléfono continuaba en mi mano; comprobé el volumen, la cobertura y el historial de llamadas, aunque todos los datos confirmaban lo evidente.

—¿Y si jamás quiere cogerlo?

—Entonces le llamaremos desde mi número.

—No responderá a un teléfono español que no conoce.

—Usaremos el de Kenzie.

—Tampoco podemos involucrarla.

—Compraremos una tarjeta escocesa.

—¿Y si no responde a números desconocidos?

Laia dejó el cuchillo y se volvió hacia mí.

—En ese caso, iremos al centro, enseñaremos la fotografía y preguntaremos dónde vive. Son seiscientas cincuenta personas, Martina. Antes de la cena sabremos su apellido, dónde estudió, cuántas novias tuvo y qué pidió la última vez que entró en un pub.

—No quiero perseguirlo por el pueblo.

—Has venido a buscarlo.

—No es lo mismo.

—Claro que sí; la diferencia consiste en que "buscar" suena romántico y "perseguir" obliga a correr. Tú estás embarazada y no pienso permitir carreras.

El teléfono vibró. Miré la pantalla con tanta rapidez que casi se me cayó, pero solo era un mensaje de la compañía telefónica informándome de las tarifas de itinerancia. Laia leyó la decepción en mi cara y empezó a reírse.

—¿Esperabas una declaración de amor?

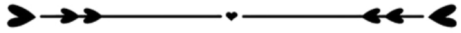
—Esperaba que devolviera la llamada.

—Dale tiempo. Grey puede estar eligiendo helicóptero.

—Deja de llamarlo Grey.

—Hasta que conozcamos su apellido, necesito una manera de llamarlo.

Capítulo 9



Llegamos al centro de Fort Augustus dispuestas a iniciar una búsqueda que, después de descubrir el tamaño del pueblo, parecía menos ambiciosa que localizar una farmacia de guardia.

Laia insistía en que bastaría con enseñar la fotografía en dos establecimientos y esperar a que alguien nos proporcionara el apellido, la dirección y un resumen de las últimas relaciones de Ewan.

Si no se lo enseñamos directamente a Kenzie fue porque, después de comentarle ella lo de mi embarazo, preferí ser discreta con la persona que regentaba el lugar donde nos hospedábamos. Bastante bocachancla fue mi amiga.

—Con seiscientos cincuenta habitantes, aquí deben de conocer hasta el grupo sanguíneo de sus vecinos —comentó mientras cruzábamos una de las pasarelas junto a las esclusas—. Preguntamos por un escocés guapo de veintiocho años y nos dan tres opciones. Si enseñamos la foto, sabrás hasta su número de pie.

—¿Y si en realidad te dieron una pista falsa y ese grupo no era de aquí?

—No arruines mi método policial antes de estrenarlo.

Las embarcaciones avanzaban por el canal a distintas alturas, retenidas entre compuertas que modificaban el nivel del agua. Varios visitantes contemplaban la maniobra desde los márgenes, algunos con helados en la mano y otros fotografiando cada movimiento. Más allá de los edificios, el lago Ness se extendía entre montañas, oscuro y sereno bajo una franja de nubes que amenazaba con cambiar el tiempo.

Laia estudiaba a todos los hombres jóvenes que pasaban cerca de nosotras, sin la menor discreción. Ya confundió a Ewan con un camarero, con un ciclista y con un padre de familia que empujaba un carrito doble mientras intentaba impedir que otro niño se metiera en una tienda de recuerdos.

—Ese podría servirte aunque no sea el auténtico —opinó al verlo alejarse—. Posee experiencia previa y parece capaz de mantener con vida a tres criaturas a la vez.

—No he venido a elegir un padre por concurso.

—Una lástima. Con el paisaje adecuado podríamos vender el formato a una plataforma.

Continuamos hacia el extremo de las esclusas y nos detuvimos cerca de una terraza abarrotada. Quería sacar el teléfono para consultar la fotografía de aquella noche cuando Laia me agarró del antebrazo con tanta fuerza que estuve a punto de protestar.

—Martina —susurró, inclinándose hacia mí—. A la derecha, junto al coche azul.

Seguí la dirección de sus ojos. Un joven conversaba con otro hombre a unos cincuenta metros, al lado de un vehículo estacionado en la carretera. Llevaba una camiseta gris y una bolsa deportiva colgada de un hombro. No distinguía con precisión sus facciones desde aquella distancia, pero reconocí el cabello castaño, la forma de inclinar la cabeza al escuchar y una sonrisa que conservaba en la memoria desde Rota.

—Es él.

—Es él —repitió Laia con una emoción que parecía más propia de una aficionada al fútbol ante la llegada de su equipo—. Llevamos media Escocia preguntándonos cómo encontrarlo y aparece antes de que podamos comprar un imán para la nevera. Esto es eficacia militar.

No supe reaccionar. Durante semanas ensayé aquella conversación, preparé respuestas para todas las reacciones posibles y me prometí que afrontaría el encuentro con serenidad. Bastó con verlo al otro lado de la calle para que cada frase desapareciera.

—No puedo acercarme.

—Has cruzado mogollón de kilómetros para hacerlo.

—Necesito prepararme.

—Tu preparación consistía en llegar hasta aquí.

Ewan se despidió del otro hombre y abrió la puerta del coche. Laia avanzó un paso, pero tiré de su brazo antes de que pudiera llamarlo a gritos.

—Espera. Voy a telefonearle.

—Lo tienes delante.

—Precisamente. Así sabremos si quiere hablar conmigo.

Saqué el móvil con los dedos torpes y pulsé el icono de llamada. El tono sonó en mi oído mientras observábamos cada movimiento de Ewan. Guardó la bolsa en el asiento trasero, rodeó el vehículo y se detuvo para responder algo a su acompañante.

No buscó ningún teléfono.

—Lo tendrá en silencio —razonó Laia—. Llámalo otra vez.

—Va a pensar que estoy desquiciada.

—Todavía no sabe que eres tú.

—Tiene guardado mi número.

—Entonces ya dispone de información suficiente para ir preparándose.

La llamada terminó sin respuesta. Ewan ocupó el asiento del conductor y cerró la puerta. Empezamos a avanzar hacia él, primero deprisa y después casi corriendo, aunque varios turistas se cruzaron delante de nosotras y nos obligaron a rodearlos.

—¡Ewan! —gritó Laia.

El motor arrancó y el coche se incorporó a la carretera antes de que pudiera oírla. Permanecimos en la acera, viendo cómo se alejaba entre otros vehículos hasta desaparecer tras una curva.

—Fantástico —resoplé—. Lo encontramos en siete minutos y lo perdemos en treinta segundos.

—Sabemos que está aquí. Ya es más de lo que sabíamos esta mañana.

—También sabe que lo he llamado y ha decidido ignorarme.

—No ha mirado el teléfono.

—Pero también lo llamé antes…

—Viene de hacer deporte. Igual aún no ha visto ninguna de las llamadas porque tenía el móvil dentro de la bolsa, en una taquilla, sin batería o en casa. No empieces a escribir el rechazo antes de hablar con él.

El teléfono vibró en mi mano y, durante un instante, solo pude contemplar el número de Ewan.

—Está devolviendo la llamada.

—Contesta —ordenó Laia.

—¿Qué le digo?

—Prueba con "hola". Ha funcionado durante siglos.

Acepté la llamada y acerqué el móvil al oído.

—¿Ewan?

Una voz masculina respondió en inglés, más grave de lo que recordaba.

—¿Quién es?

Miré a Laia, que intentó acercar la cabeza al teléfono para escuchar.

—Soy Martina —contesté—. Martina, de Rota.

Al otro lado se produjo una pausa breve; después, el hombre repitió mi nombre con una sorpresa que no necesitó traducción.

—¿Martina? ¿La amiga de Laia?

—Sí. ¿Tú quién eres?

—Cameron.

El nombre me obligó a apartar el teléfono y mirar la pantalla para asegurarme de que no marqué otro número. Eso carecía de sentido porque no tenía el número de ningún otro de su grupo. Laia articuló una pregunta sin emitir sonido y le indiqué que esperara.

—¿Cameron?

—El mismo. El que celebraba su divorcio con cuatro idiotas incapaces de dejarme deprimirme en paz.

—No entiendo nada —admití—. Este es el número de Ewan.

—No, es el mío.

—Pero…

Laia tiró de mi manga y señaló el teléfono, pidiéndome que activara el altavoz. Negué con la cabeza; aquella conversación ya resultaba bastante difícil sin convertirla en una conferencia.

No entendía absolutamente nada, ¿cabía la posibilidad de que Ewan me escribiera aquella noche desde el teléfono de Cameron? Pero si me siguió hasta casa, debía llevarlo encima.

—¿Dónde estás? —me preguntó Cameron—. Ese prefijo es español, pero la llamada me aparece dentro del país.

—En Fort Augustus.

—¿En Fort Augustus? —repitió con una mezcla de incredulidad y diversión—. ¿Qué haces aquí?

—He venido con Laia. Necesitamos hablar con Ewan o… No sé —añadí nerviosa.

Mi amiga abrió los brazos y movió los labios para protestar por aquella presentación.

—Saldré en un rato del trabajo —me explicó él—. Puedo acercarme al centro dentro de un rato. Igual podemos localizarlo y tomar algo.

—No, dinos dónde estás y vamos nosotras.

—Trabajo en una destilería a las afueras, Dunarraidh. Te envío la ubicación; está a unos quince minutos en coche.

—De acuerdo. Llegaremos enseguida.

—Martina —añadió antes de que colgara—, ¿ha ocurrido algo?

Miré mi vientre, todavía ajeno a cualquier cambio visible, y sentí que aquella conversación no podía mantenerse por teléfono.

—Te lo explicaré cuando lleguemos.

Cameron aceptó sin insistir y finalizó la llamada. Unos segundos después recibí un mensaje con la ubicación. Laia me arrebató el móvil, leyó el nombre de la destilería y empezó a caminar hacia el aparcamiento.

—Recapitulemos —propuso—. Venimos a buscar al padre de tu hijo, encontramos a Ewan, llamamos a su número y responde un divorciado que creo recordar que tenía el pelo cobrizo y era interesante. No como el pelirrojo del grupo, por suerte, que ese era bastante payaso.

—Cameron me escribió desde su teléfono. Debe ser eso.

—¿De veras no te acuerdas con quién te acostaste?

—No inventes, ¿eh? Fue con Ewan… No bromees con esto.

—Estoy intentando evitar que sufras un ataque antes de llegar. Sería muy poco elegante presentarnos en la destilería y pedir que el padre se identificara mientras te reanimo en el suelo.

—El padre es Ewan —protesté.

—Pero recordarlo, en realidad, no lo recuerdas. Solo que abriste la puerta y ahí se te nubló el sentido. El sexo tuvo que ser espectacular.

—Espectacular va a ser la leche que te daré si continúas en esa línea, por muy sargento que seas.

Alcanzamos el coche. Tuve la precaución de volver a meter la americana en él por si lo encontrábamos.

—Tenemos que llevarla —decidí.

—Por supuesto. Ahora es una prueba.

—Es su americana.

—Esa prenda ha acumulado más identidades que un agente secreto. Primero era de Ewan, ahora el teléfono pertenece a Cameron y dentro de quince minutos quizás descubramos que la americana es del monstruo del lago Ness.

La saqué de la funda y la extendí sobre mis brazos. El aroma apenas se percibía después de tantas semanas guardada, pero aún distinguía la fragancia inconfundible de Ewan.

—Esto demostrará que lo del número tiene una explicación —insistí —. Cameron verá la americana y nos dirá que pertenece a su amigo.

Laia tomó el volante y yo coloqué la prenda sobre el asiento trasero. Salimos del pueblo siguiendo las indicaciones del navegador. La carretera bordeaba zonas arboladas y después se internaba entre laderas abiertas, con algunas construcciones dispersas a ambos lados.

Mientras, Laia trataba de apaciguar mis nervios con diversas teorías, de lo más locas.

Pese a los nervios, terminé riéndome. Ella sonrió sin apartar la atención de la carretera; había conseguido lo que pretendía y no necesitó reconocerlo.

La destilería apareció al final de un camino flanqueado por muros de piedra. Varios edificios de tejados oscuros rodeaban un patio amplio, y una chimenea baja se alzaba detrás de las construcciones principales. Un cartel de madera anunciaba “Dunarraidh Distillery” junto a un emblema formado por una montaña y una espiga de cebada.

Cameron esperaba cerca de la entrada.

Lo reconocí antes de que Laia estacionara. Era más alto de lo que recordaba, vestía pantalones oscuros y una camisa blanca. El cabello cobrizo, corto y bien peinado, destacaba sobre una piel clara; al acercarnos, sus ojos verdes revelaron una mezcla de curiosidad y sorpresa.

Bajamos del coche. Abrí la puerta trasera, recogí la americana y avancé con ella doblada sobre el brazo. Él miró primero mi cara, después a Laia y terminó reparando en la prenda.

—No me digáis que recorristeis toda esta distancia solo para devolverme la americana —bromeó en inglés—. Podíais enviarla por correo. El servicio postal escocés todavía funciona.

Me detuve a pocos pasos de él.

—¿Es tuya?

—Claro que es mía. Pensé que no volvería a verla.

Laia me dedicó una mirada cargada de preguntas, aunque permaneció a mi lado sin intervenir. Cameron abrió los brazos para saludarnos y se inclinó hacia mí. Le di dos besos por costumbre; al rozar su mejilla, reconocí la fragancia que llevaba.

Era el mismo perfume.

La americana pertenecía a Cameron. El número también. Y aquel aroma, conservado durante semanas en mi dormitorio y en mi memoria, era suyo.

Retrocedí despacio, incapaz de apartar los ojos de su rostro.

Cameron sonrió, ajeno al terremoto que acababa de provocar.

—Bienvenidas a las Highlands.

Capítulo 10

Cameron nos invitó a entrar y recogió la americana de mis brazos con una naturalidad que terminó de ordenar las piezas en mi cabeza.

No necesitó explicar cuándo la dejó en casa ni por qué salió sin ella; bastó la familiaridad con que la dobló sobre el antebrazo y la sonrisa discreta que me dedicó antes de abrirnos la puerta.

Laia caminó a mi lado sin comentar nada, aunque su expresión confirmaba que llegó a la misma conclusión.

El teléfono pertenecía a Cameron, también la americana y, por encima de cualquier otra prueba, llevaba el perfume que reconocí desde aquella mañana. Durante semanas pensé que Ewan entró en mi dormitorio, pero la realidad acababa de presentarse con unos cuarenta años, cabello cobrizo y unos ojos verdes que me observaban con una cortesía impecable.

—Perdonad el aspecto —nos comentó Cameron mientras nos conducía hacia el interior—. Estamos ampliando una de las zonas de producción y llevamos varias semanas conviviendo con operarios, cajas y decisiones que alguien debería haber tomado antes de empezar las obras.

—Pues desde fuera parece el escenario de un anuncio —le respondió Laia—. Solo faltan un escocés junto a un barril y una voz grave hablando de tradición.

—Puedo buscarte al escocés. La voz grave habrá que contratarla.

El edificio principal combinaba los muros antiguos de piedra con una estructura interior de madera y metal. Atravesamos una zona donde se almacenaban sacos de cebada y pasamos junto a una sala amplia dominada por tuberías, depósitos y grandes recipientes de acero. El aire cambiaba en cada tramo: primero olía a cereal tostado; después, a una mezcla dulce y densa que no supe identificar.

Cameron nos explicó que el proceso comenzaba con la preparación de la malta, continuaba con la extracción de los azúcares y avanzaba hacia la fermentación antes de llegar a los alambiques.

Hablaba sin convertir la visita en una conferencia, deteniéndose cuando algún trabajador lo saludaba y presentándonos a quienes se cruzaban con nosotras.

—Tú no eres un trabajador más, ¿verdad? —le preguntó Laia después del cuarto saludo.

—Digamos que soy el jefe.

No lo dijo con arrogancia ni mucho menos, sino como mera respuesta.

Nos miramos, desconcertadas, y él dejó escapar una sonrisa antes de abrir una puerta doble. Al otro lado se extendía la sala de destilación, presidida por varios alambiques de cobre cuyo brillo cálido destacaba frente a las vigas oscuras y los conductos que recorrían el techo.

—La destilería es mía —nos aclaró—. Bueno, de mi familia, aunque ahora soy responsable de casi todo. Decir que trabajo aquí permitiría que mis empleados me asignaran un horario y prefiero no darles ideas.

—Así que eres el jefe —concluyó Laia.

—Procuro que esa información no salga de este edificio. Perjudica mi reputación.

—¿Qué reputación?

—La de hombre ocioso que viaja a España para celebrar divorcios.

Laia soltó una carcajada y yo conseguí sonreír, aunque seguía intentando reconciliar al hombre que avanzaba delante de nosotras con la madrugada borrada de mi memoria.

No podía decir nada malo de él. Me escribió haciéndome una propuesta que yo interpreté que venía de Ewan, le abrí la puerta, debimos follar como leones y se largó dejándose una americana. Y algo más… Algo que crecía dentro de mí.

Su forma de tratar a los empleados, la atención con que esperaba cuando yo reducía el paso y la delicadeza de no mencionar la americana más allá de aquella primera broma dibujaban una personalidad muy discreta y elegante.

Subimos una escalera que llevaba a una galería interior. Desde allí se veía parte de la zona de producción y, a través de unas puertas situadas al fondo, se accedía a un patio donde varios trabajadores trasladaban materiales. Cameron aminoró el ritmo para caminar a mi lado.

—¿Estás cansada? —me preguntó.

—Un poco. Venimos desde Edimburgo y el trayecto ha sido largo.

—Podríais haber volado a Inverness.

—La organizadora del viaje eligió Edimburgo —expliqué, señalando a Laia.

—Porque había un vuelo directo desde Málaga —se defendió ella—. Además, conducir cuatro horas por la izquierda forma el carácter.

—También envejece a la copiloto —añadí.

—La copiloto pasó medio camino avisándome de la existencia de cada cuneta.

Cameron nos condujo hasta un despacho situado al final de la galería. Era una estancia amplia, con una mesa de madera oscura, dos librerías y un pequeño espacio de reuniones formado por un sofá y varios sillones. En una de las paredes colgaban fotografías antiguas de la destilería; en otra, un mapa de las Highlands aparecía cubierto de anotaciones y marcas de colores.

Dejó la americana sobre el respaldo del sofá y nos ofreció asiento. Después abrió un pequeño frigorífico oculto en un mueble y sacó dos botellas de agua.

—No tengo demasiadas opciones sin alcohol y me temo que venís en coche —se disculpó—. Esta empresa no se fundó pensando en personas sensatas.

—El agua está perfecta —le aseguré.

Nos entregó un par de botellas y ocupó el sillón situado frente a nosotras. La luz de la tarde entraba por los ventanales altos, perfilando algunos reflejos cobrizos en su cabello. De cerca resultaba aún más atractivo: tenía pequeñas marcas de expresión junto a los ojos, la mandíbula marcada y esa seguridad serena que imponía.

—Ahora contadme la verdad —nos pidió—. Nadie recorre tantos kilómetros porque de pronto sienta curiosidad por Fort Augustus. ¿Qué os trae hasta aquí?

Laia volvió la cabeza hacia mí. Aquel era el momento que preparamos durante días, aunque entonces el hombre sentado delante no era quien esperábamos encontrar.

Abrí la boca y noté que la noticia se detenía antes de salir. Necesitaba tiempo para asumir que el padre de mi hijo no era Ewan, sino Cameron; no podía entregarle una ecografía cinco minutos después de recuperar una noche que ni siquiera recordaba.

—Queríamos conocer las Highlands —le contesté—. Nos hablasteis tanto de ellas en Rota que cambiamos nuestros planes. Íbamos a pasar las vacaciones en Menorca, pero nos pareció más emocionante venir hasta aquí.

Laia me observó con una incredulidad que Cameron no llegó a ver porque mantenía la atención puesta en mí.

—¿Cambiasteis Menorca por las Highlands debido a una conversación que con un grupo de insensatos? —nos preguntó, divertido.

—Laia recordó Fort Augustus —expliqué—. Según ella, alguien le habló durante media hora del lago Ness.

—Fueron diez minutos —rectificó mi amiga—. Y la conversación incluía información útil sobre los horarios laborales del monstruo.

Cameron empezó a reírse. No fue una risa educada ni prudente, sino franca, contagiosa y capaz de suavizar el ambiente del despacho. Se inclinó hacia delante y negó varias veces con la cabeza.

—Ewan —concluyó—. Esa teoría solo puede ser suya.

—Pues no parecía tan mala después de varias copas —admitió Laia.

—Nada parece mala idea después de varias copas. Mi divorcio se convirtió en motivo para viajar a España. Y, pese a todo, no me arrepiento de nada.

Me dirigió una mirada breve, acompañada por una sonrisa que no exigía explicaciones. Ni una palabra fuera de lugar ni una alusión a lo ocurrido dentro de mi casa; su elegancia al evitar el tema reforzó la impresión de que recordaba la noche y prefería protegerme de una situación comprometida.

—¿Os apetece ir a tomar algo? —nos propuso—. Puedo invitaros a cenar. Hay un restaurante cerca del canal que sirve comida hasta tarde y ya empiezo a tener hambre.

Aceptamos. Cameron hizo una llamada para avisar de que se marchaba, guardó varios documentos y se llevó la americana. Antes de salir, me cedió el paso y esperó a que bajara las escaleras sin apresurarme. Aquel cuidado podía formar parte de su manera de tratar a cualquiera, pero empezaba a encontrar significado en todos sus gestos (quizás porque ya intuía lo que debía contarle).

Nos despedimos en el aparcamiento con el acuerdo de encontrarnos frente al restaurante. Subió a un todoterreno oscuro y salió primero; Laia aguardó hasta que desapareció al final del camino para volverse hacia mí.

—¿A qué estás jugando?

—No estoy jugando.

—Cruzamos media Europa para comunicarle a un hombre que va a ser padre, descubrimos que el hombre es otro y, cuando te pregunta por qué estamos aquí, le cuentas que sentíamos una pasión repentina por las montañas.

—Necesito encajarlo.

—¿Encajar qué? Todo apunta a que es él. Si aparece una factura del preservativo a su nombre, completamos el expediente.

—Ya, ya…

—Entonces es evidente que Cameron es el padre.

—Sí, es evidente —admití mientras me abrochaba el cinturón—. Pero hace una hora estaba preparada para hablar con Ewan. Ahora tengo delante a un hombre distinto, mayor, divorciado y dueño de una destilería. No sé nada más sobre él.

—Sabes que compra buenas americanas.

—Laia…

—Y que huele bien. No es un historial médico, pero empezamos con datos positivos.

Arrancó el coche y siguió la ruta que marcaba el navegador. Cameron circulaba delante de nosotras, visible a poca distancia, y mi amiga aprovechó cada curva para enumerar las virtudes que detectó durante la visita: educado, atractivo, con trabajo estable, propietario de un negocio y capaz de hablar durante veinte minutos sin presumir de dinero.

—No necesito que me convenzas para casarme con él —protesté—. Solo quiero conocerlo un poco antes de contarle que va a tener un hijo.

—¿Cuánto es "un poco"?

—Una cena, al menos.

—Perfecto. Le anuncias la paternidad con el postre y, si reacciona mal, le tiras la tarta.

—No pienso hacer eso.

—Entonces la tiro yo. Para algo he venido.

El restaurante ocupaba un edificio de piedra cerca del canal. Cameron esperaba en la entrada y nos acompañó hasta una mesa situada en una zona resguardada, decorada con fotografías antiguas de embarcaciones. Nos entregó las cartas antes de pedir una botella de agua.

—¿No vas a beber? —le preguntó Laia.

—Puedo sobrevivir a una cena sin whisky. Además, así ninguna de vosotras tendrá que preocuparse por regresar conduciendo detrás de un escocés que ha probado su propia producción.

Nos explicó varios platos, preguntó si teníamos alguna restricción alimentaria y nos recomendó una crema de verduras seguida de salmón bien cocinado. Agradecí que eligiera algo compatible con el embarazo sin conocerlo; Laia pidió carne con patatas y anunció que sus vacaciones necesitaban una cantidad razonable de calorías.

—Deberíamos llamar a Ewan —propuso Cameron después de que el camarero tomara nota—. Seguro que le encantará saber que estáis aquí.

Nos miramos entre nosotras. Vaya situación, si él supiera cuáles eran mis sospechas hasta hacía un rato…

Sacó el teléfono y marcó su número. Esperamos mientras la llamada avanzaba sin respuesta.

—No lo coge —nos confirmó Cameron—. Estará con su novia.

Laia y yo nos miramos.

—¿Tiene novia? —le pregunté.

—Desde siempre. Empezaron a salir en el instituto, rompieron algunas veces y volvieron a encontrarse. Se casan el año que viene.

Noté que mi sorpresa se mezclaba con alivio. Durante varias semanas creí que Ewan era el padre y llegué a imaginar todas las reacciones posibles, pero nunca incluí a una novia de toda la vida preparando una boda. Y eso que tenía claro que en Rota coqueteó claramente conmigo. En fin, que debía tratarse de una buena pieza.

—¿Están prometidos? —quiso saber Laia.

—Desde hace unos meses. Han tardado tanto en decidirse que la familia entera estuvo a punto de organizar la boda sin consultarles.

Cameron dejó el teléfono sobre la mesa y se distrajo hablando con el camarero, que regresó para confirmar uno de los platos. Laia aprovechó esos segundos para acercarse a mí.

—De buena te has salvado —me murmuró—. Imagínate que llegamos, le enseñas la ecografía y después aparece la novia con el catálogo de vestidos.

—Creía que era él.

Le di un pequeño golpe con el pie antes de que nuestro anfitrión recuperara la atención. La cena avanzó entre historias de la destilería, anécdotas de su viaje a Rota y preguntas sobre nuestras vidas. Cameron se interesó por mi trabajo en el hospital y escuchó con curiosidad la explicación de Laia sobre su ascenso a sargento.

—¿Sargento o sargenta? —nos preguntó.

Hablábamos en inglés. No es que lo hiciéramos perfecto, pero ambas nos defendíamos como podíamos.

—Sargento —le aclaró ella—. Aunque mi madre continúa diciendo "mi niña la militar" y ha decidido que ese es el rango más importante de la Armada.

—Las madres crean sus propias jerarquías.

La frase me llevó a pensar en el bebé y tuve que concentrarme en el plato para no confesarlo allí mismo. Cameron seguía hablando con Laia, ajeno a la noticia que se sentaba frente a él; no obstante, lejos de aumentar mi temor, la cena me permitió descubrir a un hombre atento, divertido y capaz de reírse de sí mismo.

Nos contó que la destilería perteneció a su abuelo, que la familia estuvo cerca de perderla durante una crisis y que él regresó a Fort Augustus años atrás para modernizar el negocio. También habló de su divorcio sin resentimiento: reconoció que el matrimonio terminó mucho antes de que ambos aceptaran la evidencia y aseguró que el viaje a Rota fue idea de sus amigos.

—¿No querías celebrarlo? —le pregunté.

—No encontraba nada que celebrar. Un divorcio puede ser la decisión correcta y seguir resultando doloroso.

—Tus amigos parecían muy entregados a la causa —recordó Laia.

—Mis amigos celebran cualquier acontecimiento que permita reservar vuelos y beber lejos de casa.

Terminamos los platos principales y Cameron pidió tres postres para compartir después de consultar qué nos apetecía. Prestó atención a detalles pequeños: acercó mi vaso cuando me vio buscarlo, pidió otra servilleta antes de que tuviera que hacerlo y comprobó que Laia pudiera tomar café sin retrasar demasiado el regreso.

Cuando salimos, el aire era más fresco y el canal reflejaba las últimas tonalidades del cielo. Nos acompañó hasta el coche y nos preguntó qué planes teníamos para el día siguiente.

—Ninguno todavía —le respondió Laia—.

—Entonces dejad que os enseñe la destilería con calma. Hoy solo atravesamos la zona de producción, pero podéis ver los almacenes, conocer parte del proceso y recorrer la finca. Después podríamos comer allí.

—Nos encantaría —acepté.

—Pasaré a recogeros a las diez. Envíame la ubicación del alojamiento.

Nos despedimos con dos besos. Otra vez percibí su perfume, la misma fragancia que permaneció en mi casa después de aquella noche, y la certeza que construí durante la tarde ya no dejó espacio para ninguna alternativa.

Cameron se alejó hacia su coche. Laia esperó a que estuviera fuera de nuestro alcance antes de mirarme con firmeza.

—Mañana vas a contárselo.

—Mañana.

—Te dejaré a solas con él después de la visita. Inventaré una llamada, una indisposición o una necesidad urgente de examinar barriles.

—No hace falta que representes una obra.

—Llevo todo el día actuando. Cuando contaste que vinimos por amor a las Highlands, casi me da una contractura facial.

Abrí la puerta del coche y guardé el bolso en el asiento trasero.

—Necesitaba conocerlo antes.

—Ya lo conoces un poco. Es encantador, está soltero, tiene una empresa y no guarda cadáveres visibles en su despacho. Hemos superado las expectativas básicas.

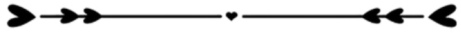
—También puede salir corriendo mañana.

—Es propietario de una destilería. Sabremos dónde encontrarlo.

Laia arrancó y abandonamos la zona. Durante el trayecto de regreso pensé en la forma de contarle la verdad, en la ecografía guardada dentro del bolso y en el hombre que acababa de invitarnos a compartir otro día con él.

A la mañana siguiente, Cameron sabría que iba a ser padre.

Capítulo 11



Cameron llegó a Alderhame House a las diez en punto. Lo vimos detener el todoterreno delante de la casa mientras terminábamos el desayuno en el jardín, y Laia me concedió treinta segundos para comprobar que llevaba la ecografía en el bolso, que no se transparentaba nada bajo la camiseta y que podía pronunciar "estoy embarazada" sin perder la voz.

Fallé en la tercera comprobación.

—No pasa nada —me aseguró mientras se levantaba—. Dispones de toda una destilería para intentarlo. Si no consigues decírselo en el despacho, pruebas junto a los barriles; si tampoco puedes, lo haces cerca de los alambiques. Por escenarios no será.

—No sé por qué me parece tan difícil.

—Porque ayer creías que el padre era un chico de veintiocho años y acabaste cenando con un empresario divorciado que podría anunciar relojes caros.

Cameron salió del coche con unos pantalones beige, camisa clara y una chaqueta ligera que le sentaba demasiado bien para las diez de la mañana. Saludó a unos huéspedes que salían y esperó a que recogiéramos nuestras cosas sin mostrar prisa.

Avanzó para ayudarnos con los bolsos antes de que pudiera responderle. Me abrió la puerta del copiloto y esperó hasta que estuve acomodada; Laia ocupó la parte trasera, encantada con la posibilidad de observarnos durante el trayecto sin perder detalle.

—¿Habéis descansado? —nos preguntó al incorporarse a la carretera.

—Yo sí —le respondió mi amiga—. Martina ha pasado la noche organizando una conversación que todavía no sabe mantener.

La miré a través del espejo retrovisor. La fulminé con la mirada.

—Una conversación sobre el hospital —improvisé—. Tengo pendiente resolver un asunto cuando vuelva.

—Las vacaciones sirven para olvidar el trabajo —me recomendó Cameron—. Al menos hasta el último día, cuando uno descubre cuarenta correos y empieza a arrepentirse de haber regresado.

Desvió la conversación hacia la ruta que recorreríamos y nos habló de varios lugares cercanos que merecían una visita.

Conocía cada camino, los mejores puntos desde los que contemplar el lago y hasta la cafetería donde preparaban, según aseguró, el pastel de manzana capaz de reconciliar a una persona con el clima escocés.

Laia intervino para contarle que nuestra casera nos alimentó con bollos y mermelada al llegar, aunque omitió la parte en la que revelamos el embarazo. De vez en cuando me observaba desde atrás y después señalaba el bolso con movimientos discretos, recordándome que la ecografía seguía allí, a pocos centímetros de la verdad.

En Dunarraidh nos recibió una actividad distinta a la de la tarde anterior. Un camión descargaba material cerca de los almacenes, varios empleados cruzaban el patio y el vapor escapaba de una de las zonas de producción. Cameron estacionó junto al edificio principal y nos entregó dos acreditaciones de visitante.

—Hoy veréis todo con calma —nos explicó—. Ayer os llevé al despacho por el camino más corto, pero os perdisteis la mitad del proceso.

Comenzamos por la recepción de la cebada y continuamos hacia la zona donde se preparaba la malta. Nos mostró el molino, explicó la importancia del agua y nos condujo hasta los grandes recipientes utilizados para mezclar el cereal molido. Hablaba con pasión, aunque introducía suficientes anécdotas para que Laia no convirtiera la visita en una competición de preguntas técnicas.

—Mi abuelo examinaba la cebada con los dedos y aseguraba que podía predecir la calidad del whisky —nos relató—. Yo lo intenté durante años y solo conseguí identificar cuándo estaba mojada.

—Eso también es una habilidad —le reconoció Laia.

—No permitió que la incluyera en los folletos publicitarios.

El aire se volvió más cálido en la sala de fermentación. Cameron abrió uno de los recipientes para que pudiéramos observar el movimiento de la mezcla y nos advirtió que no acercáramos demasiado la cara. Laia obedeció durante tres segundos; después se inclinó un poco más, retrocedió de golpe y se llevó una mano a la nariz.

—Esto tiene capacidad para despejar las vías respiratorias —protestó.

—Te avisé.

—Pensé que exagerabas para proteger una fórmula secreta.

—La fórmula secreta consiste en evitar que las turistas españolas se caigan dentro.

Los alambiques de cobre dominaban la siguiente estancia, alineados bajo una red de tuberías.

Cameron nos habló de las dos destilaciones, de los cortes y de la experiencia necesaria para escoger la parte adecuada del destilado. Me resultó fácil escucharlo: su voz adquiría un tono más cercano aún cuando explicaba la historia del negocio y sus manos acompañaban cada detalle sin caer en gestos ampulosos.

Lo observé conversar con los empleados, recordar sus nombres y detenerse para resolver una consulta sobre un envío.

No actuaba desde la distancia propia de quien solo poseía la empresa; conocía cada fase, cada máquina y los problemas que podían surgir.

Lo imaginaba con una vida estable, construida con esfuerzo, y me preguntaba qué espacio podría ocupar un bebé inesperado dentro de ella.

Visitamos uno de los almacenes de maduración. El cambio de temperatura me obligó a frotarme los brazos, y Cameron reparó en el gesto antes de que pudiera disimularlo.

—Toma —me ofreció, quitándose la chaqueta—. Aquí siempre hace más fresco.

—No hace falta.

—La recuperaré cuando salgamos. No pienso perder dos americanas en poco tiempo.

Laia carraspeó para ocultar una risa. Acepté la chaqueta y me la puse; conservaba el mismo perfume, más suave que el día anterior, aunque reconocible. Ya no despertaba ninguna pregunta sobre la identidad del hombre que entró en mi casa. Cameron era el padre del bebé y cada minuto que pasaba sin decírselo aumentaba el peso de la ecografía dentro de mi bolso.

Al finalizar el recorrido, nos llevó a una sala privada utilizada para reuniones y degustaciones. Una mesa larga ocupaba el centro, rodeada por estanterías donde se exhibían botellas de distintas épocas. En un extremo descansaban varias cajas que acababa de entregar un servicio de catering.

—Pensé que después de la visita tendríais hambre —nos comentó mientras revisaba el pedido—. Encargué comida para tres, aunque parece que esperan la llegada de un equipo de rugby.

—Martina come por dos —soltó Laia.

Le clavé una mirada de advertencia.

—Es una forma de hablar —añadió—. Cuando tiene hambre, desarrolla dos personalidades y ninguna resulta agradable.

Cameron abrió los recipientes: sopa de verduras, pollo asado con hierbas, patatas, ensalada, pan recién hecho y varias porciones de tarta. También pidió limonada, agua y café.

Comimos entre bromas y preguntas sobre Escocia. Cameron nos explicó la diferencia entre algunos tipos de whisky, Laia fingió comprender todas las notas aromáticas y acabó describiendo una botella como "marrón, fuerte y cara", una clasificación que él consideró revolucionaria.

—Podría contratarte para las campañas publicitarias —le propuso—. "Dunarraidh: marrón, fuerte y caro".

—Añade "no apto para cobardes" y tendrás el mercado español.

La sobremesa se prolongó hasta que Cameron recibió una llamada y salió para atenderla. Antes, insistió en que probáramos "lo mejor de lo mejor de la casa". Decliné la invitación argumentando que lo sentía, pero que no me gustaba el sabor fuerte del whisky. Cuando nos quedamos solas, Laia aprovechó el momento para cerrar la puerta y volverse hacia mí.

—Ahora —me ordenó—. En cuanto regrese, saco el teléfono, anuncio una emergencia militar y os dejo solos.

—¿Qué emergencia?

—No importa. Nadie discute una emergencia militar.

—No quiero que piense que has venido a organizar una invasión.

—He venido a organizar una revelación de paternidad y está resultando más difícil. Llevas la ecografía, él quiere conocerte y la comida ha sido magnífica. El universo te ha preparado el escenario con catering incluido.

—No encuentro la forma de empezar.

—"Cameron, estoy embarazada". Sujeto omitido, presente de indicativo y cuatro sílabas que cambiarán su vida. No necesitas una introducción de veinte minutos.

—Son cinco sílabas.

—Estupendo. Ya estás concentrada.

Cameron regresó y se disculpó por la interrupción. Laia esperó unos minutos, consultó la pantalla de su teléfono y representó una sorpresa tan exagerada que habría avergonzado a cualquier actriz principiante.

—Tengo que atender una llamada de la base —anunció—. Puede tardar.

—Estás de vacaciones —le recordé.

—Por eso debe de ser importante.

Salió antes de que pudiera detenerla. Cameron siguió su marcha con curiosidad y después empezó a recoger los platos vacíos. Me levanté para ayudarlo, pero él retiró el recipiente de mis manos y señaló una silla.

—Eres invitada. Siéntate.

—Has organizado la visita, el almuerzo y hasta me has prestado la chaqueta. Puedo recoger un plato.

—De acuerdo, pero el próximo lo llevo yo. La hospitalidad escocesa tiene normas muy estrictas.

Trabajamos juntos durante unos minutos. La cercanía me alteraba más desde que sabía que debíamos hablar a solas; cada vez que intentaba formular la primera frase, aparecía otra más torpe y terminaba preguntándole por la comida, la destilería o el tiempo.

Cuando todo quedó recogido, sirvió un café para él y una infusión para mí. Regresó a la mesa y se sentó en la silla de al lado, no enfrente, reduciendo la distancia entre los dos.

—Laia no está hablando con la base —me comentó.

—¿Por qué lo sabes?

—Ha salido sin desbloquear el teléfono y lleva varios minutos paseando por el patio con él pegado a la oreja. Tiene mucho talento dramático, pero debería ensayar el manejo de los accesorios.

No pude evitar reírme.

—Quería dejarnos solos.

—Eso supuse. La pregunta es por qué.

Acaricié el asa de la taza. La respuesta estaba dentro del bolso, junto a mi silla, pero el valor volvía a escurrirse cada vez que pensaba en pronunciarla.

—Ayer hablaste de tu divorcio —empecé—. Dijiste que terminó mucho antes de que lo aceptarais.

—Es verdad.

—¿Qué os separó?

No pareció molesto por la pregunta. Bebió un poco de café, dejó la taza sobre la mesa y se tomó un instante antes de responderme.

—Muchas cosas. Nos conocimos demasiado jóvenes y crecimos en direcciones distintas. Mi exmujer quería vivir en Edimburgo; yo regresé aquí para ocuparme de la destilería. Durante años pensamos que alguno acabaría cediendo y solo conseguimos acumular reproches.

—¿Eso fue lo principal?

—No.

Sus dedos recorrieron el borde de la taza antes de continuar.

—Yo quería tener hijos. Ella no.

El aire dejó de llegarme con normalidad. Cameron siguió hablando, ajeno al efecto que acababa de provocar.

—Al principio evitábamos el tema porque éramos jóvenes y parecía una decisión lejana. Cuando cumplí treinta y cinco, comprendí que no quería aplazarlo más. Ella fue honesta: nunca deseó ser madre y no pensaba cambiar. Ninguno tenía derecho a exigirle al otro que renunciara a algo tan importante.

—¿Todavía quieres tenerlos? —logré preguntarle.

—Sí. Muchísimo.

El suelo pareció inclinarse bajo mis pies. Aparté la taza y respiré hondo, pero el calor de la sala se concentró de pronto alrededor de mi cabeza. Cameron se inclinó hacia mí.

—¿Te encuentras bien?

—Sí, solo necesito…

No terminé. Las paredes perdieron nitidez y una debilidad repentina me obligó a agarrarme al borde de la mesa. Él reaccionó antes de que intentara levantarme: apartó la silla, sujetó mi brazo y rodeó mi cintura para impedir que cayera.

—Siéntate en el suelo —me indicó—. No intentes caminar.

Me ayudó a bajar con cuidado y colocó su chaqueta doblada bajo mi cabeza. Después acercó una silla, levantó mis piernas sobre el asiento y se arrodilló a mi lado.

—Respira despacio —me pidió—. Voy a llamar a emergencias.

—¡No! No hace falta.

—Has estado a punto de desmayarte.

—Me ocurre alguna vez. Dame un minuto.

Cameron tomó mi muñeca para comprobar el pulso, aunque su falta de técnica dejó claro que actuaba por instinto. Me preguntó si sentía dolor, si me sentía débil y si padecía alguna enfermedad. Contesté mientras recuperaba la visión y el aire volvía a entrar sin esfuerzo.

Laia abrió la puerta y se detuvo al verme en el suelo, con las piernas elevadas y Cameron inclinado sobre mí.

—¡¿Qué ha pasado?!

—Se ha mareado —le explicó él—. Quiero llamar a un médico, pero se niega.

Mi amiga cruzó la sala, se agachó al otro lado y me examinó con una preocupación que borró todas sus bromas.

—¿Te duele algo?

—No. Solo me faltó el aire.

—¿Seguro?

—Seguro. Ya estoy mejor.

Laia entendió que el embarazo podía estar relacionado, pero no lo mencionó. Me ofreció agua y esperó hasta que pude incorporarme. Cameron permaneció cerca, dispuesto a sostenerme si volvía a perder estabilidad.

—Te llevaré a un centro médico —decidió—. No voy a discutirlo.

—Soy fisioterapeuta, trabajo en un hospital y sé reconocer cuándo necesito atención. Ha sido un mareo por el cansancio y los nervios.

—¿Qué nervios?

Miré a Laia. La ecografía seguía dentro del bolso, Cameron acababa de confesar que deseaba ser padre y, aun así, no conseguí pronunciar la verdad.

—El viaje —respondí—. Dormí poco y llevo demasiados días dándole vueltas a varias cosas.

No quedó satisfecho, pero aceptó esperar. Insistió en que descansara, preparó otra bebida azucarada y suspendió cualquier plan para la tarde. Laia se sentó junto a mí y mantuvo una mano sobre mi brazo hasta comprobar que recuperaba el color.

Cuando lo decidimos, nos devolvió a Alderhame House y condujo con más cautela que por la mañana. Al despedirnos, me pidió que le escribiera en cuanto estuviera instalada y me advirtió que llamaría a Kenzie si no recibía noticias en media hora.

—Mañana estaré bien —le aseguré.

—Mañana hablaremos cuando hayas descansado.

Nos dio dos besos y esperó en el coche hasta vernos entrar. Laia cerró la puerta de nuestra habitación, dejó el bolso sobre una cómoda y se volvió hacia mí con los brazos cruzados, dispuesta a escuchar lo que tenía que contarle.

—Te confesó que lleva años queriendo tener hijos. El universo ya no puede ponértelo más fácil sin contratar una banda que toque "cuéntaselo".

—Lo intenté.

—Le preguntaste por su matrimonio y terminaste con las piernas levantadas sobre una silla. Debo reconocer que la escena tomó un camino inesperado.

—Me mareé.

—Lo sé, y casi me da algo al entrar. Durante medio segundo pensé que te pondría de nuevo mirando para Cuenca allí mismo, haciéndote otro hijo.

—¡Estaba mal!

—Precisamente por eso me preocupó la logística.

Le lancé un cojín y Laia lo atrapó antes de que alcanzara su cara.

—Mañana se lo cuento —prometí.

—Eso dijiste ayer.

—Mañana de verdad.

Dejó el cojín sobre la cama y se acercó para besarme la mejilla.

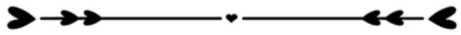
—Más te vale, porque ese hombre quiere hijos, está loco por cuidarte sin saber por qué y acaba de colocarte las piernas en alto con una eficiencia sorprendente. Si tardas mucho más, tendré que entregarle yo la ecografía y solicitarle que firme la recepción.

Cameron deseaba ser padre. La noticia que tanto temía podía ofrecerle aquello que su matrimonio le negó, pero saberlo no hizo la confesión más sencilla; al contrario, multiplicó todo lo que estaba en juego.

Me tumbé con una mano sobre el vientre y cerré los ojos. Al día siguiente tendría que encontrar el valor que me faltó en la destilería.

Esta vez no podía volver a escapar.

Capítulo 12



Habíamos quedado de nuevo con Cameron.

A las diez menos cuarto de la mañana ya llevaba media hora preparada, aunque el dormitorio conservaba las huellas de cinco cambios de ropa y de una discusión conmigo misma que no produjo ninguna conclusión útil.

Quería parecer guapa sin dar la impresión de haberme arreglado para él, natural sin presentarme con aspecto de haber pasado la noche huyendo de un incendio y serena, sobre todo, pese a que tenía pendiente anunciarle que iba a ser padre.

Laia me abrazó por detrás, examinó las prendas repartidas sobre la cama y señaló el vestido que llevaba puesto, verde oscuro, cruzado sobre el pecho y lo bastante holgado para que nadie pudiera advertir todavía mi embarazo.

—¿Este es el modelo definitivo o tengo tiempo de completar una carrera universitaria mientras eliges otro? —me preguntó, retirando una blusa del respaldo de una butaca—. Porque puedo matricularme en Derecho, Martina. En esta habitación se dan las condiciones necesarias para convertirme en magistrada.

—No quiero que piense que me he vestido para impresionarlo.

—Has cruzado media Europa con su americana en una maleta. Creo que el vestido ocupa un lugar secundario en la escala del interés romántico.

—No hay ningún interés romántico.

—Perfecto. Entonces podrás decirle que esperas un hijo suyo antes del postre y regresaremos con tiempo suficiente para visitar Menorca durante los cuatro días que nos queden de vacaciones.

Le lancé un cojín, que atrapó con una mano antes de devolverlo a la cama; después recogió su bolso y me condujo hacia la planta baja, convencida de que dejarme otros cinco minutos a solas desembocaría en un sexto cambio de vestuario.

Kenzie acababa de retirar el desayuno y nos ofreció té para llevar, aunque rechacé el mío porque el estómago empezaba a revolverse cada vez que pensaba en la conversación pendiente.

El coche apareció por el camino de grava a las diez en punto, pero no era el mismo del día anterior.

Un todoterreno verde se detuvo frente a la casa y Cameron descendió del asiento del conductor con un polo verde agua y una chaqueta ligera. La falta de traje no le restaba elegancia; más bien le daba ese aspecto irritante de los hombres capaces de ponerse cualquier cosa sin perder la compostura.

La puerta del acompañante se abrió unos segundos después y Ewan bajó con una desgana que terminó en desconcierto en cuanto nos descubrió junto a la entrada.

Lo reconocí enseguida, aunque su aparición me desordenó las ideas: seguía siendo el joven encantador de Rota, de cabello castaño, facciones atractivas y una sonrisa que aquella mañana tardó demasiado en presentarse.

—¡No sabía que venías acompañado! —exclamó Laia, encantada con cualquier novedad que pudiera complicar mi vida.

—Pensé que os alegraría reencontraros —nos explicó Cameron mientras se acercaba—. Además, mi sobrino lleva dos días preguntándome por qué desaparecí después del trabajo y decidí traerlo para evitar otro interrogatorio.

La palabra tardó unos segundos en encontrar su sitio.

—¿Tu sobrino? —le pregunté, alternando la atención entre ambos.

—¿No lo sabíais? —Se detuvo delante de nosotras y abrió las manos, sorprendido—. Estaba convencido de que salió en la conversación de Rota. Ewan es hijo de mi hermana.

—No salió —le aseguró mi amiga, cuya alegría adquirió una intensidad sospechosa—. O salió después del cuarto brindis, que para nosotras pertenece a un periodo histórico sin documentación fiable.

—Qué curioso —murmuré, porque cualquier respuesta más elaborada exigía una capacidad que no tenía.

El recién llegado seguía observándome con una mezcla difícil de descifrar. Acortó la distancia para saludarme y rozó mis mejillas con dos besos; esta vez no percibí el perfume que compartía con su tío en Rota, sino un aroma fresco y discreto. Después recibió a Laia con un abrazo, aunque ella aprovechó la cercanía para advertirle que parecía haber visto un fantasma.

—No esperaba encontraros aquí —se justificó, recuperando la sonrisa—. Cameron no me contó quiénes eran sus invitadas.

—Porque no me lo preguntaste —le recordó su tío mientras guardaba nuestros bolsos en el maletero—. Solo protestaste por tener que levantarte antes de mediodía.

—Estoy de vacaciones.

—Trabajas cuatro días a la semana y consideras las otras tres jornadas un retiro espiritual.

Subimos al vehículo entre risas. Las dos ocupamos los asientos traseros, decisión que permitió a mi amiga inclinarse hacia mí y susurrar que aquella familia empezaba a parecer una promoción de hombres escoceses por entregas.

Le pedí que se comportara, aunque lo hice tarde: el conductor ya la había oído y le aseguró que aún quedaban varios parientes, pero ninguno incluía devolución gratuita.

Abandonamos Fort Augustus por una carretera estrecha que avanzaba entre bosques y extensiones de brezo.

La mañana estaba despejada, con nubes altas que se desplazaban deprisa sobre las cumbres; el sol aparecía por intervalos y cambiaba los verdes del paisaje, desde los tonos profundos de los abetos hasta las laderas cubiertas de helechos jóvenes.

No nos explicaron el destino, pues ambos habían acordado reservarse la sorpresa, y Laia convirtió el misterio en una investigación disparatada.

—Si nos lleváis a un castillo, aviso de que no pienso casarme con nadie para heredarlo —declaró desde su asiento—. Tengo una carrera militar por delante y poca tolerancia hacia los fantasmas.

—Es una lástima —le respondió el copiloto, girándose hacia nosotras—. Habíamos organizado la boda para esta tarde.

—¿También quieres adelantar esta? ¡Qué prisas os han entrado de pronto con los matrimonios!

La broma alteró su expresión durante un instante. Volvió a colocarse de frente y fingió un interés repentino por la carretera, pero su tío aprovechó la alusión para comentarle que nos contó lo de las prisas de su novia por echarle el lazo.

—¿Y tú qué quieres? —le pregunté, procurando que la curiosidad sonara ligera.

—Sobrevivir a esta conversación —repuso, y recurrió a una sonrisa que no llegó a disipar su desasosiego—. Moira se ha entusiasmado con una finca que solo tiene disponible una fecha en noviembre. Ya sabéis cómo funciona eso: aparece el sitio perfecto, empiezan a llamar las tías, alguien compra una revista de bodas y, cuando quieres reaccionar, están eligiendo el color de tus calcetines.

—No pareces precisamente impaciente por estrenarlos —observó Laia.

—Quiero casarme con ella. Solo preferiría no organizarlo todo en cuatro meses.

—Lleváis juntos unos diez años —intervino Cameron, pendiente de una curva cerrada—. Cuatro meses no deberían pillarte desprevenido.

—Gracias por el apoyo familiar.

—Para eso están los tíos: ofrecen afecto, consejo y una versión de los hechos que nadie ha solicitado.

La conversación derivó hacia los preparativos y las costumbres escocesas, aunque empecé a advertir una contradicción en el hombre que aseguraba querer casarse con su novia de siempre. Cada vez que se volvía para participar, sus ojos terminaban en mis piernas o demorándose sobre el escote del vestido; tampoco perdió detalle de dos ciclistas femeninas que nos adelantaron durante una parada en un cruce y dedicó una atención notable a una joven que paseaba a su perro junto al arcén.

Laia lo sorprendió en la tercera ocasión y me tocó la rodilla con dos dedos. No necesitó explicarme el veredicto: el futuro marido poseía un concepto muy amplio de la admiración estética.

Cuando una camioneta se cruzó con nosotros y la conductora, una rubia de unos treinta años, levantó la mano para saludar, él respondió con tanto entusiasmo que su tío soltó una carcajada.

—Es Fiona, trabaja en la farmacia —nos aclaró este último.

—Una excelente profesional —añadió su sobrino.

—¿También te ha vendido el anillo de compromiso?

—No, pero una vez me recomendó unas pastillas para la garganta.

—Un vínculo profundísimo —concluyó Laia, y tuve que cubrirme la boca para no reírme.

Llegamos al lago poco después. El camino descendió entre robles hasta una explanada cubierta de hierba, donde se alzaba una casa de piedra de una sola planta con tejado de pizarra.

No tenía la grandiosidad de una mansión ni pretendía impresionar mediante torres o escudos; su belleza residía en la sencillez, en las paredes cubiertas parcialmente por madreselva, las contraventanas azul grisáceo y un porche ancho orientado hacia el agua.

A pocos metros descansaba un embarcadero de madera y, junto a él, una caseta pintada del mismo color que las ventanas. El lago se extendía entre montañas, sereno en las zonas protegidas y moteado por pequeñas ondas donde llegaba el viento.

No había hoteles, tiendas ni embarcaciones turísticas a la vista; solo aquella propiedad, varios prados delimitados por muros bajos y un grupo de ovejas disperso por la ladera.

—Bienvenidas a Cuilmore —nos anunció Cameron después de aparcar—. La casa pertenece a mi familia desde hace cuatro generaciones. Mi abuelo nació aquí, mi madre también, y todos fingimos que venimos para mantenerla cuando en realidad buscamos una excusa para desaparecer unos días.

—Es una maravilla —admití al bajar.

—Esperaba un sitio siniestro donde esconder cadáveres —confesó mi amiga—. Me siento estafada.

—Los enterramos al otro lado del lago —le aseguró Ewan, que recuperaba parte de su desenvoltura—. Esta orilla está reservada para las visitas.

Entramos en la vivienda por una puerta lateral. El interior olía a madera y chimenea apagada; un amplio salón reunía sofás de telas distintas, una mesa construida con tablones antiguos y estanterías llenas de fotografías familiares.

Había botas junto a la entrada, mantas dobladas dentro de un arcón y varios mapas enmarcados, algunos tan viejos que los nombres apenas podían leerse.

Me acerqué a las fotografías mientras los hombres descargaban una cesta del coche. En una aparecían ambos muchos años atrás: Cameron tendría unos veinticinco, sostenía un remo y sonreía a la cámara, mientras un Ewan adolescente ocupaba la proa de una barca con un chaleco salvavidas demasiado grande. En otra, ese mismo adolescente enseñaba una trucha minúscula con el orgullo de quien acababa de conquistar el océano.

—Lo cuidó mucho cuando era pequeño —me comentó Laia al oído —. Mira la cara que pone en todas.

—Es su tío.

—Y tú estabas a punto de contarle que va a tener un hijo. Esta familia necesita un árbol genealógico y nosotras, un abogado.

No pude responder porque regresaron cargados con comida. Habían encargado un almuerzo sencillo en Fort Augustus: empanadas calientes de carne y verduras, ensalada de patata, salmón ahumado, varios quesos y una tarta de manzana todavía templada.

Extendimos todo sobre la mesa del porche, desde donde se veía el embarcadero, y Cameron me sirvió agua con gas antes de que pudiera pedirla.

—Después del mareo de ayer, no pienso dejarte pasar tres horas sin comer —me advirtió—. He traído provisiones suficientes para una expedición polar.

—Solo fue una bajada de tensión.

—Fue una bajada de tensión que terminó contigo en el suelo de mi despacho. Permíteme cierta prudencia.

Ewan alzó los ojos del plato y me preguntó si me encontraba enferma. Negué con rapidez, consciente de la atención de Laia, y atribuí el episodio al cansancio del viaje; aun así, él quiso saber si necesitaba un médico y citó el nombre de la persona que atendía en el centro de salud.

La preocupación parecía auténtica, aunque cinco minutos más tarde dejó de escuchar una anécdota porque dos mujeres se acercaron al lago con tablas de remo.

—Se te van a enfriar las empanadas —le señaló su tío, sin levantar la voz.

—Estaba mirando el agua.

—Tiene bikini, por lo que veo.

Mi amiga soltó una carcajada tan brusca que casi se atragantó. El aludido protestó, pidió ayuda ante aquel ataque a su honor y terminó reconociendo que poseía ojos y que todavía no existía una cláusula matrimonial contra su uso. Aquello dio lugar a una discusión sobre fidelidad visual, derechos humanos y la posibilidad de que Moira le vendara los ojos como regalo de boda.

—Tú ríete —me advirtió Laia mientras cortaba la tarta—, pero este hombre no necesita despedida de soltero; lleva celebrándola desde los diecisiete años.

—Soy amable con todo el mundo —se defendió él.

—Te has aprendido el horario de la farmacéutica por cortesía.

—La salud comunitaria es importante.

Después del almuerzo nos propusieron salir al lago en una pequeña embarcación de motor.

Me resistí al principio, preocupada por cualquier actividad que no hubiera consultado con Borja, pero el agua permanecía tranquila y el paseo no tenía nada de aventurero. Además, Cameron prometió conducir con tanto cuidado que hasta su madre lo consideraría aburrido, mientras su sobrino cargaba mantas y chalecos salvavidas.

Laia ocupó la parte delantera con Ewan, que se ofreció a explicarle los nombres de las montañas.

Al poco tiempo discutían porque él inventó dos y ella lo descubrió buscando una en el teléfono. Me senté atrás, protegida del aire por el cuello de la chaqueta, y contemplé las orillas cubiertas de árboles, las casas aisladas y los cambios de luz sobre el agua.

—Mi padre nos traía todos los veranos —me contó Cameron mientras regulaba la velocidad—. Creía que cualquier problema podía resolverse con una caña de pescar y una comida caliente.

—¿Funcionaba?

—Durante unas horas, casi siempre. Después regresabas a casa y el problema seguía allí, pero ya lo mirabas desde otro lugar.

Quise aprovechar aquel momento. Tenía la intimidad necesaria, su voz me transmitía confianza y llevaba en el bolso la ecografía que demostraría cuanto debía contarle.

Abrí la cremallera, rocé la carpeta con los dedos y ensayé el comienzo dentro de mi cabeza; entonces viró para mostrarnos una pequeña playa de guijarros donde la familia celebraba cumpleaños, bautizos y alguna boda.

—Quizás la próxima sea la de ese insensato —comentó, indicando a su sobrino—, si consigue llegar al altar sin distraerse por el camino.

En la proa, el futuro novio ayudaba a mi amiga a sujetarse el cabello para que el viento no se lo arrojara sobre los ojos. Al advertir que lo observaba, me guiñó uno y sonrió con el descaro intacto.

Recordé la noche de Rota, su forma de bailar conmigo y la atracción que creí haber seguido hasta mi dormitorio; luego miré al hombre sentado a mi lado, atento a que no pasara frío y dispuesto a formar la familia que siempre quiso.

La explicación se volvió impronunciable.

Atracamos cerca de una arboleda para recorrer un sendero corto hasta las ruinas de una capilla. Apenas quedaban tres muros de piedra, varias losas cubiertas de musgo y un arco desde el que se divisaba el lago.

La familia utilizaba aquel lugar para reunirse una vez al año y recordar a quienes ya no estaban; no había ceremonia religiosa ni discursos, solo flores, comida y relatos que los niños escuchaban por primera vez.

—Mi hermana quería casarse aquí —nos explicó Cameron mientras apartaba una rama del sendero—, pero empezó a llover de lado y acabaron trasladándolo todo a la casa. El novio perdió un zapato en el barro y la tarta llegó con una huella de perro en el glaseado.

—Suena romántico —opiné.

—Lo fue. El matrimonio duró poco, pero la tarta alcanzó categoría de leyenda.

Ewan fingió sentirse ofendido por aquella referencia a sus padres y contó que, durante años, creyó que todas las bodas incluían un perro sobre el postre.

La anécdota condujo a otras: una barca que se soltó con seis adultos dentro, un tío abuelo que confundió las cenizas de un familiar con fertilizante y una Navidad durante la que se quedaron sin electricidad, bebieron demasiado whisky y cocinaron el pavo en una estufa de hierro.

Nos reímos hasta que me dolieron los músculos del abdomen. Durante unas horas conseguí olvidar el motivo del viaje y disfruté de aquella familia desordenada, de la belleza del lago y del cuidado con el que nos abrían una parte privada de su historia.

Sin embargo, cada vez que llevaba una mano al bolso, encontraba una interrupción o una excusa; en una ocasión fue el regreso de los demás, en otra el temor a arruinar el día y, al final, mi propia cobardía.

Al volver a Alderhame House, Ewan bajó para despedirse y me retuvo la mano entre las suyas durante un segundo más de lo necesario.

—Me alegra que hayáis venido —me confesó—. Aunque todavía no entiendo qué os trajo hasta aquí de verdad.

—Queríamos conocer las Highlands.

—Eso ya lo he oído.

Sus ojos descendieron hacia mi boca antes de que alguien saliera de la casa rural con una cesta de ropa. La siguió con la atención suficiente para destruir cualquier atisbo de intimidad y Laia, que presenció la escena desde el otro lado del coche, chasqueó la lengua.

—La farmacéutica, las del lago y ahora una huésped —enumeró—. Vas a necesitar una agenda si adelantas la boda.

—Solo estaba comprobando la calidad del alojamiento —repuso él, sin el menor arrepentimiento.

Su tío se despidió con dos besos y me pidió que lo llamara si necesitaba algo. Acepté su invitación para cenar al día siguiente, aunque supe que aquella conversación ya no podía aplazarse mucho más. El embarazo avanzaba ajeno a mis titubeos, y cada hora que pasaba convertía la verdad en algo más difícil de entregar.

Cuando el todoterreno desapareció entre los árboles, mi amiga me tomó del brazo y me condujo hacia la casa.

—Recapitulemos —me propuso—: uno quiere hijos, te cuida, te alimenta y posee una destilería. Además, es el padre de tu aceituna. El otro va a casarse, mira a cada mujer que respira y ha convertido el coqueteo en servicio público. ¿Comprendes por qué el universo te quitó el teléfono aquella noche?

—Mañana se lo contaré. Y ya no es una aceituna.

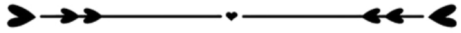
—No desvíes más el tema. Y, si vuelves a marearte justo cuando vayas a pronunciar la palabra "embarazada", te advierto que terminaré la frase por ti desde la otra punta de Escocia.

Entramos en la casa todavía riéndonos, aunque llevaba la ecografía apretada dentro del bolso y una certeza que pesaba más después de conocerlos juntos.

Había encontrado al padre de mi hijo, sabía que deseaba formar una familia y recibía de él una delicadeza que no esperaba.

Solo me faltaba reunir el valor para cambiarle la vida.

Capítulo 13



Cameron apareció en Alderhame House de buena mañana otra vez, aprovechando que era domingo, vestido con un pantalón color arena, polo azul marino y esa cercanía que empezaba a resultarme desconcertante.

Traía una cesta de desayuno en una mano y dos chaquetas impermeables en la otra; Kenzie lo recibió con la familiaridad reservada a quienes llevaban media vida cruzándose por las mismas calles y, tras averiguar qué planes tenía para nosotras, le advirtió que no nos devolviera empapadas.

—Mi reputación como anfitrión acaba de sufrir una ofensa gravísima —protestó mientras dejaba la cesta sobre una consola—. Había pensado llevaros a navegar por el lago Ness, no abandonaros en mitad del Atlántico.

Laia se volvió hacia mí con una sonrisa que no anunciaba nada prudente.

—¿Navegar? Qué oportuno. Si te caes al agua, te haces la muerta y esperas a que te practique el boca a boca —murmuró en mi oído mientras él iba hacia el coche.

—¿Podrías pensar alguna vez en mi supervivencia sin convertirla en una escena erótica?

—Estoy pensando en tu supervivencia. La parte erótica es un incentivo para el rescatador.

De repente se volvió y nuestro gesto le bastó para sospechar que se había convertido en objeto de la conversación. Me preguntó qué ocurría y traté de explicarle que mi amiga estaba interesada en los protocolos de salvamento, pero la aludida consideró que aquella traducción le restaba brillo a su aportación y, así a lo loco, lo largó en un inglés bastante creativo.

—Quiere saber si sabes hacer el boca a boca —concluyó, encantada consigo misma—. Es una cuestión de seguridad marítima.

—Hice un curso de primeros auxilios hace años —me aseguró él, adoptando una gravedad que no engañaba a nadie—. Aunque preferiría que Martina no se arrojara al agua solo para examinarme.

—Tranquilo, no voy a tirarme a ningún sitio. Tampoco estoy segura de querer subir a una barca.

La idea del paseo me atraía, pero la inquietud que acompañaba desde hacía semanas a cualquier novedad encontró enseguida media docena de catástrofes.

Pensé en los movimientos de la embarcación, en una caída, en el chaleco ejerciendo presión donde no debía y, por alguna razón inexplicable, en una ola gigantesca recorriendo un lago interior de Escocia.

Borja me había confirmado que podía viajar y mantener una vida normal, aunque mi imaginación seguía empeñada en añadir una cláusula de riesgo a cada actividad.

—¿La barca se mueve mucho? —le pregunté.

—Dependerá del agua, pero hoy está tranquila. Es una embarcación estable y no iremos lejos de la orilla.

—¿Y los chalecos?

—Tenemos varias tallas.

—¿Aprietan mucho?

Me observó con interés, sorprendido por la precisión de mis preguntas, y antes de que encontrara una explicación razonable, mi amiga acudió al rescate.

—Tiene una relación complicada con el mar —le aclaró mi amiga—. Vive en Rota, trabaja cerca de la costa y ha subido a barcos otras veces, pero hoy ha decidido estrenar una fobia por entregas.

—No es una fobia. Solo quiero saber si resulta seguro.

—Lo es —me garantizó con una calidez que redujo un poco mis reparos—. Si en algún momento quieres volver, regresamos; además, llevaré agua, comida y todo lo necesario. No tienes que demostrarle nada a nadie.

Aquella última consideración consiguió tranquilizarme más que las características de la embarcación.

Asentí, recogí un bolso pequeño y seguí a los demás hasta el coche, mientras Laia se retrasaba unos pasos para recordarme que no había preguntado si el patrón navegaba sin camiseta.

—Tengo otras preocupaciones.

—Ya lo sé: la fresa, el padre de la frase y la incapacidad de la madre de la fresa para informar al padre de la fresa. Es una agenda muy completa. Y habrás observado que ya no lo llamo aceituna.

—Se lo contaré hoy.

—¡Magnífico! ¿Antes o después de fingir que te ahogas?

—No voy a fingir que me ahogo.

—Entonces tendrás que recurrir a la conversación, que es mucho menos cinematográfica, pero suele funcionar.

La pequeña marina quedaba a escasos minutos del centro de Fort Augustus. Varias embarcaciones de recreo se mecían junto a los pantalanes y el aire olía a agua, vegetación húmeda y combustible; más allá, el lago se prolongaba entre montañas bajo un cielo cubierto por nubes claras, tan extenso que costaba recordar que no estábamos ante el mar.

La barca resultó más grande de lo que imaginaba, con una zona de asientos acolchados, una cabina cerrada y espacio suficiente para moverse sin tener que realizar equilibrios.

Su propietario guardó la cesta, comprobó el depósito y preparó los chalecos con una seguridad que delataba muchas horas de navegación. Laia aprovechó para inspeccionarlo todo, alegando que su condición de militar de la Armada la obligaba a verificar que no íbamos a morir por incompetencia civil.

—¿Sabes gobernar una de estas? —le preguntó él, entregándole un chaleco.

—Podría aprender en veinte minutos.

—Una respuesta muy humilde.

—La humildad está sobrevalorada. No mantiene los barcos a flote.

Me estaba ajustando el mío cuando oí una voz detrás. Ewan avanzaba por el pantalán con las manos en los bolsillos de unas bermudas marineras y una expresión divertida; no parecía haber concertado su presencia, pues su tío levantó las cejas al descubrirlo allí.

—Mi madre me ha pedido que te entregue esto —le explicó, mostrando una carpeta—. Son los documentos de Cuilmore que necesitabas para el seguro.

—Podrías haberlos dejado en la destilería.

—Podría, pero me pareció más entretenido averiguar por qué habías cancelado dos reuniones para salir a navegar.

—La curiosidad terminará matándote.

—Hasta ahora solo me ha permitido descubrir que organizas excursiones privadas sin invitar a tu sobrino preferido.

—Eres mi único sobrino.

—Eso evita una competencia agotadora.

Laia le hizo sitio a nuestro lado y le anunció que todavía quedaba un chaleco, por lo que no existía ninguna razón para que se marchara. La invitación me pareció una maniobra suya destinada a complicarlo todo, aunque el recién llegado aceptó antes de que pudiera intervenir; telefoneó a alguien para avisar de que llegaría tarde y, por el tono cariñoso que empleó, supuse que hablaba con su novia.

—¿Moira no tenía planes para vosotros? —le preguntó su tío mientras revisaba los amarres.

—Tiene una prueba del menú con su madre. Mi opinión dejó de ser necesaria cuando confesé que no distingo una crema de chirivía de una de apionabo.

—Eso reduce bastante tus posibilidades de llegar vivo a la boda —comentó Laia.

—Empiezo a sospechar que ese acontecimiento despierta más ilusión en las familias que en los novios —repuso, y su atención se detuvo en mí—. ¿Tú qué opinas?

—Que quizás deberías fingir entusiasmo al menos cuando tu prometida pueda oírte.

—Lo hago de maravilla.

—Eso no te deja en buen lugar.

Me dedicó una sonrisa descarada y se ofreció a terminar de abrocharme el chaleco, aunque rechacé la ayuda antes de que acercara las manos. La prenda no presionaba el abdomen y podía introducir varios dedos entre la correa y el cuerpo, pero aún necesité que Laia lo comprobara; obedeció con una solemnidad desmedida, tiró de las cintas, dio dos vueltas a mi alrededor y anunció que el inquilino viajaba en primera clase.

Cameron, que preparaba la salida desde la popa, alzó la cabeza.

—¿Qué inquilino?

—Una contractura —respondí con una rapidez lamentable—. Trabajo tanto con lesiones que a veces las adopto. Esta vive en mi espalda desde hace unos días.

Mi amiga se mordió el interior de la mejilla para contener la risa, mientras Ewan aceptaba aquella explicación con más facilidad que su tío, cuyos ojos recorrieron mi postura en busca de algún indicio de dolor.

Se acercó, me preguntó dónde notaba la molestia y quiso saber si el paseo podía empeorarla; improvisé una respuesta acerca de una sobrecarga leve, prometí avisarlo si surgía algún problema y ocupé un asiento antes de que aquella contractura imaginaria necesitara pruebas médicas.

Salimos de la marina despacio. El motor emitía un rumor grave, amortiguado por el agua, y las primeras ráfagas me llevaron a sujetarme al borde del asiento; sin embargo, la embarcación apenas cabeceaba.

Fort Augustus quedó atrás, reducido a tejados entre los árboles, y el lago se abrió delante de nosotros con tonalidades oscuras que variaban allí donde las nubes permitían el paso del sol.

Nuestro anfitrión no se limitó a conducir. Nos contó historias del canal de Caledonia, señaló antiguas construcciones junto a la orilla y aseguró que el monstruo del lago solo aparecía ante turistas que compraban recuerdos especialmente feos.

Laia quiso saber si existía una tarifa para avistarlo y él le contestó que Nessie aceptaba efectivo, tarjetas, Bizum y transferencias internacionales.

—Martina, acércate al borde —me propuso mi amiga—. Si emerge, puedes pedirle consejo sobre maternidad. Debe de tener experiencia; llevan siglos atribuyéndole crías —murmuró de nuevo en mi oído.

—Prefiero no recibir asesoramiento de una criatura cuya existencia no se ha demostrado —le respondí por lo bajini.

—Pues estás describiendo a la mitad de los expertos de internet que consultaste durante la primera semana.

—¿Expertos en qué? —nos preguntó Ewan, interesado por la disputa que manteníamos en voz baja.

—En contracturas —contestamos las dos a la vez.

Se echó a reír y fue a sentarse junto a Cameron, aunque antes volvió a recorrerme con esa mirada que ya empezaba a identificar demasiado bien.

El gesto era breve, casi inocente, pero se repetía con una frecuencia incompatible con su compromiso.

Poco después pasó cerca una lancha ocupada por tres jóvenes y una de ellas lo saludó levantando los brazos; respondió con entusiasmo, recibió una reprimenda de su tío por distraer al conductor y justificó que se trataba de antiguas compañeras del colegio.

—Conoces a muchas mujeres —observó Laia cuando regresó a nuestro lado.

—Fort Augustus es pequeño. Aquí nos conocemos todos.

—También conocías a la farmacéutica, a las chicas de las tablas y a Kenzie.

—Estoy muy integrado en la comunidad.

—La UNESCO debería protegerte. Eres patrimonio social de las Highlands.

El aludido recibió la pulla con orgullo y alegó que ser amable no constituía delito, aunque tuvo el buen criterio de no contarnos qué opinaba Moira. No era porque saludara, que naturalmente sería lo normal, sino porque se las comía a todas con los ojos.

Después se ofreció a fotografiarnos, tomó mi teléfono y dirigió una sesión en la que su tío terminó apareciendo a mi lado.

Nos pidió que nos acercáramos un poco, luego otro poco, y Laia añadió que quizás necesitábamos celebrar una boda para conseguir el encuadre adecuado.

—No la escuches —le aconsejé a Cameron, avergonzada.

—Empiezo a entender que eso no es posible.

La fotografía quedó preciosa. El lago ocupaba el fondo, las montañas se elevaban a ambos lados y el viento movía la falda de mi vestido bajo el impermeable abierto; él sonreía, ajeno a mi lucha interior, con una mano colocada sobre el respaldo del asiento, cerca de mi hombro.

Me gustó tanto que sentí una punzada de culpabilidad. Aquella imagen parecía pertenecer a una historia sencilla, cuando la nuestra empezaba con una noche que yo no recordaba, un embarazo secreto y una verdad que aún no le había confesado.

Navegamos hasta una ensenada protegida donde el motor se detuvo y la barca quedó entregada a un balanceo leve.

Sacaron la cesta, repartieron bollos con mantequilla, fruta y limonada, y durante un rato hablamos de cualquier cosa salvo del motivo que nos llevó a Escocia.

Descubrí que Cameron aprendió a navegar desde que apenas había echado los dientes, que detestaba el golf pese a que todos daban por hecho que lo adoraba y que una vez pasó dos semanas recorriendo España en motocicleta.

Ewan aprovechó aquella confesión para contar episodios vergonzosos del viaje, incluidos un arresto por error y una noche en la que su tío durmió en un corral porque confundió una finca privada con un alojamiento rural.

—Tenía veintitrés años —se defendió—. A esa edad, una puerta abierta parece una invitación.

—Esa filosofía continúa muy presente en la familia —apuntó Laia, mirando al sobrino.

Él levantó el vaso a modo de brindis, sin fingir que no había entendido. Cuando una nueva embarcación se aproximó a la ensenada y dos mujeres ocuparon la proa, dedicó a ambas una observación concienzuda; después volvió hacia mí, sonrió y se inclinó para retirar una pelusa de mi manga.

Su descaro ya no despertaba ninguna duda, y resultaba difícil reconciliarlo con la novia de siempre, la boda adelantada y la supuesta estabilidad que llevaba años construyendo.

—¿Quieres llevarla un rato? —me ofreció Cameron cuando reanudamos la marcha.

—¡Ni hablar!

—Solo tendrás que sujetar el timón. Estaré a tu lado.

—Eso mismo se dice antes de que una turista española hunda una embarcación escocesa y provoque un conflicto diplomático.

—Yo me encargo del comunicado oficial —se ofreció mi amiga—. "La Armada española niega cualquier responsabilidad y culpa al monstruo".

Acabé aceptando. Me colocó frente a los mandos, me explicó qué debía hacer y mantuvo una mano cerca de la mía sin arrebatarme el control.

La barca respondió con docilidad; avancé durante varios minutos, primero pendiente del rumbo y después lo bastante confiada para disfrutar del aire, del agua abierta y de la risa de mis acompañantes cada vez que desviaba unos grados la dirección.

—¿Ves? —me comentó cerca del oído—. Estás a salvo.

Su voz, la proximidad de su cuerpo y aquel perfume reconocible me devolvieron de golpe a la razón por la que me encontraba allí.

Decidí que hablaría en cuanto regresáramos al pantalán. Le pediría unos minutos a solas, sacaría la ecografía y empezaría por la única certeza posible: estaba embarazada. La explicación del resto llegaría después, aunque tuviera que pronunciarla por partes.

Atracamos cerca de las dos. Laia esperó a que guardáramos los chalecos y, con una sutileza inexistente, tomó a Ewan del brazo para pedirle que le enseñara una tienda de productos locales que acababa de inventarse.

—Seguro que conoces una —le aseguró—. Con lo integrado que estás en la comunidad, tendrás hasta un descuento de conquistador habitual.

—¿Qué quieres comprar?

—Algo muy escocés. Una galleta, una oveja, una espada… Ya decidiré cuando lo vea.

Se alejaron por el pantalán entre bromas, dejándonos junto a la embarcación. Cameron cerró uno de los compartimentos y me preguntó si había disfrutado del paseo; asentí, me llevé una mano al bolso y busqué la primera frase, consciente de que aquella era la oportunidad que llevaba posponiendo varios días.

—Tengo que contarte por qué estamos… —comencé, y la seriedad de mi tono hizo que abandonara cuanto estaba haciendo—. Verás…

El teléfono sonó dentro de su chaqueta.

Se disculpó y miró la pantalla con intención de rechazar la llamada, pero cambió de opinión al reconocer el número de su madre. Contestó tan rápido que apenas distinguí las palabras; la preocupación fue sustituyendo a la sorpresa mientras escuchaba, preguntaba varias veces y recogía las llaves que acababa de dejar sobre un asiento.

—¿Qué ha pasado? —le pregunté cuando colgó.

—Granny Mo se ha caído. Es mi abuela, Morag. Se ha fracturado la cadera y van a ingresarla en el hospital de Inverness para operarla.

Laia y Ewan regresaban en ese momento y apresuraron el paso al advertir nuestras caras. Él recibió la noticia con una alarma muy distinta al desparpajo de toda la mañana.

—La vecina oyó los golpes —les explicó Cameron—. Mi madre está en Dinamarca y no puede regresar hasta dentro de varios días, así que tengo que ir a Nairn. La operarán esta tarde y, si todo va bien, le darán el alta en cuanto pueda moverse con ayuda.

—Voy contigo —resolvió su sobrino y, por tanto, el bisnieto de esa señora—. No puede volver sola a la casa.

—Tienes pendientes más preparativos de la boda.

—Moira lo hará genial. A Granny Mo no pienso dejarla únicamente con la señora Campbell, porque entre las dos intentarán cargar leña antes de que le retiren los puntos.

La decisión reorganizó la tarde en pocos minutos. Tendrían que ir primero al hospital y después preparar la vivienda para su regreso; la bisabuela de Ewan vivía a las afueras de Nairn, a poco más de cien kilómetros, en una antigua casa familiar cerca de la costa. Por lo que contaron, el edificio contaba con habitaciones de sobra, una cocina enorme y una escalera que acababa de convertirse en el principal enemigo de todos.

—Qué pena —comentó Laia con una inocencia que solo podía engañar a dos hombres preocupados—. Nosotras quizás ya nos hayamos marchado cuando volváis. Ha sido un placer volver a veros, aunque breve y lleno de interrupciones médicas.

Ewan apartó el teléfono de la oreja y nos observó, primero a una y después a la otra.

—Podéis venir.

—¿A casa de tu bisabuela en estas circunstancias? —le pregunté, convencida de haberlo entendido mal.

—No será ninguna molestia. El casoplón tiene seis dormitorios, tres salones que nadie usa y una cocina en la que cabría vuestro alojamiento entero. Podéis quedaros allí mientras la cuidamos y conoceréis otra parte de las Highlands; Nairn es diferente, está junto al mar y tiene unas playas magníficas.

—Además, vuestra presencia puede evitar que Granny Mo nos gobierne desde la cama —añadió su tío, aunque su expresión seguía revelando inquietud—. Solo aceptad si no os trastorna los planes. Tendríamos que salir enseguida.

Mi amiga ni siquiera fingió necesitar tiempo para pensarlo.

—Por supuesto que iremos. Soy militar, sé organizar emergencias y puedo impedir que una anciana escocesa transporte troncos con una cadera nueva.

—Y Martina trabaja en un hospital —recordó Ewan—. Granny Mo estará encantada. Bueno, no lo estará porque odia que la ayuden, pero nosotros sí.

La perspectiva de acompañarlos a casa de la mujer que sería nada más y nada menos que bisabuela de mi hijo me produjo una mezcla de ternura, temor y vértigo.

Aún no conocía su apellido completo ni el lugar exacto donde vivía, y de pronto iba a entrar en otra rama de aquella familia, dormir bajo su techo y contemplar una intimidad a la que no sabía si tenía derecho.

También comprendí que mi confesión acababa de posponerse otra vez, pues nadie podía recibir la noticia de una paternidad inesperada mientras corría hacia un hospital.

Regresamos a Alderhame House para recoger el equipaje.

Kenzie aceptó guardar nuestra habitación por unos días y nos ayudó a hacer las maletas, mientras Laia improvisaba una explicación acerca de una bisabuela, una cadera rota y una invitación que sonaba más extravagante cuanto más intentaba aclararla.

Media hora después ocupábamos de nuevo el todoterreno: Cameron conducía, su sobrino viajaba delante pendiente del hospital y nosotras compartíamos el asiento trasero con bolsos, chaquetas y una caja de pasteles que la dueña del alojamiento nos obligó a llevar.

—Reconócelo —me susurró mi amiga al ajustarse el cinturón—. Menorca no nos habría ofrecido este nivel de argumento.

—Vamos a casa de una anciana que se ha partido la cadera. Intenta tener un mínimo de respeto.

—Tengo muchísimo respeto. También tengo seis dormitorios disponibles, dos Highlanders que están buenísimos porque comparten material genético que jamás debería extinguirse y una amiga incapaz de terminar una confesión sin que intervenga una emergencia —murmuró de nuevo.

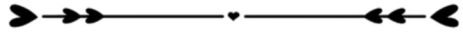
Le di un codazo leve y volví la atención hacia la carretera. Dejamos atrás Fort Augustus, bordeamos las aguas oscuras del lago Ness y tomamos rumbo al nordeste, hacia una costa que todavía no conocíamos.

Delante, los dos hombres hablaban con el hospital, organizaban turnos y discutían qué muebles habría que trasladar a la planta baja; detrás, la ecografía seguía guardada en mi bolso, a pocos centímetros de mi mano.

El viaje que debía conducirme hasta una respuesta acababa de añadir otra casa, otra mujer y cien kilómetros más.

Y nadie parecía dispuesto a dejarme terminar una sola frase.

Capítulo 14



La carretera hacia Nairn abandonó poco a poco las montañas que rodeaban el lago Ness y se internó en un paisaje más abierto, donde los bosques cedían terreno a campos cultivados, pastos extensos y pequeñas poblaciones de tejados oscuros.

El cielo también parecía distinto; sobre las cumbres, las nubes se acumulaban en capas, mientras que hacia la costa se deshacían y dejaban pasar una claridad más amplia, de un azul pálido que se confundía con el mar.

A medida que avanzábamos hacia el este, aparecieron granjas protegidas por hileras de árboles, casas encaladas y caminos secundarios que desaparecían entre campos de cebada.

Las retamas salpicaban las cunetas con manchas amarillas, y alguna torre antigua emergía a lo lejos antes de quedar oculta tras una curva. Era otra versión de las Highlands: menos abrupta, pero igual de hermosa, con una amplitud que permitía respirar y una costa anunciándose mucho antes de resultar visible.

En los asientos delanteros se sucedieron las llamadas. El hospital confirmó que Morag entraría en quirófano aquella misma tarde y que, pese a sus noventa y nueve años, los médicos la consideraban lo bastante fuerte para afrontar la intervención. Casi nada, ¡noventa y nueve años!

Su bisnieto habló con una vecina, con la señora Campbell (que resultó ser el ama de llaves) y con una tal Iona, a quien pidió que preparase dormitorios y comprobara si había comida en la casa.

—¿Cuánta gente trabaja allí? —preguntó Laia desde mi lado, después de escucharlo repartir instrucciones.

—En realidad, poca —le explicó, volviéndose hacia nosotras—. Iona se ocupa de la casa y la señora Campbell dirige todo lo demás, incluida la distracción de mi bisabuela. También va un jardinero, aunque Granny Mo asegura que solo aparece para asesinar sus rosales.

—Tiene noventa y nueve años, una casa con seis dormitorios, piscina y servicio —resumió mi amiga—. Quiero ser esa señora cuando crezca.

—Tendrías que sobrevivir muchas décadas sin que nadie te estrangulara.

—Eso complica el proyecto, pero no lo descarta.

Cameron condujo durante un tramo sin intervenir en nuestras bromas, pendiente de las noticias que llegaban a su teléfono mediante el sistema del coche.

Al confirmar que la paciente ya estaba en la zona preoperatoria, tomó una salida que evitaba el centro de Nairn y nos llevó por una carretera estrecha, flanqueada primero por tierras de labor y después por pinos inclinados bajo el viento del mar.

La finca apareció detrás de una verja de hierro pintada de verde. Dos pilares rematados por piñas de piedra marcaban la entrada y, desde allí, un camino bordeado de hayas avanzaba hacia la casa, aunque el edificio no se descubría hasta superar una suave elevación del terreno. Cuando por fin lo vi, entendí por qué Ewan había utilizado la palabra “casoplón” sin exagerar.

La fachada estaba revestida de un tono crema cálido que el sol volvía casi dorado. Se distribuía en tres plantas, con ventanas altas de marcos blancos, tejado de pizarra azulada y una puerta principal verde oscuro protegida por un pórtico de columnas sencillas.

Dos alas más bajas se extendían a ambos lados; una terminaba en un invernadero de cristales antiguos y la otra enlazaba con una galería acristalada, detrás de la cual se adivinaba el agua de una piscina.

No tenía aspecto de museo ni de residencia diseñada para impresionar a desconocidos. Varias bicicletas descansaban contra una pared, una regadera ocupaba el primer escalón y, junto a la puerta, alguien dejó un par de botas cubiertas de tierra.

Los rosales crecían con cierta indisciplina alrededor de las ventanas, mientras una enredadera cargada de flores blancas trepaba hasta el balcón del piso superior.

—Voy a tener que revisar mi concepto de "casa de una abuela" —comenté al bajar.

—La mía tiene dos dormitorios y un patio con geranios —añadió Laia—. También presume de patrimonio, pero se refiere a una vajilla que no nos permite tocar desde 1998.

Iona salió a recibirnos antes de que termináramos de descargar. Rondaría los veinticinco años, llevaba un peto vaquero sobre una camiseta naranja y se había recogido el cabello rubio en una trenza que le caía por la espalda.

No parecía una empleada uniformada, sino una joven sorprendida en mitad de alguna tarea doméstica; todavía sostenía un plumero y tenía una mancha de polvo en una mejilla.

—La habitación azul está lista y he preparado también la verde —les informó a los hombres después de saludarnos—. Dejé sopa en la cocina, puse sábanas en el dormitorio de la planta baja y escondí las llaves del coche de la señora MacNair.

—Eso último es esencial —le reconoció Cameron.

—¿Pretendía conducir con la cadera rota? —le preguntó mi amiga.

—Intentará hacerlo en cuanto vuelva —nos aseguró la chica—. La última vez que tuvo neumonía escapó al supermercado porque nadie compró la mermelada correcta.

—Me quedo muerta de que esa señora todavía conduzca —añadió mi amiga.

—Muerta estarás si dices algo en contra de que lo haga —le aseguró Ewan.

Obviamente, era la primera persona de esa edad que conocíamos que se atreviera a seguir manejando un volante.

Iona condujo al interior por un vestíbulo luminoso, pavimentado con baldosas negras y blancas, donde un gran jarrón contenía ramas de avellano recién cortadas.

Una escalera de madera ascendía en dos tramos alrededor de una lámpara de cristal, pero fueron las paredes las que capturaron mi atención: desde el zócalo hasta casi alcanzar el techo, cientos de fotografías ocupaban marcos de tamaños, estilos y épocas diferentes.

Había retratos en sepia, bodas celebradas bajo la lluvia, niños disfrazados, perros sentados en sillones, graduaciones, excursiones, fiestas de cumpleaños y reuniones en torno a mesas interminables.

Algunas imágenes conservaban la rigidez propia de otra época; otras mostraban a la familia riéndose, movida o desprevenida, sin que nadie pareciera preocupado por lograr una composición perfecta.

—Esto continúa por toda la casa —nos explicó Ewan mientras tomaba mi maleta—. Granny Mo sostiene que una familia guardada en álbumes acaba olvidada en un cajón, así que obliga a colgarlo todo.

—¿También las fotografías comprometedoras? —quiso saber Laia.

—Sobre todo esas. Hay una mía bañándome desnudo en una palangana.

—Excelente. ¿En qué pasillo?

—En uno al que no tendrás acceso sin sobornarme.

Su tío le pidió que dejara de flirtear durante una emergencia familiar y nos acompañó hasta el pie de la escalera.

Debían marcharse enseguida si querían llegar al hospital antes de la operación; nos prometió noticias en cuanto supiera algo, agradeció que aceptáramos alojarnos allí y me preguntó por última vez si me encontraba bien después del paseo en barca.

—Estoy perfecta. Ocúpate de tu abuela.

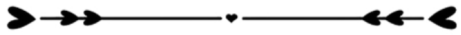
—Eso pienso hacer. Iona os enseñará el resto de la casa y os dará de comer; no os sintáis obligadas a esperar despiertas, porque puede que volvamos tarde.

—No os preocupéis por nosotras —le garantizó Laia—. Tenemos una piscina, cientos de fotografías y material suficiente para chantajear a vuestra familia durante décadas.

Tras despedirse, los dos regresaron al coche. Los observé alejarse por el camino y me sorprendió la rapidez con la que aquella familia nos integraba en sus asuntos, pese a que apenas nos conocían.

Entramos en una vivienda ajena con nuestras maletas, habíamos cruzado cien kilómetros por una mujer a la que nunca vimos y, antes de terminar el día, dormiríamos bajo el mismo techo que varias generaciones de los MacNair contemplaban desde las paredes.

Capítulo 15



Mi amiga estaba tan encantada como yo, a la par que sorprendida por el curso de los acontecimientos.

—Esto empieza a parecer una prueba de acceso —me comentó cuando subíamos la escalera—. Si encuentras una fotografía con Cameron también desnudo en la palangana y no sales huyendo, te conceden la nacionalidad.

—Uff…

—No refunfuñes…

—Y no voy a buscar esa fotografía.

—También dijiste que no vendrías a Escocia a perseguir al padre de tu hijo y parece que hayamos inventado un juego nuevo, porque no hay manera humana de soltar la bomba.

—Mi hijo no es una bomba —le recordé por lo bajo.

—No, es una fresa. Ya verás cuando tenga el tamaño de un melón y tengas que echarlo por…

—¿Te callas o te callo?

Iona nos asignó dos dormitorios comunicados por un pequeño salón.

El mío estaba decorado en tonos azulados y crema, con una cama de columnas, un escritorio frente a la chimenea y una cómoda sobre la que alguien colocó un cuenco de manzanas.

Las ventanas daban a la parte trasera de la finca; desde allí se divisaban los jardines, un muro cubierto de espalderas y, más allá de los árboles, una franja del mar del Norte iluminada por el sol de la tarde.

El baño contaba con una bañera exenta, grifería de latón y un armario lleno de toallas que olían a lavanda.

Mi amiga entró detrás de mí, revisó la cama, abrió una puerta que comunicaba con un vestidor y anunció que no pensaba volver a Rota mientras quedara una habitación libre.

—Esta gente no sabe que te presentas con un bebé, una sargento y una capacidad ilimitada para instalarte —me advirtió.

—Ese es su problema por invitar sin solicitar referencias.

Deshicimos lo imprescindible y un rato después, tras descansar un poco, bajamos a la cocina, una estancia enorme situada en la zona más antigua de la casa.

Tenía una mesa central marcada por años de uso, alacenas pintadas de verde y una cocina de hierro junto a los electrodomésticos modernos. Iona nos sirvió sopa de puerro y patata, pan con semillas y una tarta salada de salmón; al verme aceptar una segunda ración, sonrió y aseguró que la señora MacNair aprobaría mi apetito.

—No la animes —intervino Laia—. Desde que llegamos a Escocia come cada dos horas.

—Será el aire del norte.

—O una criatura minúscula que exige servicio de habitaciones.

La miré con tal alarma que dejó caer la cuchara dentro del plato para disimular. Nuestra anfitriona no pareció reparar en la frase, pues en ese momento se abrió la puerta trasera y una mujer irrumpió en la cocina empujando un carrito lleno de bolsas.

Debía de rondar los setenta, aunque se movía con la energía de quien decidió no concederle ninguna autoridad a su fecha de nacimiento. Llevaba pantalones de cuadros, zapatillas deportivas rojas y una chaqueta impermeable de un amarillo capaz de orientar barcos desde la costa.

—¡Ya están aquí las españolas! —exclamó antes de que nadie nos presentara—. Espero que sepáis jugar a las cartas, porque Su Majestad hace trampas y necesitamos testigos internacionales.

La señora Campbell nos abrazó por turnos, dejó las bolsas sobre la mesa y empezó a vaciarlas mientras preguntaba por el viaje, la comida y las habitaciones. Nos comentó atropelladamente que los hombres ya estaban en el hospital y que ella había hecho la compra en un periquete antes de regresar a la casa.

No esperaba respuestas completas; encadenaba los asuntos con tanta agilidad que solo podíamos seguirla y confiar en que regresara a alguno más adelante.

—¿Su Majestad? —le pregunté cuando encontré un hueco.

—Morag. Delphine para el médico, señora MacNair para quien quiera conservar el empleo y Su Majestad para los que llevamos demasiado tiempo obedeciéndola —me explicó mientras colocaba yogures en el frigorífico—. Empecé a trabajar aquí a los diecinueve años. Ella me recibió con una lista de tareas, corrigió mi forma de preparar el té y, al tercer día, me prestó dinero para comprarme un abrigo. Desde entonces discutimos casi a diario.

—¿Lleva aquí más de cincuenta años? —calculó mi amiga.

—Cincuenta y dos. Intenté jubilarme a los sesenta y cinco, pero Su Majestad me organizó una fiesta, me regaló un reloj y al lunes siguiente me llamó para preguntarme por qué llegaba tarde.

La mujer nos hizo reír antes de terminar de guardar la compra. Después llamó al hospital, reprendió a Cameron por no mantenerla informada cada quince minutos y consiguió que una enfermera le confirmara que la operación estaba a punto de empezar.

Al colgar, se permitió unos segundos de preocupación; luego recogió la chaqueta, afirmó que sentarse no arreglaría ninguna cadera y decidió enseñarnos la casa.

Recorrimos salones de techos altos, un comedor que solo se utilizaba en Navidad, una biblioteca con escalera móvil y una estancia dedicada por completo a juegos de mesa.

Cada espacio contenía recuerdos familiares: una marca de lápiz registraba el crecimiento de varias generaciones junto a una puerta, un cristal ligeramente agrietado permanecía sin cambiar porque lo rompió Ewan con una pelota a los ocho años y un armario conservaba disfraces que Morag cosió para sus hijos, nietos y bisnietos.

—Aquí Cameron incendió una cortina durante una representación de piratas —nos contó el ama de llaves al entrar en una sala pequeña—. Tenía once años, fabricó una antorcha y aseguró que necesitaba realismo.

—¿Qué hizo su abuela?

—Apagó el fuego, le puso un cubo y una bayeta en las manos y le obligó a reparar la pared con su abuelo, que en paz descanse. Después guardó la cortina quemada para enseñársela a todo el mundo.

—Ya entiendo de dónde viene la delicadeza familiar —comentó Laia —. Crecen bajo amenaza de que todo se hará público.

En el pasillo de la segunda planta encontramos la fotografía de la palangana. El protagonista tendría unos dos años, llevaba un sombrero de paja y sostenía un pato de goma mientras sonreía sin una sola preocupación por su dignidad futura.

Mi amiga sacó el teléfono para inmortalizarla, pero la señora Campbell le pidió que esperara y retiró el marco de la pared.

—Con el cristal refleja mal —le indicó, entregándoselo—. Ponte cerca de la ventana.

—¡Señora Campbell, acaba usted de convertirse en mi persona favorita de Escocia!

—Llámenme Elspeth. "Señora Campbell" suena a mujer que desaprueba los postres, y yo escondo chocolate en cuatro habitaciones.

La visita terminó en la galería acristalada que comunicaba con la piscina. Era cubierta y alargada, revestida con azulejos verde agua; grandes ventanales se abrían hacia el jardín y permitían ver el cielo, los árboles y la línea marina.

En uno de los extremos había plantas tropicales, varias tumbonas de madera y una colección de flotadores, entre ellos un cisne gigantesco con una corona dorada.

—Su Majestad se baña todas las mañanas —nos contó Elspeth—. Cumple cien años en noviembre y continúa haciendo veinte largos, aunque los últimos cinco los dedica a criticar mi técnica.

—¿Se mete sola? —le pregunté, preocupada.

—No debería. Por eso lo hace antes de que llegue Iona. Hace dos semanas dejó la bata junto a la cama para despistarnos, bajó con el bañador debajo del camisón y entró por la puerta del jardín. La encontramos dando órdenes al muchacho de mantenimiento desde el agua.

—¿Y hoy se ha caído en la piscina?

—En absoluto. Se subió a una banqueta para alcanzar una caja de té que ella misma escondió en lo alto de una alacena. Perdió el equilibrio y aterrizó sobre una cesta de cebollas. Llevo años diciéndole que las caderas y las verduras no son compatibles.

Pasamos la tarde en aquella zona de la casa. Laia se bañó, intentó montar el cisne y cayó al agua tres veces antes de aceptar que el animal rechazaba su autoridad militar.

Permanecí en una tumbona con los pies descalzos, una manta ligera sobre las piernas y un vaso de limonada; no quise nadar porque ya acumulaba suficientes preocupaciones, aunque ambas se burlaron de mi súbita decisión de tratar el agua como una sustancia sospechosa.

—Esta mañana querías saber si un chaleco podía molestar al bebé y ahora temes que la piscina descubra el embarazo —cuchicheó mi amiga cuando Elspeth salió a buscar más toallas—. A este paso vas a prohibirle la ducha.

—No quiero resbalarme.

—Eres joven, no tienes noventa y nueve años ni una cesta de cebollas debajo.

—Déjame ser prudente.

—Te dejo, pero recuerda que dentro de unos meses no podrás levantarte de esa tumbona sin asistencia técnica.

La tarde transcurrió entre llamadas del hospital y anécdotas. La operación comenzó con retraso, por lo que Elspeth decidió preparar la cena para mantenerse ocupada; nosotras la ayudamos a cortar verduras, amasar unos panecillos y elaborar un estofado que, según ella, Morag consideraba medicinal porque contenía whisky. Me aseguré de que eso no lo probaría, por si las moscas.

Mientras cocinábamos, nos habló del primer automóvil de la dueña de la casa, de la ocasión en que se presentó en una reunión del ayuntamiento con un gallo dentro de una cesta para protestar por una ordenanza y de su costumbre de recibir a los vendedores telefónicos fingiendo que solo hablaba latín.

También nos contó que enviudó hacía más de veinte años y nunca quiso abandonar la finca porque cada habitación contenía una parte de su vida.

—Sus hijos intentaron convencerla para que se mudara a una casa más pequeña —nos explicó mientras cerraba una empanada—. Les respondió que, si tanto les preocupaba el tamaño, podían mudarse ellos aquí y ocuparse del polvo. Nadie volvió a sugerirlo. Después nos contó que su hijo varón vivía fuera de Escocia y que la madre de Cameron, su hija, era la única que le hacía frente.

—Su Majestad me cae bien sin conocerla —admití.

—A todo el mundo le cae bien desde una distancia razonable. Cuando la tengáis delante, ocultad vuestras debilidades; las detecta antes que los perros el miedo.

Anocheció después de las diez, aunque el cielo conservó una claridad azulada sobre la costa.

Cenamos en la cocina, incapaces de utilizar aquel comedor inmenso siendo tan pocas y la conversación se interrumpió cuando llegó un mensaje del hospital: la operación terminó, no surgieron complicaciones y Morag estaba despertando de la anestesia.

El alivio recorrió la mesa. Elspeth brindó con agua porque se negaba a abrir una botella sin la homenajeada, Iona telefoneó a varias personas de la familia y Laia propuso celebrar que Su Majestad podría volver pronto a sus veinte largos.

Yo pensé en una mujer de noventa y nueve años a la que todavía no conocía y descubrí cuánto deseaba que regresara a aquella casa.

Ewan llegó cerca de las once, cansado, con la camisa arrugada y una bolsa del hospital en la mano.

Apenas cruzó la puerta, Elspeth lo abrazó, le revisó la cara en busca de información adicional y lo sentó ante un plato de estofado. Nos confirmó que su bisabuela estaba estable, que reconoció a todos al despertar y que su primera preocupación consistió en saber quién gobernaba ahora su casa.

—También ha preguntado por sus cebollas —nos contó, aceptando el pan que le ofrecía Iona—. El médico pensó que seguía desorientada.

—¿Le has explicado que las cebollas son las víctimas? —le preguntó Laia.

—Lo intenté. Me respondió que una buena cebolla soporta una caída.

Cameron permanecería en el hospital aquella noche, aunque una enfermera le proporcionó un sillón reclinable, por lo que nos contó. Si la evolución era favorable, trasladarían a Morag a una habitación, pero debería permanecer ingresada varios días.

El recién llegado comió con verdadero apetito y fue relajándose a medida que la señora Campbell lo obligaba a repetir.

Después nos acompañó al salón familiar, encendió la chimenea porque la noche refrescó y se dejó caer en la alfombra, cerca del fuego, mientras los demás ocupábamos los sofás.

—¿Por qué te sientas en el suelo teniendo diecisiete sillones? —le preguntó mi amiga.

—Porque en ese sofá escondió Granny Mo una aguja de coser en 2006 y no confío en que la encontráramos.

—La encontró el obispo —nos informó Elspeth desde un sillón—. Durante el funeral del señor MacNair.

—¡Eso mejora muchísimo la historia!

A partir de ahí, las anécdotas se sucedieron sin orden.

Supimos que el obispo terminó la ceremonia de pie, que Cameron perdió una ceja durante el incendio de la cortina y que la madre de Ewan dio a luz en una de las habitaciones del piso superior porque una nevada impidió llegar al hospital.

También descubrimos que Morag fingió no saber conducir durante los primeros años de matrimonio para que su marido la llevara a todas partes, aunque después ganó una carrera benéfica al volante de un coche antiguo.

El protagonista de la fotografía de la palangana intentó recuperar el teléfono de Laia para borrar la prueba, pero ella lo escondió dentro de su camiseta y lo retó a buscarlo.

Él amenazó con aceptar; luego recordó que tenía novia, aunque la prudencia le duró poco y terminó persiguiéndola alrededor de una mesa mientras Elspeth animaba a ambos y yo reía hasta que me dolió el costado.

Aquel comportamiento no favorecía su imagen de futuro esposo responsable, pero mostraba una faceta diferente.

Detrás del hombre que dedicaba sonrisas a cualquier mujer atractiva había un bisnieto que abandonó los preparativos de su boda para acudir al hospital, conocía los medicamentos de su abuela y podía explicar sin consultar nada qué habitación necesitaría cuando regresara.

No dejaba de ser un caradura; simplemente resultaba ser un caradura capaz de cuidar.

La velada terminó pasada la medianoche. Iona se marchó a casa, Elspeth ocupó un dormitorio de la planta baja y Ewan insistió en comprobar las puertas antes de subir. Nos despedimos al pie de la escalera, pero me pidió unos segundos y me condujo hasta una fotografía situada cerca de la biblioteca.

En ella aparecía Cameron con pocos años sentado en los escalones de la entrada y sosteniendo a un bebé envuelto en una manta. Su sobrino, recién nacido, cerraba una mano alrededor de uno de sus dedos.

—Mi padre se marchó cuando yo era pequeño —me explicó—. Él estuvo siempre. Me enseñó a nadar, a conducir y a sobrevivir a las mujeres de esta casa, que es la parte más difícil. Puede parecer que lo tiene todo resuelto, pero la familia es lo único que nunca se toma a la ligera.

Comprendí que pretendía hablarme de su tío y que, sin saberlo, acababa de darme otro motivo para confiar en él. Miré la fotografía, luego el bolso donde guardaba la ecografía y decidí que la verdad no podía seguir esperando eternamente.

Subí con Laia, que nos esperaba en el descansillo fingiendo examinar otro retrato. Nada más cerrar la puerta de nuestro pequeño salón, me acusó de haber aprovechado una emergencia geriátrica para recopilar referencias paternas.

—No he recopilado nada. Me enseñó una fotografía.

—Y te contó que es responsable, familiar y prácticamente padre de sustitución. Entre la destilería, la casa y el currículum emocional, solo falta que mañana descubramos que rescata cachorros.

—Necesito dormir.

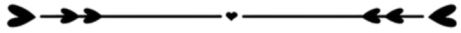
—Necesitas hablar. Dormir llevas haciéndolo todas las noches con una eficacia admirable; contarle la verdad, todavía ninguna.

Me retiré al dormitorio antes de que pudiera continuar, aunque su reproche me acompañó mientras guardaba la ropa y colocaba el teléfono sobre la mesilla. Desde la cama veía parte de la pared del pasillo, cubierta de imágenes familiares; en todas ellas se acumulaban nacimientos, celebraciones, pérdidas y veranos que alguien se preocupó de conservar.

Durante años soñé con formar una familia sin imaginar rostros concretos. Ahora dormía en una casa repleta de ellos, bajo el techo de una mujer que era la bisabuela de mi hijo.

La verdad seguía guardada dentro de mi bolso, pero cada fotografía de aquellas paredes parecía recordarme que el bebé ya pertenecía a una historia mucho mayor que la mía.

Capítulo 16



Me despertó el ruido de un coche sobre la grava poco después de las siete. La claridad de la costa llenaba ya el dormitorio y, durante unos segundos, necesité recordar por qué dormía en una casa escocesa rodeada de fotografías familiares.

Después vi el bolso sobre la butaca, pensé en la ecografía que guardaba dentro y recuperé de golpe todas las preocupaciones del día anterior.

Cuando bajé, encontré a Cameron en la cocina, sirviéndose café en una taza mientras Elspeth trataba de convencerlo para que comiera algo.

Conservaba la ropa de la víspera, arrugada después de una noche en el hospital, y una sombra oscura le cubría la mandíbula; aquel deterioro, lejos de sentarle mal, le daba un aspecto cercano que no le conocía.

—Buenos días —me saludó al verme entrar—. Espero no haberte despertado.

—Llevas la misma camisa que ayer —intervino Laia desde la mesa, untando mantequilla en una tostada—. Ha recorrido más kilómetros que nosotras y empiezas a merecer habitación propia.

—He venido a ducharme y cambiarme. Ewan me relevará unas horas.

—¿Cómo está tu abuela? —le pregunté mientras aceptaba el té que Iona acababa de preparar.

—Enfadada con el mundo porque no puede levantarse. Ha pasado buena noche, el dolor está controlado y el cirujano está satisfecho, pero todavía tiene que permanecer ingresada. Su mayor queja es que el camisón del hospital le queda horrible.

Elspeth resopló desde la despensa y apareció con un plato de huevos, salchichas y tomate, que dejó delante de él con una contundencia incompatible con cualquier negativa.

Le recordó que Morag necesitaba familiares alimentados, no mártires desmayándose por los pasillos, y señaló la silla vacía hasta conseguir que se sentara.

—Su Majestad me llamó a las seis y doce —nos contó—. Quería que le llevara su crema facial, un peine y los pendientes de perlas.

—¿Para qué quiere unos pendientes en el hospital? —le preguntó Laia.

—Dice que una cadera rota no justifica recibir al traumatólogo sin accesorios.

—Me niego a conocer a esa señora —sentenció mi amiga—. Si a los noventa y nueve años mantiene ese nivel, me detectará todas las carencias antes de que consiga presentarme.

Quise saber cuándo podríamos visitarla y mi entusiasmo provocó una sonrisa cansada en Cameron.

Me explicó que por la mañana solo permitirían entrar a un familiar, pero a partir del mediodía aceptarían alguna visita breve; si de verdad me apetecía acompañarlo, podía llevarme y dejar que Ewan me trajera de vuelta más tarde.

—¿No preferirías regresar tú a descansar? —le pregunté—. Has pasado allí toda la noche.

—Dormiré cuando vuelva a casa. Mi madre sigue fuera, el resto de la familia tardará en organizarse y Granny Mo necesita a alguien que entienda cuándo protesta de verdad y cuándo está organizando una rebelión por entretenimiento. Ewan la adora, pero le concede todo cuanto pide; a este ritmo, antes del almuerzo la habrá llevado a la cafetería dentro de la cama.

—No veo el problema —opinó Laia—. Con cuatro ruedas y una pendiente, hasta puede regresar sola.

—No le des ideas. Es capaz de exigir una rampa.

Terminó el desayuno bajo la supervisión de Elspeth y subió a cambiarse.

Aproveché aquellos minutos para ducharme, vestirme y guardar la ecografía en un sobre más discreto; si encontraba la oportunidad, se lo contaría después de visitar a su abuela.

El aplazamiento empezaba a avergonzarme, pero quería elegir un momento que no estuviera interrumpido por una operación, una llamada o una huida geriátrica.

Al regresar a la cocina, Laia me esperaba con los brazos cruzados y una expresión acusadora.

—Te has puesto el vestido azul.

—¿Y?

—Es el vestido que utilizas cuando quieres parecer fiable, responsable y candidata a una hipoteca conjunta.

—Voy a conocer a una mujer de noventa y nueve años, no a solicitar la mano de su nieto.

—Es verdad, Cameron es su nieto. En esta familia necesito un esquema, fichas de colores y una tarde libre.

—Además, llevaré la ecografía.

Le enseñé el sobre dentro del bolso y su gesto cambió al comprender que esta vez hablaba en serio.

Me apretó una mano, me prometió que todo saldría bien y mantuvo la emoción durante tres segundos; después me aconsejó que no le entregara la imagen a Morag por error, porque aquella señora podría organizar el bautizo antes de recibir el alta.

Ewan llegó a las ocho y media con dos cafés, una bolsa de ropa y el cargador que su tío olvidó la noche anterior. Se cruzaron en el vestíbulo, intercambiaron información acerca de la medicación y discutieron sobre quién debía convencer a su bisabuela para que utilizara el andador cuando llegara el momento.

—No pienso decirle que es obligatorio —protestó el recién llegado —. La última vez que le llevé un bastón, lo usó para cerrarme una puerta en la cara.

—Tienes ya unos años y sigues permitiendo que una anciana te intimide.

—Tú llevas más tiempo haciéndolo.

—Porque conozco mis límites.

Laia apareció a mi lado y me murmuró que aquella era la verdadera estructura de poder de los MacNair: Morag gobernaba, Elspeth ejecutaba las órdenes y los hombres poseían negocios para mantener la ilusión de autoridad.

Ewan oyó parte del comentario, le dio la razón y prometió traer fotografías del hospital si su bisabuela conseguía apoderarse de la planta.

Antes de marcharse, Cameron me indicó que volvería a recogerme cerca del mediodía.

Lo vi subir al coche con ropa diferente y el cabello todavía húmedo, aunque el cansancio continuaba presente en sus facciones; en vez de ocultarlo mediante bromas, bajó la ventanilla para admitir que estaba deseando regresar al hospital.

Su abuela se despertaría por completo a lo largo de la mañana y prefería estar allí cuando comprendiera las limitaciones que la esperaban.

Pasamos las horas siguientes ayudando a preparar el dormitorio de la planta baja. Elspeth retiró una alfombra con la que Morag podía tropezar, Iona cambió varios muebles y nosotras trasladamos libros, ropa y objetos personales desde el piso superior.

Cada elección desencadenaba una historia: el reloj de plata perteneció a su marido, una caja lacada escondía cartas de amor y una pequeña figura de porcelana representaba a un perro que mordió a un ministro durante una visita a la finca.

—¿Fue el perro de verdad o también es una leyenda familiar? —le pregunté al ama de llaves.

—Fue de verdad. El ministro intentó acariciarlo mientras comía y Su Majestad sostuvo que el animal tenía mejor criterio político que la mayoría del país.

Poco antes de las doce, un nuevo mensaje confirmó que la paciente ya había pasado por consulta y se encontraba despierta.

Cameron llegó un rato después y me encontró colocando novelas en una estantería baja; quiso ayudar, pero Elspeth le dio un manotazo en los dedos y le ordenó llevarme al hospital antes de que su abuela decidiera escaparse para conocernos.

Laia nos acompañó hasta la puerta y me abrazó con una teatralidad digna de una despedida transoceánica.

—Si te pregunta por tus intenciones, dile que son honorables.

—Voy a visitar a una enferma.

—Eso creemos todos. Luego una anciana te ofrece té, saca las fotografías de comunión y acabas probándote el vestido de novia de 1947.

—Deja de decir tonterías.

—Si vuelves prometida, quiero elegir los zapatos.

El trayecto hasta Inverness nos permitió hablar de Morag.

Su nieto me contó que enviudó dignamente, administró la finca durante décadas y se negó a venderla incluso cuando mantenerla empezó a costar más de lo razonable.

También participó en asociaciones locales, consiguió fondos para restaurar una biblioteca y convirtió el invernadero en refugio de animales heridos durante un invierno especialmente duro.

—A los noventa y seis intentó subir al tejado para reparar una teja —me explicó—. Elspeth retiró la escalera y ella llamó a los bomberos, alegando que se había quedado atrapada.

—¿Estaba en el tejado?

—Todavía no. Quería que los bomberos le devolvieran la escalera.

—Empiezo a sospechar que la fractura no conseguirá retenerla mucho tiempo.

—Esa es la preocupación de todos.

Aparcamos cerca del hospital y, antes de entrar, me preguntó si me sentiría cómoda.

Le recordé que trabajaba en uno, que no me impresionaban las habitaciones ni los pacientes y que llevaba desde el día anterior deseando conocer a la mujer de las fotografías.

Pareció agradecer mi interés, aunque me advirtió que su abuela carecía de filtro y que la medicación podía empeorar una sinceridad ya temible.

La encontramos incorporada en la cama, con el cabello blanco peinado hacia atrás, unos pendientes de lo más elegantes y una bata turquesa sobre el camisón hospitalario.

La edad había afinado sus facciones, pero sus ojos azules conservaban una viveza que recorría cuanto la rodeaba; sobre la mesa descansaban unas gafas, un periódico doblado y el desayuno que se negó a terminar porque, según nos informó nada más entrar, se asemejaba a las gachas y estas, a su vez, podían utilizarse para reparar carreteras.

—Granny Mo, te presento a Martina —comenzó su nieto mientras acercaba una silla—. Es una amiga española que está pasando unos días con nosotros.

—Ya veo que es española. Ninguna escocesa se pondría ese vestido para entrar en un hospital.

Bajé los ojos hacia la ropa, sin saber si acababa de recibir un elogio o una reprimenda.

—Lo dice porque le gusta —me aclaró Cameron.

—No necesito traductor —le recordó ella—. Acércate, muchacha. Desde aquí solo distingo que eres morena y que mi nieto se ha afeitado para traerte.

—Me afeito todos los días.

—Anoche parecías un salteador de caminos.

Me incliné para besarla y recibí a cambio una inspección minuciosa. Me sostuvo ambas manos, observó mi cara y quiso saber a qué me dedicaba, dónde vivía y por qué había elegido las Highlands para pasar las vacaciones.

Respondí con sinceridad a las dos primeras cuestiones, pero en la tercera recurrí de nuevo a nuestro deseo de conocer Escocia.

—¿Y viajaste hasta aquí por los paisajes? —me preguntó, sin soltarme—. Qué casualidad que el paisaje te haya llevado a la casa de mi familia.

—Nos conocimos en España —intervino él—. Te lo expliqué anoche.

—Anoche estaba drogada y tú llevabas demasiadas horas despierto. Ninguno de los dos constituía una fuente fiable.

La enfermera entró para comprobar la vía y le pidió que descansara. Morag respondió que llevaba noventa y nueve años descansando ocho horas cada noche y ya acumulaba tiempo suficiente; después quiso saber si podía asistir a una boda en noviembre, porque su bisnieto pensaba casarse y todavía no decidía si la ceremonia merecería el esfuerzo.

—Por supuesto que irás —le aseguró Cameron, arreglándole la manga de la bata—. Antes tendrás que caminar y obedecer al fisioterapeuta.

—Puedo practicar con Martina. Ella es fisioterapeuta, por lo que ha dicho, y, además, sus manos están calientes.

—Estoy de vacaciones —le recordé, divertida.

—Yo también estaba de vacaciones cuando me caí y mira cómo ha terminado la negociación.

El médico nos visitó poco después y confirmó que la intervención fue bien. Debía permanecer ingresada varios días, empezar a sentarse con ayuda y cumplir la rehabilitación sin atajos.

La paciente atendió las instrucciones con una cortesía irreprochable; en cuanto el hombre salió, nos pidió que averiguáramos si existía otra puerta por la que abandonar la planta.

—No vas a marcharte —le advirtió su nieto.

—No he dicho que vaya a hacerlo. Solo deseo conocer la arquitectura del edificio.

—Conozco esa cara desde que era niño.

—Precisamente por eso deberías saber que discutir conmigo consume más energía que vigilarme.

Me senté junto a ella mientras Cameron salía a hablar con una enfermera. Morag aprovechó la ausencia para señalarlo a través del cristal de la puerta y preguntarme si me parecía guapo. La consulta me sorprendió tanto que tardé en ordenar una respuesta.

—Es un hombre muy atractivo —admití con cautela.

—Eso no sirve de nada si una mujer no se lo recuerda. Desde que se divorció, se ha acostumbrado a cenar de pie sobre el fregadero.

—Tiene una vida bastante ocupada.

—También tiene una casa vacía, una bodega llena y un deseo exagerado de cuidar a todo el mundo. Podrías hacer cosas peores.

—Nos conocemos desde hace pocos días.

—Yo acepté casarme con mi marido a las tres semanas.

Cameron volvió, me miró con cierta disculpa, aunque su abuela ya estaba lanzada. Quiso saber si tenía novio, si me gustaban los niños y cuántos pensaba tener.

La última pregunta me dejó sin aire durante un instante; liberé las manos con el pretexto de acercarle el vaso de agua y contesté que siempre soñé con formar una familia.

—Entonces está resuelto —sentenció Morag—. Cameron quiere hijos, tú también y ambos parecéis capaces de mantener una conversación. En mi época, eso bastaba para empezar.

—En tu época también se recomendaba fumar durante el embarazo —le recordó su nieto.

—Y, aun así, conseguí criar a dos hijos sin consultar una aplicación en el teléfono.

La mención al embarazo me obligó a bajar la vista hacia el bolso. El sobre estaba allí, al alcance de la mano, pero aquella no era la persona a quien debía mostrárselo ni el momento para convertir una visita entrañable en una revelación familiar.

Morag interpretó mi reacción de otra manera y me aseguró que no pretendía organizar nada sin mi consentimiento, aunque añadió que la finca tenía una capilla preciosa y que su vestido de novia seguía guardado en un arcón.

—¿Ves? —le comenté a Cameron risueña—. Laia predijo exactamente esta conversación antes de salir.

—Tu amiga empieza a preocuparme.

—A mí me gusta —opinó su abuela—. Tiene hombros fuertes y no parece dispuesta a obedecer a un hombre. Tráela mañana.

—Después de lo que acabas de hacer conmigo, no pienso exponerla.

Pasamos más de una hora con ella. Entre las bromas aparecieron recuerdos de su infancia junto a la costa, del día en que conoció a su marido durante un baile y de los veranos en los que la casa se llenaba de nietos.

Al hablar de Cameron, la ironía cedía terreno a un afecto profundo: contó que de niño se escondía debajo de su escritorio para escuchar las conversaciones de los adultos, que a los diez años quiso construirle un ascensor con poleas y que, tras la muerte de su abuelo, fue quien empezó a acompañarla cada domingo a comer.

—Siempre ha querido una familia grande —me confió mientras él ordenaba la mesa—. Solo necesita dejar de comportarse como responsable universal de la que ya tiene y ocuparse de crear la suya.

Las palabras me obligaron a respirar despacio. Volví a tocar el bolso y decidí que hablaría con él al abandonar la habitación, pero una enfermera apareció para anunciar que la visita debía terminar.

Ewan acababa de llegar. Su tío se quedaría toda la tarde, mientras el recién llegado me devolvería a Nairn.

Morag me pidió un beso, me obligó a prometer que regresaría y, antes de soltarme, alzó la voz para que su nieto pudiera oírla.

—¡Esta me gusta! No la estropees.

—No estoy haciendo nada que pueda estropearse —le respondió, ya en la puerta.

—Ese es precisamente tu problema.

Salí riéndome, con las mejillas doloridas y la sensación de conocerla desde hacía mucho más de una hora.

Ewan esperaba en el pasillo con una mochila y un ramo pequeño de flores; al verme, preguntó qué opinión me merecía su bisabuela.

—Es extraordinaria.

—¿Ha intentado casarte con alguien?

—Con el cirujano —mentí.

—Tiene sesenta años y cuatro hijos. Debió de considerarte desesperada.

Cameron se despidió de mí junto a los ascensores. Me agradeció la visita, prometió regresar por la noche a la casa familiar y se volvió hacia la habitación cuando oyó que Morag llamaba a una enfermera para denunciar la desaparición de uno de sus pendientes.

La joya seguía en su oreja, pero sospeché que acababa de inventar una emergencia para recuperar su atención.

El viaje de regreso comenzó entre las historias que Ewan quiso añadir a las de su bisabuela.

Me contó que una vez vendió sin permiso varias antigüedades para donar el dinero a un refugio, que todavía enviaba postales de cumpleaños escritas a mano y que sabía exactamente cuánto cobraba cada trabajador de la finca, incluidos los hijos que estudiaban y las mascotas que sufrían alguna enfermedad.

—Te ha gustado —concluyó cuando dejamos atrás Inverness.

—Muchísimo.

—No hablaba de Granny Mo.

Volví la atención hacia los campos que se extendían al otro lado del parabrisas, donde el viento trazaba ondas sobre la cebada. La pregunta permaneció entre nosotros durante varios kilómetros; no necesitaba aclarar a quién se refería ni qué quería saber.

—¿Te gusta Cameron? —insistió al rato, esta vez sin esconder la curiosidad bajo ninguna broma.

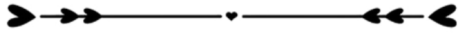
Deslicé los dedos por la correa del bolso, comprobé que el sobre continuaba dentro y contemplé la carretera que nos llevaba de regreso a la casa.

Podía haber negado la atracción, admitirla o explicarle que mis sentimientos no eran la parte más urgente de aquella historia; sin embargo, cualquiera de esas respuestas abría una conversación que aún no estaba preparada para mantener con él.

Ewan esperó unos segundos, luego encendió la radio y redujo el volumen hasta dejar la música apenas perceptible. No volvió a formular la pregunta, pero su atención se desviaba hacia mí cada vez que la carretera se lo permitía.

Seguí mirando los campos hasta que la casa apareció a lo lejos, dorada por la luz de la tarde. Mi respuesta se quedó conmigo.

Capítulo 17



Cameron regresó cerca de las diez, cuando ya habíamos cenado y Elspeth trataba de enseñarnos un juego de cartas cuyas reglas cambiaban cada vez que empezaba a perder.

La puerta de la cocina se abrió en mitad de una protesta de Laia, y él entró con una bolsa de farmacia, la americana doblada sobre un brazo y dos recipientes vacíos que alguien le había obligado a traer desde el hospital.

—Tu abuela asegura que en nada jugará con nosotras —le anunció mi amiga—. Nos ha llamado para comprobar que seguíamos aquí y ha prometido desplumarnos.

—Lleva toda la tarde hablando de vosotras —nos contó mientras dejaba las cosas sobre la mesa—. Sobre todo de Martina. Ha informado a tres enfermeras de que por fin he conocido a una mujer adecuada e intentado averiguar si en España se necesita algún permiso especial para casarse con un escocés.

Elspeth recibió la noticia sin sorpresa, pues se limitó a recoger los envases y quiso saber qué había comido Morag.

Al descubrir que solo aceptó un poco de sopa y medio yogur, anotó en un cuaderno cuanto debía llevarle a la mañana siguiente; después interrogó a su nieto acerca de la medicación, el dolor y la primera sesión con el fisioterapeuta, dejando claro que los médicos podían ocuparse de la cirugía, pero el gobierno de la convalecencia le correspondía a ella.

—Ewan se queda esta noche —nos explicó él cuando consiguió sentarse—. Ha insistido en hacer el relevo y Granny Mo ha aceptado porque le prometió introducir chocolate de contrabando.

—Creía que tú eras quien mejor controlaba sus rebeliones —comenté.

—Lo soy, pero llevo demasiado sin dormir en una cama y mañana tendré que volver temprano. Además, mi sobrino necesita aprender que cuidar de alguien significa algo más que obedecer todas sus órdenes.

—¿Le dejará dormir? —le preguntó Laia.

—A las dos llamará al timbre porque tendrá sed; a las cuatro necesitará que le busque unas gafas que llevará puestas y, antes de las seis, intentará convencerlo de que la acompañe al baño sin avisar a la enfermera. Será educativo.

Pidió un vaso de agua y aceptó el plato que Elspeth le sirvió sin consultar si tenía hambre.

Parecía agotado, aunque continuó respondiendo a cada pregunta y hasta se interesó por nuestra tarde. Cuando le contamos que ya conocíamos la fotografía de la palangana, dejó el tenedor, localizó a Laia al otro lado de la mesa y quiso saber quién facilitó aquel atentado contra la intimidad de su sobrino.

—La memoria histórica pertenece a todos —argumentó ella—. Además, Elspeth retiró el marco para evitar reflejos; hubo colaboración institucional.

—En esta casa no existe la lealtad.

—Existe, pero tiene límites. Una fotografía de un niño desnudo con un pato de goma está por encima de cualquier vínculo laboral —sentenció el ama de llaves.

Terminó de cenar entre nuevas anécdotas y llamadas breves de su sobrino, que todavía intentaba localizar el neceser de Morag.

El objeto apareció dentro de la misma bolsa que él llevó al hospital, pero la bisabuela se negó a reconocerlo porque faltaba una barra de labios; Elspeth sabía cuál quería y decidió preparar un paquete con artículos suficientes para que la paciente montara una perfumería junto a traumatología.

Cuando dieron las once, anunció que se iba a dormir y ordenó a los demás que hiciéramos lo mismo. Laia recogió sus cartas, bostezó con un exceso de entusiasmo y me comunicó que la jornada la había dejado destruida.

—Apenas has salido de la piscina y te has pasado la tarde interrogando a Ewan —le recordé.

—El espionaje emocional consume muchísima energía. Además, debo descansar estos días para enfrentarme a una centenaria que hace trampas.

Se despidió de todos y, al pasar a mi lado, me rozó el hombro con los dedos.

La breve presión llevaba una instrucción tan clara que no necesitaba palabras: debía aprovechar que nos dejaba a solas.

Antes de abandonar la cocina, se volvió hacia Cameron para anunciarle que yo tenía insomnio, una afirmación falsa que completó recomendándole que me entretuviera.

—Gracias por revelar mis supuestos problemas médicos —protesté.

—Las amigas estamos para ayudarnos. De nada.

La vimos desaparecer por el pasillo, seguida por Elspeth, que murmuraba algo acerca de la sutileza española.

Iona se retiró poco después a la pequeña vivienda que ocupaba en un extremo de la finca, y la cocina quedó recogida, con las tazas secándose junto al fregadero y el aroma del estofado todavía presente.

—¿De verdad no puedes dormir? —me preguntó él.

—Duermo perfectamente. Laia acaba de abandonarnos con la delicadeza de una evacuación militar.

—En ese caso, quizás deberíamos fingir que su maniobra ha funcionado. Si quieres, puedo enseñarte el único salón donde no existe ninguna fotografía comprometedora.

—Después de lo que he visto hoy, necesito comprobar que ese lugar existe.

Me condujo por una zona de la casa que aún no conocíamos. Atravesamos la biblioteca y un corredor estrecho, decorado con láminas botánicas, hasta llegar a una estancia situada en el ala más cercana al mar. Por lo visto, se trataba de una zona privada de su abuela en la que no admitía visitas.

Era más pequeña que los salones principales y estaba amueblada sin solemnidad: dos sofás de terciopelo verde, varias estanterías bajas, una mesa redonda cubierta de libros y un mueble con discos.

Las puertas acristaladas daban a una terraza protegida por el jardín, desde la que se percibía el movimiento oscuro de los árboles bajo el viento costero.

—Mi abuelo llamaba a esto la sala de invierno —me contó mientras encendía una lámpara de lectura—. Venía aquí cuando el resto de la casa se llenaba de visitas. Decía que toda familia numerosa necesita un lugar donde esconderse de sí misma.

—¿Y tu abuela lo encontraba?

—Siempre. Le llevaba té, se sentaba junto a él y le preguntaba cuánto tiempo pensaba seguir escondido. Al final terminaban ocultándose los dos. Por eso es su sitio preferido y privado de la casa.

Sonreí al imaginar a la mujer del hospital recorriendo la casa en busca de su marido.

Había algo hermoso en aquellos recuerdos domésticos, lejos de las grandes declaraciones; una taza llevada a tiempo, una estancia compartida y la decisión de buscar al otro incluso cuando necesitaba apartarse del mundo.

Me ofreció una infusión y abrió un armario donde todavía se conservaba una colección de licores.

Escogí manzanilla, mientras él se sirvió una pequeña cantidad de whisky y llevó ambas bebidas hasta la mesa. Nos sentamos en sofás diferentes, pero orientados uno hacia el otro, sin la formalidad que marcó nuestros primeros encuentros.

—¿Qué te ha parecido Granny Mo cuando no estaba intentando organizar nuestra boda? —me preguntó.

—Maravillosa. Divertida, inteligente y mucho más fuerte de lo que esperaba después de una operación así.

—También es agotadora, mandona y experta en conseguir que todos hagamos cuanto desea.

—La quieres muchísimo.

—Me enseñó casi todo lo importante. Mi madre trabajaba fuera, así que pasé largas temporadas aquí. Mi abuelo me llevaba a pescar y ella se ocupaba de que no creciera creyéndome dueño del mundo.

—¿Lo consiguió?

—A temporadas. Hubo años difíciles.

Pronunció la última frase sin buscar lástima.

Bebió un sorbo, dejó el vaso y me contó que durante la juventud confundió el dinero familiar con un mérito propio, abandonó unos estudios que no le interesaban y estuvo a punto de malgastar una parte considerable de su herencia en negocios destinados al fracaso.

Morag permitió que se equivocara, aunque se negó a rescatarlo; le prestó una habitación, le ofreció comida y le exigió que encontrara por sí mismo la forma de empezar de nuevo.

—La destilería surgió después de aquello —me explicó—. Trabajé durante años para aprender el oficio familiar, busqué inversores y amplié las instalaciones con más deudas que sentido común. Mi abuelo ya no llegó a verla terminada, pero ella estuvo allí el día que las inauguré y fue la primera en probar el whisky.

—¿Le gustó?

—Aseguró que sabía a madera mojada y malas decisiones.

Me reí, y él también, aunque terminó confesándome que la primera producción resultó bastante mala.

Necesitó tiempo, nuevos profesionales y varios intentos hasta conseguir un producto del que se sintiera orgulloso; desde entonces, su abuela guardaba una botella de cada edición y explicaba a las visitas que el éxito consistía en sobrevivir a los comienzos.

—Hoy me ha contado que querías construirle un ascensor con poleas —le comenté.

—Tenía diez años y una confianza exagerada en mis conocimientos de ingeniería.

—También sé lo de la cortina incendiada.

—Me temía que esta visita acabaría destruyendo mi reputación.

—No te preocupes. La fotografía de la palangana mantiene a Ewan en peor posición.

Su sonrisa se prolongó mientras me observaba por encima del vaso. No había prisa en la conversación ni necesidad de llenar cada minuto; pasábamos de las historias familiares a nuestras vidas en España, luego regresábamos a la casa, al hospital o a cualquier detalle que surgiera.

Me preguntó por mi trabajo, por qué elegí la fisioterapia y qué era lo que más disfrutaba de mis pacientes.

Le hablé de las pequeñas recuperaciones que nadie veía desde fuera: una persona mayor capaz de volver a ducharse sin ayuda, un niño que conseguía dar varios pasos o alguien que regresaba a su empleo después de una lesión.

También le confesé cuánto me afectaban ciertos casos y el esfuerzo que exigía separar la vida del hospital de la que me esperaba al salir.

—Debe de ser difícil dejar de cuidar —reflexionó.

—Tú tampoco pareces saber hacerlo.

—Es distinto.

—No mucho. Llevas varios días pendiente de nosotras, de tu abuela, de Ewan, de la destilería y de todo cuanto ocurre a tu alrededor. Incluso recuerdas si he comido.

—Te mareaste delante de mí. Sería bastante irresponsable olvidarlo.

—Fue una sola vez.

—Y eso me preocupó.

La confesión abrió la puerta que llevaba toda la noche evitando. Miré el bolso, depositado junto a mi sofá, y pensé en sacar la ecografía; podía entregársela sin preparar un discurso, dejar que la imagen hablara y responder después a cuanto necesitara saber.

Mis dedos llegaron incluso a rozar el asa, pero él retomó la conversación antes de que reuniera el valor.

—Perdona, no pretendía incomodarte —me aclaró—. Si tienes algún problema de salud, no tienes obligación de contármelo. Solo quiero que estés bien.

Aquella consideración empeoró las cosas. Estaba tan a gusto en esa habitación, escuchándolo hablar de sus abuelos y descubriendo errores que lo volvían más humano, que temí destruir cuanto acababa de nacer entre nosotros.

La verdad podía convertir su atención en recelo, las bromas en reproches y la calidez de aquella noche en un recuerdo imposible de recuperar.

—Fue el cansancio —respondí al final—. El viaje, los nervios y quizás no haber comido suficiente.

—Entonces Elspeth se encargará de solucionarlo. Mañana te servirá un desayuno para ocho personas.

—Acabaré necesitando que me saquéis de la casa con una grúa.

—Granny Mo tiene contactos. Seguro que conoce a alguien.

Continuamos charlando hasta pasada la medianoche. Me habló de la finca, de las Navidades en las que todas las habitaciones se llenaban y de una tradición según la cual el miembro más joven de la familia debía esconder un pequeño ciervo de madera; quien lo encontraba recibía el primer regalo.

Ewan hizo trampas durante años porque conocía todos los escondites y terminó guardándolo dentro de una tarta, lo que provocó que una tía suya casi se rompiera un diente.

A cambio, compartí historias de mi madre, de la adolescencia de Laia y mía, y de nuestra costumbre de planear viajes que casi nunca realizábamos.

Le expliqué que Menorca llevaba tres años figurando en nuestras vacaciones frustradas y que esta vez la sustituyó una búsqueda de la que todavía no podía hablarle.

—Me alegra que eligierais Escocia —me confesó—. Sé que ocurrió algo en Rota que aún no comprendo y que vuestra llegada no fue casual, pero no pienso obligarte a explicarlo antes de que quieras.

—Debería hacerlo.

—Lo harás cuando estés preparada.

Podría haberle respondido que llevaba semanas preparándome, que crucé miles de kilómetros con una americana en la maleta y una vida creciendo dentro de mí.

En cambio, bebí el último sorbo de la infusión y permití que su paciencia me concediera otra prórroga que no merecía.

Cuando decidimos retirarnos, apagó las lámparas y me acompañó por los corredores.

La casa cambiaba durante la noche; las fotografías apenas se distinguían, los tablones crujían bajo nuestros pasos y desde alguna habitación llegaba el sonido regular de un reloj.

No había nada siniestro en aquellos ruidos, pues cada uno parecía formar parte de una vivienda acostumbrada a albergar generaciones enteras.

Subimos la escalera y nos detuvimos ante la puerta de mi dormitorio. La conversación se agotó justo entonces, aunque no sentí necesidad de despedirme deprisa.

Permanecí con una mano sobre el pomo, consciente de su cercanía y del perfume que me devolvía fragmentos imprecisos de aquella noche en Rota.

—Gracias por venir hoy al hospital —me expresó—. Has hecho muy feliz a mi abuela.

—También ella me ha hecho feliz a mí. Volveré mañana si me deja entrar después de rechazar su propuesta matrimonial.

—No te preocupes. A estas horas ya estará buscando otra estrategia.

—Me ha advertido que conserva su vestido de novia.

—Eso es grave. Si menciona la capilla, huye.

Sonreí, pero no abrí la puerta. Él tampoco se marchó; demoró unos segundos el gesto de despedida y levantó una mano hasta apartar un mechón que se me había quedado prendido en el cuello del vestido. Sus dedos rozaron apenas mi piel antes de retirarse.

—Descansa, Martina.

Se inclinó y me besó en la mejilla. No fue uno de aquellos contactos rápidos utilizados por cortesía, sino un beso pausado, lleno de una calidez que se extendió por mi rostro y me obligó a cerrar los ojos durante un instante.

Al separarse, dejó la mano cerca de mi brazo, sin sujetarme, y sonrió con un afecto que hizo mucho más difícil cualquier confesión.

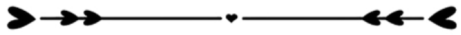
—Buenas noches —alcancé a responder.

Esperó a que entrara, y la puerta se cerró despacio entre los dos. Apoyé la espalda contra la madera, llevé los dedos hasta el lugar donde aún sentía sus labios y permanecí allí mientras sus pasos se alejaban por el corredor.

El bolso descansaba sobre la butaca, con la ecografía dentro. Una vez más, demoré el momento de contarle la verdad a un hombre que la merecía.

Aquella noche tampoco conseguí entregársela. Y lo peor no era que Laia me iba a matar, sino que, a ese paso, desconocía cuándo reuniría el valor suficiente para contarle a Cameron la más impresionante de las noticias. Iba a ser padre.

Capítulo 18



Unos días después regresé al hospital con Cameron, que llevaba una bolsa de ropa, varios libros y una caja de galletas con una pinta exquisita.

Mis labios permanecían sellados y eso que el tiempo apremiaba. Sin embargo, no encontraba el momento de soltar la bomba que cambiaría nuestras vidas para siempre, por más que Laia me amenazara con hacerme confesar a punta de pistola.

Durante el trayecto me aseguró que Morag progresaba bien, aunque el dolor y la falta de independencia estaban poniendo a prueba la paciencia de toda la planta.

La noche anterior intentó negociar con un celador el préstamo de una silla de ruedas y, al descubrir que no podía sobornarlo con bombones, amenazó con denunciarlo por secuestro.

—¿Y las galletas? —le pregunté, señalando la caja cuando aparcamos.

—Son para las enfermeras. Granny Mo ya se ha ganado fama de paciente difícil y pretendo compensarlas con un detalle.

—Creía que eran contrabando para tu abuela.

—El contrabando va en el bolsillo interior de mi chaqueta.

Sacó una pequeña barra de chocolate y me pidió discreción.

Le recordé que su abuela seguía una dieta pautada, pero defendió que dos onzas no alterarían la evolución de una cadera; además, Ewan introdujo un paquete entero la noche anterior y nadie murió, aunque la mitad terminó en manos de una enfermera después de que Morag intentara convencerla para que le permitiera pasear sin supervisión.

Nada más abrirse las puertas del ascensor, oímos los gritos.

—¡He dicho que me marcho a mi casa! —bramó una voz desde el otro extremo del pasillo—. Si este hospital ha perdido mi ropa, saldré con el camisón, pero no pienso pasar aquí otra noche.

Cameron cerró los ojos durante un segundo y me entregó la bolsa.

—Sujétame esto. Voy a parlamentar con la potencia enemiga.

La encontramos sentada en un sillón junto a la cama, con una bata azul sobre el camisón y el cabello blanco perfectamente peinado.

Un andador permanecía frente a ella, abandonado tras la sesión de fisioterapia, mientras dos enfermeras, una auxiliar y un médico intentaban explicarle que todavía no reunía las condiciones necesarias para volver a casa.

—Buenos días, Granny Mo —la saludó su nieto al entrar—. Veo que has organizado una recepción.

—He organizado mi alta. Ellos se empeñan en confundir una fractura con una condena.

—Te operaron hace pocos días.

—Por eso llevo ya unos cuantos perdiendo el tiempo. Quiero recuperarme en mi casa, comer alimentos reconocibles y utilizar un baño donde no entre una desconocida cada vez que intento bajarme las bragas.

Una de las enfermeras se tapó la boca para disimular la risa.

El médico, que parecía conocer ya el estilo de su paciente, volvió a explicarle que necesitaba caminar con más seguridad, controlar el dolor y demostrar que podía levantarse sin comprometer la nueva prótesis.

Morag escuchó con los brazos cruzados y una expresión que no auguraba ninguna rendición.

—En mi casa tengo a Elspeth, a Iona, a dos hombres que llevan días discutiendo sobre quién me vigila y a una fisioterapeuta española —enumeró—. Si necesitan más personal, llamaré al ejército.

—También tenemos una sargento de la Armada —intervine, acercándome—. Podríamos movilizarla, aunque primero exigiría un plan de operaciones.

Su rostro cambió al descubrirme. Extendió las manos, me hizo avanzar hasta el sillón y anunció a todos que acababa de llegar la única persona sensata de aquel edificio.

—Explícales que estaré mejor en casa —me ordenó—. Allí hay espacio, una piscina, pasillos para caminar y comida que no parece fabricada con yeso.

—La piscina permanecerá cerrada para ti durante bastante tiempo.

Pese a lo autoritaria que podía resultar, también era una mujer cercana que, desde el principio, me pidió que dejara a un lado los formalismos y la tuteara.

—Eso ya lo discutiremos.

—No hay discusión posible.

—Entonces has aprendido muy deprisa a comportarte como mi familia.

Cameron dejó la ropa dentro del armario y preguntó a los profesionales qué ocurrió durante la sesión de rehabilitación.

La mujer que la atendió nos explicó que pudo levantarse con ayuda, dio varios pasos y permaneció de pie unos minutos, un avance notable para su edad y el poco tiempo transcurrido desde la intervención.

Sin embargo, se fatigó, necesitaba supervisión y aún no había practicado los movimientos indispensables para desenvolverse en casa.

—¿Lo ves? —razonó su nieto, sentándose cerca—. Vas por buen camino, pero marcharte hoy no es una opción.

—Todo es una opción cuando se dispone de transporte.

—He escondido las llaves de todos los coches.

—Conozco taxistas.

—Elspeth les ha enviado una fotografía tuya y la orden de avisarnos.

Morag me buscó con los ojos, esperando que me uniera a su causa, pero tuve que darle la razón a los demás.

Le expliqué que una recuperación precipitada podía provocar una caída, que el dolor alteraba la forma de caminar y que necesitaba aprender a utilizar las ayudas antes de regresar a una vivienda que, por mucho que preparásemos la planta baja, no dejaba de presentar obstáculos.

—No puedo sustituir al equipo del hospital ni decidir cuándo te dan el alta —añadí—. Además, yo no podré permanecer en tu casa mucho más tiempo.

—¿Y eso quién lo dice? El médico seguro que está de acuerdo —resolvió ella—. Todavía no se lo he preguntado, pero pareció inteligente.

—Eso no funciona así.

—Tengo noventa y nueve años. A estas alturas, casi todo funciona como consigo que funcione.

El médico acabó riéndose y le propuso un pacto: si durante las siguientes veinticuatro horas controlaba el dolor, completaba las pruebas de movilidad y aceptaba las recomendaciones del equipo, estudiarían el alta para el día siguiente o el posterior.

Tendrían que organizar ayuda continua, retirar riesgos de la vivienda y garantizar que acudiría a las revisiones.

—Ya está todo organizado —aseguró Morag, señalándome—. Ella se encargará de ponerme en pie.

Abrí los ojos, sorprendida por la decisión con la que acababa de contratarme sin haberme consultado.

—Perdona, ¿yo? Te he dicho que…

—Empezarás en cuanto yo llegue. Si quieres ganarte el pan en mi casa, mueve el culo y habla con esta gente.

—Granny Mo —la reprendió Cameron, aunque le costaba contener la risa—, Martina es nuestra invitada. No trabaja para nosotros.

—¡Claro que no! —La anciana me palmeó una mano, divertida ante mi desconcierto—. Era una broma. Pero estoy segura de que no tiene tanta prisa por irse a ninguna parte como dice. Además, que así te va conociendo, ¿en qué lugar mejor que en mi casa para forjarse vuestro amor?

La carcajada de las enfermeras terminó de desmontar cualquier solemnidad.

Morag me aseguró que no pretendía obligarme a nada, pero me consideraba especial, confiaba en mí y deseaba que la ayudara cuando regresase a la finca.

No quería sustituir la rehabilitación prescrita, sino contar con alguien que pudiera vigilar sus movimientos, repetir los ejercicios indicados y frenar a la familia cuando empezara a tratarla como una pieza de porcelana.

—Además, tenemos mucho que hacer —agregó—. Cumpliré cien años en noviembre, Ewan se casa y todavía debo prepararme para otra boda.

—Solo hay una —le recordó su nieto.

—Por ahora.

—Ni siquiera existe una segunda pareja.

—Eso se resuelve antes que una fractura.

Desvió la atención hacia mí y, con la falta de disimulo que la caracterizaba, quiso saber cuánto tiempo necesitaba para ponerla a punto. Le pregunté para qué, aunque la sonrisa que se extendía por su cara ya contenía una respuesta alarmante.

—Tengo que estar en condiciones de ejercer de madrina en vuestra boda.

—¿Nuestra? —repetí.

—La tuya con Cameron. ¿Quién quieres que sea, mi hija? Lloraría desde el desayuno y arruinaría las fotografías.

—Granny Mo, Martina y yo no vamos a casarnos —le aclaró él desde el otro lado del sillón.

—Todavía. Tampoco voy a regresar hoy a casa, según estos carceleros, pero ambas situaciones pueden cambiar.

—Nos conocemos desde hace nada —le recordé.

—Vais con retraso.

Su nieto se frotó la cara, dividido entre la vergüenza y la diversión, mientras el médico fingía revisar el historial para no participar en el disparate.

Morag prosiguió con sus cálculos: si empezaba la rehabilitación de inmediato, podría caminar con elegancia antes de otoño; después elegiríamos fecha, flores y menú, aunque se negó a permitir una tarta con fondant porque lo consideraba un material de construcción.

—Te agradezco el interés —conseguí responder—, pero deberías concentrarte en la boda que ya está organizada.

—Ewan no necesita ayuda. Su novia lleva años planeándola y él solo tendrá que presentarse con los zapatos puestos.

—Eso último tampoco está garantizado —intervino Cameron—. Lo conoces.

—Precisamente. Por eso me preocupa menos su ropa que tu soltería.

—Soy divorciado, no soltero, abuela.

—Doble desgracia que hay que remediar.

Una auxiliar llegó con la medicación y aprovechamos la interrupción para ordenar la habitación.

Guardé los objetos de la mesilla, retiré una revista del suelo y comprobé que el andador quedaba al alcance, aunque Morag aseguró que aquel aparato estaba diseñado para destruir cualquier atisbo de dignidad.

Le expliqué cómo regularlo, señalé los errores que podían desequilibrarla y conseguí que prestara atención apelando a su deseo de volver a casa.

—Si quieres salir de aquí, tendrás que demostrar que sabes utilizarlo.

—Sé hacerlo.

—Enséñamelo cuando venga tu fisioterapeuta.

—¿Y si lo hago mejor que ella?

—Te darán una medalla y volverán a sentarte.

La sesión comenzó media hora después. Me mantuve al margen, pues la profesional a cargo debía dirigirla, aunque Morag insistió en que presenciara cada ejercicio para memorizarlo. Como si no lo hiciera cada día de mi vida laboral, vaya.

Se levantó con ayuda, corrigió la postura y caminó varios metros por la habitación; protestó por el dolor, llamó instrumento de tortura al andador y acusó a su nieto de colocar el suelo más lejos que el día anterior.

A pesar de las quejas, obedeció.

Cada paso le costaba un esfuerzo considerable y su respiración se aceleró antes de alcanzar la puerta, pero rechazó volver al sillón hasta completar el recorrido indicado.

Cameron permaneció cerca sin invadir el espacio de la fisioterapeuta, preparado para intervenir y demasiado orgulloso para disimularlo.

—¿Lo he hecho bien? —me preguntó al sentarse.

—Muy bien, aunque debes respetar los descansos.

—Mañana lo haré dos veces.

—Mañana harás lo que te indiquen.

—Empiezas a gustarme un poco menos.

—Magnífico. Así dejarás de organizar mi boda.

—No exageres. Todavía me gustas lo suficiente.

Le ofrecieron agua y permanecimos con ella hasta que el cansancio empezó a vencer su empeño por seguir conversando. Antes de marcharnos, me sujetó una mano y me pidió que regresara por la tarde; después señaló a su nieto y bajó la voz, aunque permitió que todos la oyeran.

—Es buen hombre, pero necesita instrucciones claras. Si esperas que adivine lo que quieres, cumpliré ciento veinte antes de que ocurra algo.

—Voy a fingir que la medicación te hace hablar —le respondió él.

—La medicación solo consigue que me duela menos la gente.

Salimos al pasillo riéndonos. Cameron pidió disculpas por las propuestas matrimoniales, los planes de madrina y mi contratación forzosa, pero le aseguré que no me había ofendido; su abuela me enternecía incluso cuando pretendía decidir mi futuro sin solicitar permiso.

—Habla en serio respecto a volver a casa —me comentó mientras esperábamos el ascensor—. Si le dan el alta, tendremos que vigilarla durante todo el día.

—Os ayudaré. Siempre siguiendo las indicaciones del hospital, pero puedo trabajar con ella en casa y enseñaros a moverla sin hacerle daño. En realidad, podría quedarme unos días más.

Aunque nuestra estancia inicial en las Tierras Altas solo estaba programada para un tiempo limitado, mi amiga y yo teníamos libre todo el mes. La abuela me convenció.

En fin, que podíamos flexibilizar una vuelta que, de todos modos, no podría producirse hasta que me decidiera a contarle el asuntillo que crecía en mi vientre y que me llevó hasta allí.

—Estás de vacaciones. No tienes que hacerlo.

—Quiero hacerlo —admití antes de que continuara hablando y comprendió que hablaba en serio.

Me agradeció el ofrecimiento y rozó mi espalda al dejarme pasar cuando se abrieron las puertas.

La cercanía, el recuerdo del beso en la mejilla y la conversación de la noche anterior devolvieron la ecografía a mis pensamientos. Continuaba dentro del bolso, donde llevaba días esperando una valentía que siempre llegaba acompañada por alguna interrupción.

—Granny Mo se ha equivocado en una cosa —me confesó al entrar en el ascensor.

—¿Solo en una?

—No necesito instrucciones claras para saber que eres especial.

Las puertas se cerraron antes de que encontrara una respuesta. Permaneció a mi lado durante el descenso, y tuve que concentrarme en los números que aparecían sobre el panel para no sacar el sobre allí mismo y convertir aquella frase en el comienzo de la conversación que seguía debiéndole.

Arriba, Morag ya planeaba su regreso, su rehabilitación y una boda inexistente.

Yo aún no había sido capaz de contarle al supuesto novio que ella me había buscado que íbamos a tener un hijo.

En cierto modo, la anciana pensaría que habíamos comenzado la casa por el tejado, y así había sido.

De cualquier forma, no creía que la disgustara en lo más mínimo, pues parecía encantada conmigo.

Siendo sincera, fui hasta las Tierras Altas únicamente en busca de un padre para mi hijo, pues a esas alturas casi que creía que Cupido llevaba toda mi vida cachondeándose conmigo.

Pero cada vez que miraba a Cameron comenzaba a albergar esperanzas de que estuviera equivocada.

Capítulo 19

El alta de Morag llegó dos días después de su amenaza de llamar al ejército.

El médico exigió que permaneciera una noche más, completara otra sesión de rehabilitación y demostrara que podía desplazarse con el andador sin declarar la guerra al personal sanitario.

Cumplió las condiciones, aunque discutió cada una y consiguió que la planta entera supiera que regresaría a casa a las once de la mañana del viernes.

La noticia nos puso a trabajar desde primera hora. Iona revisó el dormitorio de la planta baja, Elspeth organizó la medicación y Laia retiró del pasillo todos los objetos con los que la dueña pudiera tropezar.

A mí me correspondió comprobar la altura de la cama, la estabilidad de los muebles y el recorrido hasta el baño; también preparé una silla con brazos, señalé los lugares donde necesitaría ayuda y guardé en una cesta las instrucciones del hospital.

—Llevas mil días buscando el momento adecuado para hablar con Cameron y ahora organizas calcetines antideslizantes —me acusó mi amiga mientras trasladaba una mesita—. Cuando termine la rehabilitación, encontrarás otra emergencia. Quizás una oveja con ansiedad o…

—La salud de Morag es lo más importante.

—Por supuesto. Una mujer de noventa y nueve años debe recuperarse antes de que tú mantengas una conversación de diez minutos.

—Acaba de operarse de la cadera y cuenta conmigo.

—También cuenta contigo para casarte con su nieto. En esa parte del tratamiento no pareces tan colaboradora.

Ajusté la mesita junto a la cama y evité responder.

No quería admitir que mi excusa resultaba cada vez más débil; la recuperación exigía atención, pero no impedía que sacara a Cameron al jardín, le entregara la ecografía y le contara la verdad.

Lo que me frenaba era el temor a perder la cercanía que creció entre nosotros, aunque seguía disfrazándolo de prudencia para no enfrentarme a mi propia cobardía.

—Se lo contaré cuando la abuela esté instalada y sepamos que se encuentra bien.

—¿Cuándo, exactamente? —Laia dejó un cojín en la butaca y empezó a enumerar con los dedos—. ¿Después de la primera caminata? ¿Cuando suba escaleras? ¿Al recuperar el carné de conducir? ¿Durante la celebración de su centésimo cumpleaños?

—No pienso esperar tanto.

—Menos mal. A ese ritmo, el niño podría comunicarlo personalmente cuando aprendiera a hablar.

Elspeth apareció con una caja de medicamentos antes de que pudiera defenderme y nos pidió que nos diéramos prisa, pues Su Majestad llegaría en breve.

Llevaba desde las siete coordinando la recepción, aunque se negó a poner flores en el dormitorio porque aseguraba que los ramos junto a una cama daban aspecto de funeral. En su lugar, colocó fotografías, el despertador de siempre y una bandeja con los artículos de tocador que reclamó desde el hospital.

—He escondido las llaves de la piscina, del coche y del cobertizo de herramientas —nos informó—. También llamé al jardinero para que no le preste ninguna escalera.

—¿Crees que intentará podar algo con el andador? —le preguntó Laia.

—No durante el primer día. Mañana empezará a aburrirse y entonces tendremos problemas.

Iona entró desde el jardín con una pizarra pequeña que pensaba utilizar para anotar la medicación y los ejercicios.

El ama de llaves la miró, negó con la cabeza y sustituyó el título de "Plan de recuperación" por "Órdenes médicas que Morag fingirá no haber recibido". Debajo añadió tres prohibiciones: conducir, nadar y subir a una banqueta en busca de cualquier cosa.

—Falta "organizar bodas ajenas" —propuso Laia.

—Esa no la respetaría aunque la escribiéramos con sangre —me aseguró Elspeth.

El sonido de un motor interrumpió los preparativos. Salimos por la puerta principal y nos distribuimos en los escalones: Iona todavía sostenía la pizarra, Laia llevaba un cojín destinado a la silla de ruedas y Elspeth aguardaba con las manos en la cintura.

Debíamos parecer un comité de recepción poco ortodoxo, pero la casa entera transmitía la expectación de quien recuperaba a su verdadera dueña.

Ewan conducía el todoterreno. Su tío ocupaba el asiento del copiloto.

Detrás venía la ambulancia, de la que descendió Morag, que apareció vestida con pantalones amplios, una chaqueta color frambuesa y un pañuelo de seda anudado al cuello. La silla de ruedas apareció de inmediato, aunque ella empezó a protestar en cuanto la vio.

—Puedo entrar andando.

—Puedes caminar unos metros con el andador y dos personas cerca —le corrigió Cameron mientras bajaba—. Desde el coche hasta el dormitorio hay demasiada distancia.

—He atravesado esa puerta durante toda mi vida sin que nadie me empujara.

—Y queremos que sigas haciéndolo cuando la cadera esté recuperada.

Su nieto desplegó la silla antes de que pudiera continuar la negociación.

Morag amenazó con desheredarlo, pero él le recordó que ya utilizó esa amenaza cuatro veces durante la semana y que empezaba a perder fuerza.

Entre ambos consiguieron sentarla; después colocaron la bolsa del hospital sobre sus rodillas y avanzaron hacia nosotras.

—¡Bienvenida, Su Majestad! —exclamó Laia, levantando el cojín a modo de saludo militar—. La guarnición está preparada y todas las posibles rutas de fuga han sido bloqueadas.

—Eso crees tú —le replicó la recién llegada—. Me alegra que sigas aquí. En el hospital temía que tu amiga se marchara con mi nieto antes de que pudiera aprobar la relación.

—No te preocupes, todavía no le ha contado ni lo más importante.

El comentario me obligó a intervenir antes de que la conversación tomara un rumbo irreparable.

Me incliné para besar a Morag y le pregunté por el viaje, el dolor y la medicación; contestó que se encontraba perfectamente, que el trayecto resultó corto y que el dolor era soportable siempre que nadie le pidiera puntuarlo del uno al diez.

—Todos los sanitarios hacéis la misma pregunta —se quejó mientras me sujetaba una mano—. El nueve parece dramático, el siete no consigue suficiente medicación y el ocho acaba siendo una negociación.

—¿Qué número has elegido?

—Ocho y medio. Soy una mujer precisa.

Cameron me saludó con dos besos y me agradeció cuanto hicimos en la casa.

Aún tenía una mano sobre el respaldo de la silla y se inclinaba cada pocos segundos para comprobar que su abuela no intentara levantarse, pero encontró tiempo para preguntarme si descansé y si había desayunado.

Laia captó la atención con la que se dirigía a mí y sonrió desde el otro lado de la entrada, satisfecha por unas conclusiones que pensaba recordarme más tarde.

Elspeth puso fin a la recepción. Ordenó a los hombres que condujeran a Morag hasta el dormitorio, mandó a Iona preparar té y nos pidió que lleváramos las bolsas; nadie discutió, ni siquiera la dueña de la casa, que reservaba sus fuerzas para batallas más interesantes.

La instalación exigió casi una hora. Primero rechazó la ubicación de la butaca, luego exigió recuperar una alfombra que retiramos para evitar caídas y, al descubrir la pizarra, quiso saber quién redactó semejante declaración de guerra.

El ama de llaves admitió la autoría y ambas discutieron sobre escaleras, piscinas y libertad individual mientras yo revisaba los medicamentos con Cameron.

—Los dos nos quedaremos hasta que se valga mejor —me explicó al guardar las cajas en un cajón—. Tendré que ir algunos días a la destilería, pero puedo trabajar desde aquí. Ewan también ha decidido instalarse.

—¿Y su boda?

—Pinta poco al respecto. En la práctica, Moira y su madre toman todas las decisiones.

Desde el pasillo nos llegó la voz de Laia, que acababa de descubrir el mismo dato y parecía dispuesta a analizarlo con mayor profundidad.

—¿Tu novia sabe que vas a convivir con dos españolas durante no se sabe cuánto tiempo? —le preguntó al futuro novio.

—Sabe que mi bisabuela se ha roto la cadera.

—No es exactamente lo mismo.

—También sabe que estáis aquí.

—¿Y no te ha pedido una fotografía, nuestros antecedentes penales y las coordenadas exactas de tu dormitorio?

—Moira está demasiado ocupada con la boda para echarme de menos. Ayer pasó tres horas eligiendo manteles y hoy prueba cinco clases de tarta.

—Qué bonito. Una pareja unida por la distancia y la mantelería.

Salí al corredor justo cuando él trataba de explicarle que su relación funcionaba así desde hacía años. Se veían cuando ambos podían, respetaban sus ocupaciones y no necesitaban informarse de cada movimiento; al parecer, la preparación de la boda multiplicó los compromisos de su novia, que se reunía a diario con proveedores, familiares o amigas.

—¿Y tú qué preparas? —quiso saber Laia.

—Mi traje.

—Eso supone escoger uno y probártelo.

—También he elegido mis zapatos.

—Un esfuerzo sobrehumano. Deberían darte unos días libres.

Ewan me miró en busca de apoyo, pero su defensa se debilitó cuando su teléfono vibró y apareció en la pantalla el nombre de Moira.

Contestó, se alejó unos pasos y adoptó una voz cariñosa mientras escuchaba una explicación interminable acerca de centros de mesa.

Prometió revisar unas fotografías, aseguró que cualquiera de las opciones le parecía preciosa y regresó con el gesto de quien acababa de superar una entrevista laboral.

—¿Ves? —nos indicó—. Todo está bien.

—Has dicho "precioso" siete veces sin saber de qué color eran las flores —observó mi amiga.

—Eran blancas.

—Una vez. Las otras seis no tenías ni idea.

Morag apareció en la puerta del dormitorio con el andador y su nieto a pocos centímetros, preparado para sostenerla.

Se negó a permanecer acostada porque, según argumentó, nadie mejoró mirando un techo; quería llegar al salón pequeño, tomar el té y empezar la partida prometida antes de que la medicación le restara capacidad para hacer trampas.

—Acabas de llegar —le recordé, acercándome—. Deberías descansar.

—He descansado muchos días en el hospital. Si duermo más, despertaré con cien años.

—Eso ocurrirá en noviembre de todas formas.

—Entonces no desperdiciemos el verano.

Comprobé que llevaba calzado cerrado, ajusté la altura del andador y le pedí que avanzara sin precipitarse.

Aceptó mis indicaciones con una docilidad tan sospechosa que Cameron me advirtió que no me dejara engañar; su abuela obedecía durante los primeros minutos para descubrir cuánto margen podía ganar después.

Recorrimos el pasillo con paciencia. Morag daba pasos cortos, concentrada en distribuir el peso y mantener la postura, aunque todavía encontraba energía para criticar que alguien moviera una mesa y preguntar quién colocó un jarrón tan feo junto a la escalera.

A mitad de camino necesitó sentarse en la silla preparada por Iona; en vez de enfadarse, respiró, aceptó el agua y me preguntó cuánto tardaría en caminar sin ayuda.

—No puedo darte una fecha exacta. Dependerá de la evolución, el dolor y el trabajo que hagas.

—Trabajaré el doble.

—No. Harás lo necesario y respetarás los descansos.

—Hablas igual que el fisioterapeuta del hospital.

—Eso se debe a que tenía razón.

—Empiezo a arrepentirme de invitarte.

—Todavía puedes echarme.

—Ni hablar. Ya estás integrada en la familia y, además, Cameron te mira de una forma muy prometedora.

Su nieto protestó desde detrás y Laia fingió interesarse por un retrato para ocultar la risa.

Morag le pidió que dejara de avergonzarse, pues a su edad debía estar preparado para que una mujer descubriera sus intenciones; luego me aconsejó que no prolongara demasiado el noviazgo, porque quería asistir a la boda, con vida, a ser posible, precisó.

—Granny Mo, no existe ningún noviazgo —insistió él.

—Entonces estáis perdiendo un tiempo precioso. ¿Qué parte no encaja?

—La parte en la que dos personas deciden si quieren estar juntas —le respondí, divertida.

—Eso se descubre durante el matrimonio. Antes todos mienten un poco.

Elspeth anunció que el té se enfriaba y consiguió trasladar el debate al salón.

Morag ocupó una butaca alta, con el andador cerca y las piernas colocadas según las indicaciones; nosotros nos distribuimos alrededor de la mesa, mientras Iona servía bebidas y Laia buscaba la baraja que utilizaron durante nuestra primera noche.

—Necesitamos cuatro jugadores —resolvió la dueña de la casa—. Martina será mi pareja. Cameron, tú jugarás con Laia; quiero comprobar si sabéis cooperar antes de confiaros una boda.

—¿Y yo? —protestó Ewan.

—Tú reparte. No confío en un hombre que llama "precioso" a siete centros de mesa sin mirarlos.

La partida comenzó entre acusaciones. Morag aseguraba que no hacía trampas, pero guardó una carta debajo de la manta, confundió a propósito el orden de los turnos y trató de convencerme de que en Escocia los comodines valían el triple.

El ama de llaves corregía cada engaño desde un sofá, sin apartar la atención de su labor de punto; llevaba décadas vigilándola y reconocía sus artimañas antes de que pudiera completarlas.

—La española juega bien —valoró mi compañera después de ganar la primera ronda—. Es inteligente, tiene paciencia y no se deja distraer por mi nieto. Cada vez me gusta más.

—¿Formaba parte de la prueba? —le pregunté.

—Todo forma parte de la prueba.

—¿Qué ocurre si no la supero?

—Te entreno hasta que lo hagas.

Cameron recogió las cartas y me dedicó una sonrisa que convirtió la broma en algo más delicado.

Desde el beso frente a mi dormitorio, nuestra cercanía crecía a través de pequeños gestos, conversaciones interrumpidas y una intimidad que ninguno se atrevía a nombrar.

Aquel día volvió a servirme agua antes de que la pidiera, acercó mi silla para dejar más espacio a Morag y rozó mis dedos al entregarme una carta.

El sobre con la ecografía permanecía en mi bolso, guardado en el dormitorio.

La partida se prolongó hasta que la fatiga de la paciente empezó a manifestarse en los movimientos.

Sus bromas seguían intactas, pero perdió interés en discutir una puntuación y se acomodó varias veces en la butaca, buscando una postura que aliviara el dolor.

Propuse terminar y, por una vez, aceptó sin resistencia; después permitió que la ayudáramos a levantarse y caminó hasta la silla de ruedas.

—Mañana llegaré andando desde mi dormitorio —me aseguró.

—Mañana harás el recorrido que corresponda.

—¿Y cuándo empezaremos a preparar mi baile para la boda?

—¿Para la de Ewan?

—Y para la vuestra.

—No hay "nuestra" —le recordé.

—Perfecto. Cameron, ya has oído a tu fisioterapeuta: ponte a trabajar.

Las risas nos acompañaron hasta el dormitorio. Entre todos la ayudamos a instalarse.

Elspeth llevó la medicación e Iona cerró las cortinas para que descansara. Antes de salir, Morag llamó a Laia y le pidió que vigilara a los hombres de la casa; uno se casaba sin enterarse de nada y el otro parecía decidido a enamorarse sin avanzar un solo paso.

—Cuenta conmigo —le prometió mi amiga—. Soy militar y me encantan las misiones imposibles.

Al regresar al pasillo, se colocó a mi lado y entrelazó un brazo con el mío.

—La salud de la abuela es lo más importante —murmuró, imitando mi voz—. Qué suerte que su tratamiento incluya campeonatos de cartas y planificación de bodas.

—Está recién operada. No puedo darle una noticia que altere la dinámica familiar.

—Claro. Esperaremos a que pueda perseguirte con el andador cuando descubra que ya lleva semanas organizando la boda de una embarazada.

—Laia…

—Hoy no te presionaré. Mañana volveré a la carga con energías renovadas.

Nos dirigimos hacia la cocina, donde los dos hombres apostaban a las carreras de caballos online. También discutían por cómo organizarse.

Cameron quería quedarse en la planta baja para oír a su bisabuela si llamaba; su sobrino prefería instalar un avisador y evitar que ella supiera dónde dormía alguien, pues podría convertirlo en servicio de habitaciones.

—Moira estará encantada cuando sepa que, además de convivir con dos españolas, vas a dormir junto al dormitorio de otra mujer —comentó Laia al entrar, muerta de la risa.

—Esa mujer tiene noventa y nueve años.

—Los celos no entienden de edades.

—Mi novia confía en mí.

—Tu novia confía en que estés demasiado lejos para opinar sobre las flores.

Él le arrojó un paño de cocina y mi amiga lo atrapó antes de que le alcanzara la cara.

La discusión continuó entre risas, con Iona proponiendo habilitar una habitación para Moira y Elspeth asegurando que cualquier mujer que quisiera casarse con un MacNair debía acostumbrarse a que esa casa absorbiera a la familia durante cada crisis.

Contemplé la escena desde la puerta. Morag descansaba al otro lado del pasillo, rodeada de personas dispuestas a cuidarla; Laia discutía con Ewan, Cameron revisaba los horarios de medicación y la casa recuperaba el bullicio que parecía corresponderle.

Me sentía acogida, necesaria y demasiado feliz para alguien que todavía ocultaba una verdad capaz de cambiarlo todo.

La salud de la abuela era importante. La excusa, en cambio, empezaba a necesitar rehabilitación.

Capítulo 20

Las bromas sobre los celos de Moira adquirieron categoría de premonición a la mañana siguiente.

Terminábamos de desayunar cuando un coche color marfil se detuvo frente a la entrada y una joven bajó del asiento trasero antes de que el conductor pudiera abrirle la puerta.

Vestía un conjunto rosa pálido, zapatos de tacón y un sombrero pequeño sujeto a un lado de la cabeza, atuendo más apropiado para una recepción diplomática que para visitar a una anciana recién operada.

Llevaba un ramo tan grande que durante unos segundos solo distinguimos las piernas bajo las flores.

El conductor sacó del maletero tres bolsas, dos cajas y un neceser rígido, lo que hizo pensar que no venía a pasar una hora. Desde el salón, Morag vio la maniobra a través de los ventanales y agarró su taza con ambas manos.

—Ahí está la futura reina de Escocia —nos anunció—. Ocultad la cubertería de plata; podría necesitarla para la boda.

Ewan salió a recibir a su prometida con una mezcla de sorpresa y resignación.

Ella dejó el ramo en brazos del conductor, subió los escalones y lo besó sin permitirle terminar el saludo; después retrocedió para examinarle la ropa, le alisó el cuello de la camisa y quiso saber por qué no llevaba el jersey azul que le favorecía más en las fotografías.

—No sabía que venías —le explicó él mientras recogía una de las cajas.

—¡Quería darte una sorpresa! Apenas he dormido pensando en la pobre Granny Mo y necesitaba comprobar en persona que todo estuviera bajo control. Además, mamá dice que una crisis familiar es el momento ideal para demostrar que ya formas parte de la familia.

—La crisis está bastante controlada.

—Eso no puede saberse desde lejos, cariño.

Laia, que contemplaba la escena desde el vestíbulo, acercó la boca a mi oído y murmuró que Moira acababa de recorrer cien kilómetros para demostrar que las videollamadas no servían para inspeccionar rivales.

Le pedí que se comportara, pero mis esfuerzos llegaron tarde; cuando la recién llegada cruzó la puerta, mi amiga ya lucía la sonrisa educada que utilizaba antes de cometer una barbaridad.

Las presentaciones resultaron peculiares.

Moira conocía nuestros nombres porque su prometido le habló de las españolas alojadas en la casa, aunque nos recibió con la sorpresa de quien esperaba encontrar dos mochileras cubiertas de barro.

Me besó en ambas mejillas, observó mi vestido durante un segundo y aseguró que resultaba "muy sencillo y muy favorecedor", una combinación que pronunció con generosidad condescendiente.

—Martina es fisioterapeuta —le aclaró Ewan cuando ella quiso saber si ayudábamos a Iona con las tareas domésticas.

—¡Qué práctico! —exclamó—. Siempre viene bien tener personal sanitario durante unas vacaciones.

—No es personal —corrigió Cameron, que acababa de salir del despacho con varios documentos—. Es nuestra invitada.

—Eso quería decir, por supuesto. Una invitada con conocimientos útiles.

Laia se presentó como sargento de la Armada española y consiguió desorientarla.

Moira la miró de arriba abajo, quizás buscando un uniforme, y le preguntó si trabajaba en un barco "de esos enormes que llevan turistas". Mi amiga respiró despacio antes de explicarle que la Armada no organizaba cruceros, salvo que los pasajeros tuvieran especial interés en operaciones militares.

—Qué emocionante —valoró la visitante—. Yo no podría, porque me mareo muchísimo si el barco no tiene estabilizadores.

—Es uno de los requisitos para defender un país: procurar que el enemigo ataque con el mar en calma.

Moira asintió, convencida de que acababa de aprender un dato profesional, y se dirigió al salón.

El ramo llegó con ella, para entonces sostenido por el conductor, y su tamaño obligó a Iona a retirar una lámpara de una mesa.

Las flores mezclaban peonías, rosas y hortensias en tonos blancos; eran preciosas, aunque bloqueaban la mitad de la habitación y desprendían un aroma capaz de anular cualquier otro.

Morag permanecía instalada en una butaca alta, con una manta sobre las piernas, el andador cerca y una baraja preparada sobre la mesa.

Recibió a su futura bisnieta política sin ninguna emoción y aceptó el beso que esta depositó en el aire, a varios centímetros de su mejilla.

—¡Estás estupenda! —celebró Moira—. Nadie diría que acabas de pasar por una operación tan importante.

—El camisón abierto por detrás ofrecía algunas pistas, pero me lo quitaron antes de salir.

—Te he traído flores.

—Ya las veo. Desde aquí no consigo ver a nadie más.

Elspeth pidió ayuda para trasladar el ramo al vestíbulo, pero la propietaria se negó porque allí impediría abrir la puerta.

Tras una breve discusión, terminó instalado en el comedor, dentro de una sopera que servía como jarrón provisional.

Su Majestad quiso saber por qué no escogió una planta, mucho más duradera y menos propensa a invadir habitaciones, pero Moira le explicó que las flores frescas expresaban mejor el cariño.

—Entonces debes de quererme tanto que intentas asfixiarme —concluyó la anciana.

La visitante rio con medio minuto de retraso, después de comprobar que los demás lo hacíamos, y abrió las cajas.

Una contenía bombones que la paciente no debía comer en exceso; otra, un camisón de seda imposible de combinar con la rehabilitación. Las bolsas guardaban revistas, velas aromáticas y una manta blanca que nadie se atrevió a colocar sobre una mujer que bebía té, utilizaba bolígrafo y acababa de exigir mermelada de frutos rojos.

—La manta es del mismo tono que los manteles de la boda —nos informó mientras extendía una esquina—. Marfil antiguo, no blanco. El blanco puro resultaba demasiado frío para noviembre.

—Anoche las flores eran blancas —le recordó Laia a Ewan.

—Ahora sé que eran marfil antiguo —le respondió con escaso entusiasmo.

—Tu crecimiento personal durante estas vacaciones es admirable.

Moira oyó el comentario y aprovechó para contarnos que la boda requería una paleta cromática muy precisa. Marfil antiguo, verde salvia, champán y un toque de oro envejecido; el oro brillante resultaba ostentoso, mientras el envejecido transmitía linaje.

Su explicación duró lo suficiente para que Elspeth sirviera el té, Iona recogiera el envoltorio de los regalos y Morag comenzara a repartir cartas sin contar con ella.

—¿Vamos a jugar? —le preguntó la prometida, sorprendida al recibir una mano.

—Estaba esperando a que terminaras la conferencia sobre mantelería. A mis noventa y nueve años, debo administrar el tiempo.

Nos sentamos alrededor de la mesa. La recién llegada quiso ocupar el asiento junto a Ewan, pero Morag ya decidió las parejas: ella jugaría conmigo, Laia con el futuro marido y Moira con Cameron.

El reparto provocó una protesta inmediata, pues la novia y el novio debían formar equipo para "practicar su conexión antes del gran día".

—Lleváis juntos desde hace demasiado —le recordó la bisabuela—. Si todavía necesitáis practicarla, quizás debamos suspender el gran día.

—Granny Mo, solo quiere sentarse conmigo —intervino él.

—Pues que lo haga durante la ceremonia. Para eso está pagando tantas flores.

La partida comenzó con reglas que nadie explicó por completo. Moira sostuvo las cartas al revés durante la primera ronda, confundió dos palos y preguntó tres veces si podía enseñar su mano para pedir consejo.

Cameron trató de ayudarla sin perder la cortesía, aunque terminó observando el techo cuando ella descartó la única carta que les permitía ganar.

—No pasa nada —lo consoló—. En casa jugamos a uno parecido, pero utilizamos fichas.

—¿Al dominó? —le pregunté.

—No, al Monopoly.

Laia dejó las cartas sobre la mesa y necesitó beber agua antes de continuar. Ewan cerró los ojos, derrotado, pero Morag no mostró compasión; quiso saber si en su familia diferenciaban las cartas de los tableros o si tendrían que organizar un curso antes de la boda.

—Los juegos nunca fueron mi fuerte —reconoció Moira—. Soy mucho más creativa.

—Ha diseñado las invitaciones —aportó su prometido, quizás para rescatarla.

—Con ayuda de una ilustradora, una calígrafa y mamá —precisó ella —. Pero la idea del sobre fue mía.

—¿Qué tiene de particular? —le preguntó Laia.

—Se abre.

Mi amiga giró la cara hacia mí, incapaz de ocultar su expresión.

Morag aprovechó la distracción para sacar una carta de debajo de la manta y ganó la ronda; cuando la acusaron de hacer trampas, defendió que la vejez consistía en cometer fraudes a plena vista y conseguir que la familia los considerara entrañables.

La mañana continuó con una sesión de ejercicios.

Ayudé a la dueña de la casa a levantarse, corregí la posición de sus manos sobre el andador y la acompañé por el salón.

Moira observaba desde una butaca, preocupada por las arrugas que podían formarse en su falda si se inclinaba, aunque ofrecía ánimo cada pocos pasos.

—¡Lo haces fenomenal! —exclamaba—. Pareces mucho más joven.

—No quiero parecer joven, quiero llegar al baño sin público —le replicó Morag.

En uno de los descansos, me tomó de la muñeca y anunció que progresaba gracias a mí. Añadió que era inteligente, trabajadora, cariñosa y justo la clase de mujer que le gustaba incorporar a la familia. Moira sonrió sin reaccionar a la indirecta; incluso me felicitó y aseguró que siempre había sitio para nuevos amigos en aquella casa.

—No hablaba de amistad —le aclaró la anciana—. Quiero que Martina se case con Cameron.

—¡Ah! —La joven pestañeó varias veces y luego compuso una sonrisa entusiasta—. Qué bonito. Podríamos celebrar las bodas juntas.

—Preferiría morirme otra vez —masculló Morag, aunque la operación no la había acercado a ese desenlace.

—No puedes celebrar dos bodas juntas —le explicó Ewan a su prometida.

—Sí se puede. He visto una película donde se casaban dos hermanas y compartían decoración. Ahorraríamos mucho en flores.

—Tú no eres hermana de Martina.

—Por eso sería todavía más original.

Cameron intervino antes de que la conversación produjera un presupuesto. Recordó a su abuela que entre nosotros no existía compromiso alguno y me pidió disculpas por aquel nuevo episodio de planificación matrimonial.

Morag ignoró las objeciones, dio otros cuatro pasos y declaró que no pensaba permitir que la falta de iniciativa masculina arruinara su centenario.

Después del ejercicio, Moira solicitó una visita por la casa.

Afirmó que quería conocer mejor la historia familiar, aunque sus preguntas se concentraron pronto en qué muebles podían trasladarse, cuántas personas cabían en el comedor y si el jardín resultaría adecuado para una sesión fotográfica previa a la boda.

Su prometido la siguió durante el recorrido con una paciencia que se agotaba a ojos vista.

En la galería de retratos se detuvo ante una fotografía antigua de Morag con una diadema de perlas.

Quiso saber dónde se guardaba, si pertenecía a la familia y si existía alguna tradición según la cual la futura esposa del bisnieto pudiera llevarla.

Elspeth respondió que la joya seguía en la caja fuerte y que la única tradición consistía en no prestársela a nadie que preguntara por ella antes de la boda.

—Solo era curiosidad —se defendió Moira.

—La curiosidad no combina con el champán y el oro envejecido —opinó Laia.

Durante el almuerzo, la prometida nos relató el plan completo de la ceremonia.

La llegada de los invitados debía producirse a las dos y doce, pues a las dos en punto parecía demasiado ordinario; un cuarteto tocaría una pieza escogida por su madre y los hombres llevarían tartán, aunque ella todavía negociaba qué tono armonizaba mejor con las flores.

También pensaba cambiarse de vestido antes del baile para mostrar una faceta "más relajada", pese a que la segunda prenda requería tres personas para abrocharla.

Ewan comía sin intervenir. Cada vez que ella le pedía opinión, respondía con una aprobación automática y regresaba al plato.

Laia, sentada enfrente, dejó de burlarse durante unos minutos y empezó a observarlo con una comprensión que no esperaba ver en su cara.

—¿Has elegido algo más de la boda, aparte del traje y los zapatos? —le preguntó al fin.

—El whisky.

—Lo eligió Cameron —rectificó Moira—. Tú escogiste la canción para entrar al banquete, pero mamá cree que deberíamos cambiarla porque empieza demasiado fuerte.

—Entonces he elegido mis calcetines.

—Todavía no. Te envié tres opciones.

Laia asintió despacio, tomó un pedazo de pan y declaró que retiraba el cincuenta por ciento de las bromas de los últimos días.

Él quiso saber qué ocurría con el otro cincuenta, y mi amiga le aseguró que continuaba mereciéndolo por aceptar una boda en la que su principal responsabilidad era aparecer vestido.

—Empiezo a entender por qué pasas de todo ese rollo —añadió en voz baja—. No lo justifico, pero ya dispongo del informe psicológico.

—Te he oído —protestó Moira desde el otro extremo.

—Perfecto, así ahorro una traducción.

La tarde ofreció nuevas oportunidades para el desastre. La visitante confundió el botón del avisador de Morag con el mando de las cortinas y llamó tres veces a Iona; trató de encender la cocina de hierro utilizando un interruptor de la pared y preguntó si la piscina se calentaba con agua caliente o mediante "algún sistema especial".

También quiso ayudar a preparar té, pero llenó el hervidor con agua mineral porque la del grifo le pareció demasiado corriente.

—El agua del grifo no sabe cuál es su clase social —le explicó la dueña de la casa—. Puedes beberla sin temor a que se siente a tu lado.

A última hora nos avanzó que pasaría unos días allí. Y que por eso vino tan equipada. Su prometido le preguntó sobre ello.

—No sabía qué ambiente tendría la casa —le respondió—. Traje ropa de campo, ropa de interior y dos conjuntos por si salíamos.

—Hay una mujer recién operada. El ambiente es de recuperación de cadera.

—Eso lo sé ahora.

Laia se acercó a él cuando Moira subió a elegir dormitorio y le dio una palmada compasiva en el hombro.

—Retiro otro veinte por ciento.

—¿De las bromas?

—Sí. Ya solo te mereces el treinta.

—Gracias.

—No te emociones. Puede volver a subir durante la cena.

Morag pidió reanudar la partida antes de descansar. Exigió que Moira volviera a ser pareja de Cameron porque quería comprobar si la práctica producía alguna mejora, pero la joven se negó; prefería jugar con su prometido y demostrar que funcionaban muy bien juntos.

Perdieron tres rondas seguidas, discutieron por una carta y terminaron acusándose de no explicar las reglas.

—Una base excelente para el matrimonio —valoró la anciana—. En pocos años podréis discutir sin cartas.

Cuando llegó el momento de retirarla al dormitorio, me llamó para que la acompañara.

Avanzamos despacio por el pasillo, con el andador y la silla detrás, mientras desde el salón llegaba la voz de Moira explicando por qué necesitaba memorizar el discurso de su boda.

—¿Ves por qué no he dicho nunca que ella me gusta para la familia? —me preguntó Morag.

—Quizás te oiga.

—Lleva años oyendo solo lo que le conviene.

—También puede estar haciéndose la tonta.

—En ese caso, merece un premio a la constancia.

La ayudé a sentarse en la cama y acomodé las almohadas. Antes de que saliera, sujetó mi mano y señaló la puerta con un movimiento de cabeza.

—Esa muchacha planea una boda. Tú podrías construir una vida. Por eso te quiero aquí.

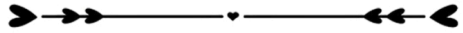
La ternura de sus palabras se mezcló con la culpa que llevaba días intentando apartar. Agradecí su cariño, le prometí que regresaría al rato y salí al corredor con la ecografía todavía escondida en mi dormitorio.

En el piso superior, Moira daba instrucciones sobre dónde debían dejar sus zapatos. En el salón, Laia consolaba a Ewan mediante insultos cada vez más afectuosos, mientras Cameron recogía las cartas y sonreía al verme regresar.

La casa acababa de ganar una invitada más.

La paciencia colectiva, en cambio, podía no sobrevivir al fin de semana.

Capítulo 21



La tormenta de verano llegó después del desayuno y descargó sobre la finca durante casi una hora, con truenos que hicieron vibrar los cristales y una lluvia tan intensa que ocultó los jardines.

Morag contempló el espectáculo desde su butaca, acompañada por Elspeth y una baraja, mientras Moira recorría la casa preguntando si aquel tiempo era normal en agosto y si existía alguna garantía de sol para un rato después.

A media mañana, las nubes comenzaron a dispersarse y una claridad brillante devolvió el color a los árboles.

El agua corría por los canalones, las hojas despedían gotas con cada ráfaga y sobre el césped aparecieron pequeños charcos que reflejaban el cielo.

Aproveché el cambio para enviarle a Cameron un mensaje breve:

Yo: "¿Puedes reunirte conmigo en el jardín dentro de diez minutos? Tengo que contarte algo".

La respuesta llegó de inmediato.

Él: "Claro. Te espero junto al invernadero".

Escribir aquellas palabras sin añadir ninguna explicación me produjo más miedo que todos los intentos anteriores.

Esta vez no podría fingir que solo quería pasear, preguntarle por la destilería o saber cómo se encontraba su abuela; lo cité expresamente para hablar y llevaba la ecografía dentro del bolsillo del chubasquero, protegida por el sobre y una funda de plástico.

Laia entró en mi dormitorio sin llamar y me descubrió comprobando por tercera vez que la imagen seguía allí.

—¿Vas a hacerlo de verdad o has organizado otra excursión para que la fresa, proyecto de melón, conozca los jardines?

—Voy a contárselo.

—Repítelo, que quiero disfrutar del momento.

—Voy a contárselo, pesada.

Abrió los brazos y me estrechó con tanto ímpetu que estuvo a punto de arrugar el sobre.

Después me separó para examinarme, cerró la cremallera del chubasquero hasta la mitad y me retiró una pequeña pelusa del hombro, ejerciendo de asistente personal para una ceremonia que llevaba esperando desde que salimos de Rota.

—Estaré pendiente desde la casa —me anunció—. Si se desmaya, le levanto las piernas; si intenta huir, lo intercepto; si reacciona mal, lo encañono.

—No tienes el arma aquí.

—Soy militar. Puedo resultar amenazadora con objetos domésticos.

—No vas a espiarnos.

—No necesito espiar. Las ventanas dan al jardín y tengo una vista excelente. Además, Morag querrá saber si debe llamar al párroco antes del almuerzo.

Me senté un momento en el borde de la cama, incapaz de evitar que todas las posibles reacciones se agolparan en mi cabeza.

Cameron podía alegrarse, enfadarse o sentirse engañado por mi demora; quizás dudara de mí, quisiera una prueba de paternidad o necesitara alejarse para entender la noticia.

También existía la posibilidad de que aquel hombre atento, familiar y deseoso de tener hijos recibiera al bebé con la misma ternura que mostraba hacia todos los suyos.

—¿Y si lo estropeo todo? —le pregunté.

—Lo que puede estropearlo es que se entere cuando tu hijo le pida dinero para la universidad.

—Hablo en serio.

—También yo. Lo has conocido, te gusta y sabes que quería ser padre, pero ninguna de esas cosas cambia que tiene derecho a conocer la verdad. Es maduro, aunque está bien bueno, hay que reconocerlo. Después podrá reaccionar y tú decidirás qué haces con su respuesta. Llevas días intentando controlar una conversación que aún no ha empezado.

Asentí, abrí el bolsillo y toqué el sobre una vez más. Mi amiga me condujo hacia la puerta, aunque antes de dejarme salir levantó un dedo con una última advertencia.

—Si en algún momento te falta valor, recuerda que cruzamos Escocia conduciendo por la izquierda para llegar hasta él. No pienso volver a Fort Augustus con el secreto intacto; tendré que tirarte al lago Ness y explicar a Borja que fue un accidente diplomático.

Bajé por la escalera y atravesé el vestíbulo sin detenerme en el salón.

Morag me vio pasar y preguntó adónde iba con tanta prisa; Elspeth respondió que las jóvenes también necesitaban asuntos privados, pero la dueña de la casa concluyó que por fin empezaban las negociaciones matrimoniales y exigió que alguien acercara su silla a una zona con mejores vistas.

Salí por la puerta lateral. El aire olía a tierra mojada y a las plantas del invernadero, cuya estructura de hierro conservaba gotas en cada cristal.

Caminé por el sendero procurando evitar los charcos, mientras el sobre rozaba mi cadera desde el bolsillo y marcaba cada paso con su presencia.

Cameron esperaba bajo un cedro, cerca de la entrada de la galería.

Llevaba pantalones oscuros, una camisa clara y la americana que reconocí antes incluso de distinguir los detalles.

La prenda permaneció semanas guardada en mi casa, viajó dentro de una funda hasta Escocia y terminó en sus manos el día que fuimos a la destilería; verla de nuevo, justo cuando iba a contarle que esperaba un hijo, me pareció una coincidencia demasiado precisa para ignorarla.

Aquella americana era el principio de todo.

Me acerqué con una emoción que volvía torpes mis movimientos. La tormenta acababa de pasar, la casa permanecía a nuestras espaldas y él llevaba la prueba que orientó mi búsqueda hasta allí.

Incluso Laia, enemiga declarada de cualquier romanticismo, tendría que admitir que el destino estaba exagerando las señales para impedir otra retirada.

—Hola —me saludó, adelantándose unos pasos—. He pensado que quizás querrías hablar bajo techo, pero después de tu mensaje no sabía si debía esperar dentro.

—Aquí está bien. Necesito aire.

—¿Ha ocurrido algo?

La preocupación apareció en su voz antes de que pudiera empezar. Negué con la cabeza y saqué una mano del bolsillo, aunque mantuve la otra alrededor del sobre.

—No ha ocurrido nada hoy. Se trata de Rota y de aquella noche. Llevo intentando explicártelo desde que llegamos a las Highlands, pero siempre surge algo y después…

—¡Aquí estabais!

La voz de Moira cruzó el jardín y detuvo mi confesión cuando apenas conseguía encaminarla.

Se acercaba por el sendero cogida del brazo de Ewan, protegiéndose de las gotas que caían de los árboles con un paraguas de cuadros.

Él no parecía especialmente satisfecho con el paseo; llevaba una cesta para recoger flores en una mano y los zapatos manchados de barro.

—Creo que quieren hablar a solas —le recordó a su prometida.

—Solo vamos a saludar. No podemos pasear por una casa llena de gente fingiendo que nadie existe.

Laia apareció detrás de uno de los cristales del invernadero y levantó ambas manos, preguntándome mediante gestos si necesitaba que interviniera.

Le indiqué que se marchara, pero interpretó mi movimiento de otra manera y se agachó para observarnos desde una posición menos visible. Su discreción militar necesitaba una investigación interna.

Moira llegó hasta nosotros, cerró el paraguas y me preguntó si también salí a comprobar los daños causados por la tormenta.

Antes de que respondiera, reparó en la ropa de Cameron y acarició la solapa con una familiaridad que me molestó más de lo razonable.

—¡Me encanta tu chaqueta! —celebró—. Siempre llevas prendas preciosas. Ewan debería pedirte consejo, porque se empeña en conservar una cazadora que compró durante la universidad.

—Esta tiene unos cuantos años —le respondió Cameron, apartándose lo suficiente para que la mano de Moira abandonara la tela —. De hecho, pensé que la perdí en España.

La mención atrajo la atención de todos. Presioné el sobre dentro del bolsillo y observé la americana, recordando el instante en que se la entregué en la destilería.

Hasta entonces no hablamos con detalle de cómo llegó a mi dormitorio; él bromeó con que cruzamos medio continente para devolvérsela y su perfume completó una explicación que ambas aceptamos sin formular más preguntas.

—¿La perdiste allí? —quiso saber Moira.

—Sí. Creí que no volvería a verla, pero Martina y Laia la encontraron y se tomaron la molestia de traerla hasta las Highlands.

—Eso es muchísima molestia por una chaqueta —valoró ella, dirigiéndome una sonrisa cuya amabilidad no alcanzó los ojos—. Podríais haberla enviado.

—No viajamos por la americana —le aclaré.

—Claro que no. Solo decía que habría sido más sencillo.

Ewan soltó una exclamación y señaló la prenda, sorprendido por algo que acababa de comprender.

—Entonces era esa.

Su tío se volvió hacia él.

—¿Qué quieres decir?

—La culpa fue mía. Te la cogí aquella noche al salir del pub. Después no recordaba dónde la dejé.

El jardín perdió de golpe cualquier belleza. Dejé de oír las gotas que caían sobre el sendero, la explicación de Moira acerca de lo fácil que resultaba extraviar una prenda después de beber y la voz de Cameron preguntando por qué nunca le contó que se la llevó.

Mis dedos se cerraron alrededor del sobre hasta doblar una de sus esquinas.

Ewan tenía la americana aquella noche. Y la americana apareció en mi dormitorio.

No quería precipitarme, pero el corazón se me puso al galope. De pronto, noté que me mareaba. Y lo siguiente que recuerdo fue que todos me rodeaban en el sofá del salón.

Capítulo 22

Subí al dormitorio al rato de volver en mí. Crucé el vestíbulo, recorrí la escalera y cerré la puerta con las manos todavía aferradas al sobre de la ecografía, cuya esquina quedó doblada dentro del bolsillo.

Laia entró detrás de mí y echó el pestillo. Había abandonado su puesto de vigilancia en cuanto me vio alejarme, aunque necesitó librarse primero de Morag, que quería saber si las negociaciones matrimoniales habían fracasado por culpa de la lluvia. O si había sido su insistencia la culpable de mi desvanecimiento.

—No te voy a preguntar si estás bien porque tienes cara de haber descubierto que el monstruo del lago Ness lleva tus cuentas bancarias —me anunció, acercándose—. Cuéntame exactamente qué ha pasado ahí fuera.

—Ewan llevaba la americana aquella noche. La de su tío. Fue él quien la llevó a mi casa.

—La dejó en tu dormitorio —concluyó, y la crudeza de la respuesta borró cualquier posibilidad alternativa—. Y eso significa…

Me quité el chubasquero, saqué la ecografía y la deposité sobre la cómoda. Necesitaba ordenar los hechos, pero cada recuerdo abría una duda nueva.

—Yo estaba segura de que era Ewan antes de venir —le recordé—. No tuve ninguna duda hasta que conocimos a Cameron, le devolvimos la americana y…

—Lo sé. Tampoco le preguntamos si se acostó contigo.

Laia recorrió el dormitorio, se detuvo ante la cómoda y observó la imagen que llevaba semanas viajando con nosotras. Ya no bromeaba. El cambio afectaba al padre del bebé, pero también a cuanto empezó a surgir entre Cameron y yo; había estado a punto de anunciarle un hijo que podía pertenecer a su sobrino, mientras su prometida paseaba a pocos metros pensando en flores color marfil antiguo.

—Necesitamos hablar con Ewan antes de sacar conclusiones —resolvió—. A solas, sin su novia, sin su tío y sin una anciana organizando un bautizo desde la planta baja.

—Moira no lo pierde de vista.

—Eso déjamelo a mí. Le preguntaré por la boda y, cuando empiece a hablar, tendrás un buen rato garantizado.

—¿Y Cameron?

—Está con su abuela. Después del ejercicio pensaban revisar la medicación con Elspeth. Solo tienes que encontrar al otro y preguntarle dónde terminó aquella noche.

La posibilidad de formular la pregunta me revolvió el estómago. Hasta entonces pude protegerme detrás de indicios, lagunas y suposiciones; enfrentarme a Ewan significaba escuchar una respuesta definitiva, quizás admitir que viajé hasta Escocia buscando al hombre correcto y lo confundí después con otro por una cadena de objetos prestados.

—¿Y si lo admite?

—Le cuentas lo del embarazo.

—Está prometido.

—También lo estaba cuando fue a tu casa. Ese problema es suyo y de Moira; el bebé, en cambio, es tuyo y tiene derecho a saber que existe.

La firmeza de su respuesta me ayudó a levantarme. Guardé la ecografía en el bolso, me lavé la cara y esperé junto a la puerta mientras mi amiga bajaba a preparar la distracción.

Cinco minutos después me envió un mensaje: "Objetivo rosa localizado. Voy a preguntarle si el champán combina con el marfil prehistórico. Sal ahora".

Encontré a Moira en el salón con tres muestrarios extendidos sobre la mesa y a Laia inclinada sobre ellos, fingiendo un interés heroico.

La novia explicaba que el verde eucalipto no debía confundirse con el verde salvia, pues uno tenía un matiz frío que podía perjudicar las fotografías.

Ewan aprovechó la conversación para escapar por una puerta lateral y se dirigió hacia la parte trasera de la casa con dos tazas vacías.

Lo seguí hasta una pequeña despensa situada junto a la cocina. Depositó la vajilla en una bandeja, abrió un armario en busca de café y se volvió al oírme entrar.

La expresión con la que me recibió cambió al reconocerme; el rubor le cubrió las mejillas y llegó hasta las orejas antes de que pronunciara una sola palabra.

—Tenemos que hablar —le advertí, cerrando la puerta.

—Lo imaginaba.

—¿Estuviste en mi casa aquella noche?

Bajó la vista hacia la taza que aún sostenía y pasó el pulgar por el borde. No trató de ganar tiempo mediante una broma ni fingió no entender a qué me refería; asintió y dejó la porcelana sobre la bandeja antes de contestarme.

—Sí. Claro que estuve…

La confirmación me obligó a sujetarme al tirador de la puerta. No necesitaba reconstruir más: él envió los mensajes, subió a mi dormitorio y salió de allí dejando la americana.

—¿Tú no lo recuerdas? —me preguntó, desconcertado—. Pensé que solo evitabas hablar del tema. Vaya chasco…

—¿Un chasco?

—No quería expresarlo así. Solo… creía que lo recordabas. —Se frotó la nuca y retrocedió hasta el mueble—. Pensarás que soy un sinvergüenza porque tengo novia, y no voy a defenderme. Lo que hice estuvo mal. Moira y yo pasábamos una época complicada, bebí demasiado y tú me gustaste desde que llegamos al bar.

—No voy a entrar en tu relación. ¡Maldito seas, Ewan! ¿Cómo no me lo dijiste antes?

—¿Cuándo? Desde que aparecisteis en Fort Augustus apenas conseguí hablar contigo a solas. Además, actuabas de una forma extraña cada vez que me acercaba y pensé que te arrepentías. Luego te vi con Cameron, vi cómo lo mirabas y entendí que habías venido por él.

—Vine a buscarte a ti.

—¿A mí? ¿Y qué pretendías?

—Nada de esto tiene sentido. Quien me escribió desde la calle utilizó el teléfono de Cameron.

—Lo utilicé yo.

—¡El mensaje salió de su número!

—Mi móvil se estaba quedando sin batería y me llevé el suyo cuando te seguí, por eso le cogí la americana: lo tenía en el bolsillo. Todos habíamos bebido mucho. Por la mañana, se lo devolví con la conversación borrada. Pero no había ni rastro de la chaqueta. Normal…

Recordé la pantalla iluminada junto a mi cama, los mensajes enviados a una hora que no volví a revisar y la llamada que realizamos semanas después desde Fort Augustus. El número siempre perteneció a Cameron, pero la persona que lo utilizó aquella noche fue Ewan.

—Y el perfume —añadí, aferrándome al último detalle—. Olías igual que él. Reconocí ese aroma en cuanto Cameron me saludó.

Su desconcierto cedió ante una comprensión tardía.

—También utilicé el suyo.

—¿Qué?

—El perfume. Estaba en el baño de nuestro alojamiento. Mi tío siempre ha tenido mucho gusto y…

Lo contemplé sin poder aceptar la precisión de aquel desastre. El teléfono era de su tío, la americana era de su tío y el perfume también; no conservaba ni un solo objeto propio que permitiera distinguirlo de otro hombre después de una noche que el alcohol borró casi por completo.

—¿No tienes nada tuyo? —le espeté—. ¿Saliste vestido con tu ropa al menos o también se la pediste a Cameron?

La culpa deformó un instante su expresión, aunque se refugió en el humor con la misma facilidad que mostraba desde que nos reencontramos.

—Tengo una novia muy pija y bastante pesada. Esa sí es mía.

—¡No quiero bromas!

El tono de mi voz lo hizo abandonar cualquier intento de quitarle gravedad a la conversación. Cerró el armario que dejó abierto y avanzó un paso, pero levanté una mano para impedir que se acercara.

—Tienes razón —admitió—. Perdona. Estoy nervioso y digo estupideces cuando no sé qué hacer.

—Pues empieza por escucharme, porque no crucé media Europa solo para devolver una americana.

—¿Qué ocurre?

La ecografía seguía dentro del bolso, pero no necesité sacarla. Llevaba semanas imaginando una confesión cuidadosa, con explicaciones, fechas y tiempo para asimilarla; después de descubrir todas las mentiras involuntarias que construyó aquella noche, las palabras salieron sin ningún adorno.

—Estoy embarazada.

Me observó varios segundos, incapaz de relacionar la noticia conmigo, con él o con la conversación que manteníamos.

Sus ojos descendieron hacia mi abdomen y volvieron a mi cara, mientras la boca se le entreabría sin llegar a formular una respuesta.

—¿De quién? —consiguió preguntarme.

La bofetada sonó antes de que pensara en darla. Mi palma le cruzó la mejilla y le volvió la cara hacia un lado; el golpe me dolió en los dedos, aunque la rabia impidió que retirara la mano con rapidez.

—¡De ti!

Ewan llevó una mano a la zona enrojecida y me miró con los ojos muy abiertos.

—Lo siento. Dios, lo siento… No quería preguntarte eso. Me he quedado en shock y no he entendido nada.

—¿Qué parte no entiendes? Estuviste en mi casa, nos acostamos y ahora estoy embarazada. No existe un acertijo.

—Pero usamos preservativo. Siempre lo uso.

—Encontré un envoltorio. No tengo ningún recuerdo que me permita certificar lo bien que lo utilizaste ni si ocurrió más de una vez.

—Joder, eso también es verdad. Íbamos hasta arriba de alcohol.

El color desapareció de su rostro. Buscó una silla, pero la despensa no ofrecía ninguna, de modo que apoyó ambas manos sobre la mesa y respiró varias veces antes de volver a hablar.

—¿De cuánto estás?

Le respondí, hizo el cálculo y cerró los ojos. La fecha coincidía, y ambos lo supimos sin necesidad de consultar un calendario.

Después quiso saber si estaba bien, si el embarazo evolucionaba con normalidad y si ya me atendía un médico; las preguntas se atropellaban, mezcladas con disculpas y frases que dejaba sin terminar.

—El bebé está bien —le aclaré—. Yo también. Vine para encontrarte y contártelo, pero cuando llamamos al número respondió Cameron.

—Mi tío no sabe que fui a tu casa.

—¿Seguro?

—No se lo conté. No podía admitir que engañé a Moira después de pasar toda la noche escuchándolo hablar de su divorcio.

—¿Y tampoco se te ocurrió aclararlo cuando nos viste en Fort Augustus?

—Me asusté. —Por primera vez, su descaro desapareció por completo—. Pensé que venías a buscarme, pero enseguida te vi con él y decidí que me equivocaba. Luego aparecía Moira en cada conversación sobre la boda, tú no mencionabas Rota y yo preferí creer que querías olvidarlo.

—Preferiste lo más cómodo para ti.

—Sí.

La admisión no me alivió. Saqué la ecografía y la dejé sobre la mesa, entre las tazas vacías. Se inclinó hacia la pequeña imagen gris, pero no se atrevió a tocarla; leyó mi nombre, la fecha y las semanas de gestación, luego retrocedió con una respiración quebrada.

—¿Ese es…?

—Tu hijo.

La palabra terminó de desarmarlo. Se cubrió la boca con una mano y volvió a mirar la fotografía, atrapado entre la incredulidad y un miedo que no sabía esconder.

Quiso pedirme perdón otra vez, pero negué con la cabeza; no estaba preparada para consolarlo ni para convertir su desconcierto en el centro de aquella conversación.

—Necesito salir de aquí —le advertí—. No le cuentes nada a nadie hasta que decida qué hacer.

—Martina, espera. Tengo que…

—Tienes que pensar. Yo llevo semanas haciéndolo.

Abrí la puerta y regresé al corredor. Desde el salón llegaba la voz de Moira describiendo el tamaño exacto que debían tener las cintas de las invitaciones, mientras Laia respondía con preguntas cada vez más extravagantes para retenerla.

Pasé junto a ellas sin detenerme y subí la escalera, momento en el que mi amiga le cortó el rollo a la otra, dejándola con la palabra en la boca.

Me alcanzó dentro del dormitorio y cerró la puerta.

—¿Era él?

Asentí. No encontré una manera menos brutal de pronunciarlo.

—Fue Ewan. Subió a mi casa, utilizó el teléfono de Cameron, se puso su perfume y se llevó su americana. Todo era prestado, Laia. Cada maldita pista pertenecía a otro hombre.

Se sentó a mi lado y me tomó ambas manos. Durante unos segundos permanecí concentrada en el escozor de la palma con la que lo abofeteé, hasta que la magnitud del descubrimiento terminó de imponerse.

Había viajado buscando a Ewan, me convencí después de que Cameron era el padre y empecé a enamorarme del hombre equivocado dentro de una familia que ya me recibía como una más de los suyos.

—¿Se lo has contado? —me preguntó.

—Sí. Lo primero que hizo fue preguntarme de quién.

—Dime que le has cruzado la cara.

Le enseñé la mano enrojecida.

—¡Gracias a Dios! Por un instante temí que el embarazo te hubiera vuelto demasiado pacífica.

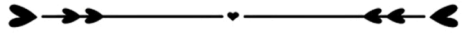
La broma apenas consiguió arrancarme una exhalación. Apoyé las manos sobre el vientre, todavía plano bajo la ropa, y contemplé la ecografía que recogí de la despensa.

—¿Qué voy a hacer ahora?

—Lo mismo que antes: cuidar de ti y del bebé. Lo demás tendrá que esperar hasta que puedas pensarlo sin querer asesinar a un escocés con objetos prestados.

La certeza se asentó despacio, reorganizando cada recuerdo y destruyendo todos los planes que imaginé durante aquellos días. Ewan era el padre de mi bebé.

Capítulo 23



Entré en el salón cuando Elspeth acababa de anunciar que la cena estaba servida.

No había pasado un buen día. Me lavé la cara dos veces, cambié de vestido y ensayé ante el espejo una expresión que pretendía parecer normal, aunque Laia aseguró que recordaba a una delincuente poco habituada a los interrogatorios.

La organización de los asientos tampoco colaboró. Morag ocupaba la cabecera, instalada en una silla alta con dos cojines y el andador a su derecha; Cameron se sentó frente a mí, Ewan quedó a mi lado y Moira escogió el lugar contiguo al suyo después de desplazar discretamente una silla que no le convenía.

Mi amiga ocupó el otro extremo, desde donde podía vigilar al futuro padre, a su prometida y cualquier posible salida de emergencia.

—Qué mesa tan bonita —celebró Moira mientras extendía la servilleta sobre su regazo—. El mantel tiene un tono precioso. Se parece muchísimo al burdeos imperial que elegimos para los detalles de la boda.

—Es rojo —la corrigió Morag—. Lleva en esta casa más años que tú y nunca ha aspirado a pertenecer a la realeza.

Elspeth sirvió una crema de verduras y consiguió entretenernos durante los primeros minutos con una discusión acerca de la cantidad de sal.

Morag consideraba que la comida para convalecientes estaba diseñada por personas enemigas del gusto; Cameron le recordó las indicaciones del hospital y ella sostuvo que llegar a los noventa y nueve años le concedía derecho a ignorar a cualquiera que todavía conservase sus propios dientes.

Me habría reído en otras circunstancias.

Aquella noche, sin embargo, apenas conseguía sostener la cuchara sin ser consciente de que Ewan estaba sentado a menos de medio metro.

No volvió la cabeza hacia mí ni una sola vez, pero mantenía los hombros rígidos, partía el pan en pedazos cada vez más pequeños y bebía agua con una frecuencia que habría preocupado a cualquier urólogo.

Cameron, en cambio, no dejaba de observarme.

No lo hacía de manera indiscreta. Levantaba los ojos cuando creía que yo no iba a advertirlo, demoraba la atención unos segundos y regresaba al plato en cuanto lo descubría.

Su desconcierto resultaba evidente desde el incidente de la americana en el jardín; esperaba una explicación sobre la conversación que quise mantener con él y mi segundo mareo en poco tiempo. Además, debía de preguntarse por qué me encerré con su sobrino poco después.

Laia percibió el intercambio y me lanzó una mirada de advertencia desde el otro extremo.

Luego señaló a Cameron con la cuchara, me señaló a mí y contrajo el rostro en una mueca que significaba “haz algo”.

Respondí con una mínima negación, porque no estaba preparada para afrontar otra confesión en el mismo día y, sobre todo, porque necesitaba averiguar primero qué pretendía hacer el hombre sentado a mi lado.

—¿Te encuentras bien? —me preguntó Cameron cuando Elspeth retiró los cuencos.

Todas las cabezas se volvieron hacia mí, incluida la de Ewan.

—Sí, solo estoy cansada. Pero ya bien.

—Llevas un rato sin probar la comida.

—La he probado.

—Has removido la crema hasta enfriarla —precisó, dejando los cubiertos sobre el plato—. No es exactamente lo mismo.

—Tal vez no le gustaba —intervino Moira—. A mí me pareció deliciosa, aunque le habría añadido un poco de nata y unas semillas. En el menú de la boda tendremos una parecida, pero servida en vasitos. No será crema, claro, porque resulta demasiado informal; será un sorbo de calabaza.

—¿Y si alguien quiere beber más de un sorbo? —le preguntó Morag.

—Podrá coger otro.

—Entonces serán dos sorbos de calabaza. Una cena inolvidable.

La aparición de una fuente de pescado desvió la conversación, pero no alivió la atención que Cameron me dedicaba.

Preguntó si tenía calor, si el dolor de cabeza había regresado y si quería que abrieran una ventana.

Contesté a todo con una paciencia que disminuía a la misma velocidad que la de Laia, quien terminó por clavarle una mirada severa.

—Está bien —le aseguró—. Martina pone esa cara cuando tiene muchas cosas en la cabeza.

—Parece que las tiene también en el estómago —apuntó Morag.

La cuchara de mi amiga chocó contra el borde del vaso.

—¿Perdón?

La anciana cortó un trozo de pescado, lo examinó y lo apartó porque encontró una espina minúscula. Después levantó la atención hacia mí con la naturalidad de quien se dispone a preguntar si desea alguien más pan.

—¿Qué tal va tu embarazo, querida?

Laia expulsó la sopa que todavía conservaba en la boca, aunque la crema pertenecía al plato anterior y nadie entendió dónde consiguió almacenarla durante tanto tiempo.

Parte aterrizó sobre el mantel; otra alcanzó la manga de Ewan, que ni siquiera reaccionó, pues su rostro acababa de adquirir el mismo color del vino servido junto a su plato.

Cameron dejó caer el tenedor. El metal golpeó la porcelana, rebotó sobre la mesa y terminó en el suelo, pero no se agachó a recogerlo.

Tenía los labios separados, una mano cerrada alrededor de la servilleta y los ojos puestos en mí con una mezcla de incredulidad y algo más difícil de soportar.

Moira tardó dos segundos en comprender la pregunta y otros tres en iluminarse.

—¡Estás embarazada! —gritó con tal entusiasmo que Su Majestad se llevó una mano al audífono—. ¡Qué maravilla! ¡No sabía que tuvieras novio!

Elspeth apareció desde el pasillo atraída por el estruendo, contempló la sopa sobre el mantel y decidió permanecer cerca. Iona, que traía una cesta de pan, retrocedió hasta quedar protegida por el marco de la puerta.

—¿Cómo lo sabes? —le pregunté a la anciana, aferrada a una cuestión inútil porque las verdaderamente importantes podían incendiar la casa.

—He criado hijos, nietos y bisnietos. Reconozco a una embarazada cuando la veo rechazar vino, quedarse dormida después del almuerzo y mirar el pescado con deseos de denunciarlo. Además, llevas varios días tocándote el vientre cada vez que te preocupas. Y, para colmo, ese mareo de hoy.

Bajé la mano. La había colocado allí sin darme cuenta.

—Podías habérmelo preguntado en privado.

—Lo intenté esta tarde, pero Moira entró en mi dormitorio para enseñarme fotografías de centros de mesa. Después pensé que quizás todos debíamos conocer la noticia, puesto que lleváis una semana comportándoos como miembros de una compañía de teatro pésima.

—Granny —la reprendió Cameron, sin apartar la atención de mí—, esto no es asunto nuestro.

—Todavía no sabemos de quién es asunto.

—¡Qué emoción! —Moira juntó las manos debajo de la barbilla—. ¿De cuánto estás? ¿Sabes ya si es niño o niña? ¿Tu novio es español? ¡Podrías casarte antes de que nazca! No conviene esperar demasiado por el vestido, porque luego resulta dificilísimo disimular la barriga.

Laia se limpió la boca y me miró con desesperación.

—Perdona —murmuró—. He fallado en mi única misión.

—¿Qué misión? —quiso saber Cameron.

—Conseguir que nadie escupiera durante la cena.

Ewan continuaba mirando su plato. Tenía una mancha de crema en la manga, los nudillos blancos y una gota de sudor cerca de la sien. Deseé obligarlo a levantar la cabeza, pero también quise salir de allí antes de que la pregunta inevitable encontrase voz.

Morag se encargó de formularla.

—¿Quién es el padre?

—Eso no tienes que preguntárselo —protestó Cameron.

—Alguien tendrá que hacerlo, porque aquí nadie parece dispuesto a pronunciar una palabra útil.

—Yo… —empecé, aunque la garganta se me cerró antes de completar la frase.

—Soy yo.

La voz de Ewan sonó baja, pero alcanzó cada rincón del comedor. Alzó por fin el rostro y miró primero a su bisabuela, después a Cameron y, al final, a la mujer con la que planeaba casarse.

Moira conservó las manos unidas durante unos segundos, con la sonrisa todavía dibujada; luego las separó despacio y se volvió hacia él.

—¿Qué acabas de decir?

—El bebé es mío —repitió—. Martina y yo estuvimos juntos una noche en España.

La alegría abandonó la cara de su prometida. Sus facciones parecieron reorganizarse hasta dar paso a una expresión que no le conocíamos y que, por primera vez desde su llegada, no tenía nada de distraída ni superficial.

—¿Una noche? —pronunció cada palabra con un cuidado feroz—. ¿La noche del pub? ¿La que no conseguí localizarte?

Ewan abrió la boca, pero no encontró una respuesta capaz de mejorar aquello.

—¡Eres un hijo de puta!

Iona dejó caer la cesta de pan. Moira se levantó con tanta fuerza que la silla arañó el suelo y estuvo a punto de volcar. El rubor le cubría el cuello, respiraba por la boca y apretaba los puños contra la falda rosa pálido que esa mañana parecía diseñada para una audiencia real.

—¡Llevamos mil años juntos! —le gritó—. ¡O casi! Mi madre ha encargado trescientas cincuenta servilletas bordadas con nuestras iniciales, he probado veinte tartas y llevo seis meses buscando un tartán que no haga parecer enfermos a los padrinos. ¿Y tú te acuestas con una desconocida en España?

—Moira, déjame explicártelo.

—¿Explicarme qué? ¿Que tropezaste y aterrizaste desnudo en su cama? ¡Maldito cerdo, embustero y… y escroto con piernas!

Laia se inclinó hacia mí.

—Reconozco que esa última ha tenido mérito.

—No es el momento.

—No, pero ha tenido mérito.

Moira giró la cabeza al oírnos y dirigió toda su furia hacia mí.

—Y tú… ¿Viniste hasta aquí para buscarlo? ¿Te instalaste en casa de su familia sabiendo que estaba prometido? ¿Te pareció divertido sentarte a mi lado mientras te hablaba de la boda?

—No sabía que era él hasta esta tarde —le expliqué, levantándome también—. Creía que el padre era otra persona.

Cameron contrajo el rostro y algo cambió en su expresión, aunque la conmoción general no permitió detenerse en ello.

—¡Claro! —se burló Moira—. No sabías quién te dejó embarazada, pero decidiste recorrer media Europa para averiguarlo. Qué historia tan elegante.

—Cuidado —le advirtió Laia desde su asiento.

—¿Cuidado con qué? ¿También vas a escupirme?

Mi amiga apartó la servilleta, se puso en pie y rodeó la mesa. No levantó la voz; tampoco fue necesario.

—Puedes insultar a tu novio durante toda la noche y, si necesitas vocabulario, te presto una lista. A Martina no vuelves a faltarle al respeto. Llegó aquí buscando al hombre que creía responsable, no sabía que Ewan tenía novia cuando estuvo con él y acaba de descubrir la verdad hace unas horas.

—¡Estás en mi país y en la casa de mi familia política!

—Soy sargento de la Armada española. Las fronteras no me quitan las ganas de defender a una amiga y esta familia todavía no es política tuya; después de lo que acabamos de oír, lo mismo las servilletas bordadas terminan convertidas en trapos para el polvo.

—Laia —le pedí, sujetándola por el brazo.

—Estoy siendo diplomática. Si dejo de serlo, Elspeth tendrá que explicar a los sanitarios por qué una novia cabe dentro de una sopera.

La aludida examinó el enorme ramo colocado en el comedor y asintió con prudencia, quizás calculando las dimensiones.

—¡Esto es una locura! —Moira recogió el bolso del respaldo y señaló a Ewan con un dedo tembloroso—. La boda se acabó. ¿Me oyes? ¡Se acabó! Y vas a pagar hasta la última factura, incluidas las palomas.

—¿Qué palomas? —le preguntó él, desconcertado.

—¡Las de la salida de la iglesia!

—Me dijiste que serían pétalos.

—¡Mamá cambió de opinión el martes!

—Me parece una decisión sensata —intervino Morag—. Al menos las palomas se han librado.

Moira soltó una blasfemia que logró elevar las cejas de la anciana y salió del comedor. Ewan la siguió hasta el vestíbulo, donde continuaron los gritos, el ruido de maletas arrastradas y una discusión acerca de quién debía llamar al conductor. La puerta principal se cerró con tal violencia que varias copas vibraron en la vitrina.

Capítulo 24

Desde la calle llegó el ruido del motor del coche. Un minuto después, los faros recorrieron los ventanales y desaparecieron al final del camino.

Morag negó despacio con la cabeza.

—Tantas horas escogiendo manteles para terminar sin novio antes del postre.

Nadie se rio. Cameron seguía sentado, con el tenedor en el suelo y el rostro vuelto hacia mí. La incredulidad inicial dio paso a una rigidez dolorosa que me impidió sostenerle los ojos más de unos segundos.

Ewan regresó al comedor sin su prometida. Tenía la respiración agitada y el cabello mojado por la lluvia que todavía caía desde los árboles.

—Se ha ido —nos comunicó.

—Esa parte la habíamos deducido —repuso su bisabuela.

—Quiero que sepáis que voy a hacerme cargo del bebé —añadió, dirigiéndose a mí—. No sé todavía qué significa eso ni cómo vamos a organizarlo, pero no pienso desaparecer. Es mi hijo y asumiré mi responsabilidad.

—Hablaréis mañana —decidió Laia—. Esta noche ya has provocado suficientes acontecimientos para llenar tres bautizos y un consejo de guerra.

Miré a Morag y sentí que la vergüenza me pesaba más que el cansancio.

—Perdóname. No quería traer todo esto a tu casa y mucho menos ahora, cuando deberías preocuparte solo por recuperarte. Nos iremos mañana por la mañana.

La anciana frunció el ceño.

—Yo no te he pedido que te marches.

—Pero necesito hacerlo. Esto ha sido demasiado.

—A mis años, pocas cosas son demasiado. Aunque reconozco que una novia abandonada, un embarazo secreto y Laia amenazando con introducir a alguien en una sopera han convertido la cena en algo más animado de lo previsto.

—Aun así, me iré mañana —insistí—. Gracias por todo lo que has hecho por nosotras.

Abandoné el comedor antes de que pudiera discutirlo. Crucé el vestíbulo, salí por la puerta lateral y bajé los escalones hacia el jardín, donde la tierra todavía desprendía el olor húmedo de la tormenta.

Necesitaba alejarme de la mesa, de Ewan y del mantel manchado; sobre todo, necesitaba dejar de recordar la cara de Cameron al escuchar que estaba embarazada.

Lo oí salir poco después. Cerró la puerta con cuidado y avanzó por el sendero hasta alcanzarme cerca del invernadero.

—Martina, espera.

Detuve el paso, aunque tardé en volverme. La americana se le había quedado dentro y llevaba solo la camisa, con las mangas dobladas y una mancha de vino cerca del puño. Parecía agotado, pero la confusión dominaba cualquier otro gesto.

—No entiendo nada —me confesó—. Hace unas horas me citaste en el jardín, estabas nerviosa y pensé que querías contarme algo sobre nosotros. Ahora descubro que estás embarazada de Ewan.

—Lo siento.

—No quiero otra disculpa. Necesito que me expliques qué ha ocurrido.

Respiré hondo y reuní los hechos en el orden más sencillo que encontré.

—Cuando desperté después de aquella noche en Rota, apenas recordaba nada. Encontré esa americana en mi dormitorio, reconocí el perfume y conservaba mensajes enviados desde un teléfono desconocido. Al principio creí que había estado con Ewan, pero, cuando llegamos aquí y volví a verte, todas las pistas parecieron señalarte a ti.

Parpadeó varias veces antes de comprender el alcance de mis palabras.

—¿Pensabas que el bebé era mío?

—Sí.

—¿Desde cuándo?

—Desde el día en que nos recibiste en la destilería. Por eso no te dije nada al llegar.

—Pero, de ser así, me habría encantado saberlo.

—Lo siento. Vine hasta Escocia buscando a Ewan, pero después pensé que me había confundido de hombre y no sabía cómo explicártelo. Quise conocerte antes, averiguar quién eras… y cada día resultaba más difícil encontrar el momento.

—¿La conversación del jardín era para decírmelo?

Asentí.

Cameron se pasó una mano por la nuca y dio unos pasos hacia un banco mojado, aunque descartó sentarse al comprobar su estado.

La sorpresa cedió terreno a una herida más íntima, visible en la forma en que apretó la mandíbula antes de mirarme otra vez.

—No sabes cuánto lo lamento. Me gustas, me gustas mucho.

Aquello me dolió más que cualquiera de los gritos de Moira.

—También quería decirte que me gustabas —admití—, pero primero debía confesarte que creía estar embarazada de ti.

—Y entonces descubriste que el padre era mi sobrino, por el comentario de la americana.

—Y ahora sé que se llevó tu americana, utilizó tu teléfono y se puso tu perfume.

—Eso explica por qué me mirabas de aquella manera cada vez que mencionaba Rota —murmuró—. Y por qué me preguntabas por mi divorcio, por los hijos, por lo que habría hecho si…

Interrumpió la frase y volvió la cara hacia la casa. A través de los ventanales se distinguía a Ewan recogiendo los platos mientras Laia le señalaba algo con una autoridad que no prometía clemencia.

—No pretendía engañarte —le aseguré—. Estaba aterrada. Cuando empecé a conocerte, dejaste de ser un desconocido al que debía comunicarle un embarazo y te convertiste en alguien que me importaba. Eso lo complicó todo.

—Sí, lo ha complicado bastante.

—Perdóname.

Esta vez no rechazó la disculpa, aunque tampoco intentó aliviarla. Permaneció a unos pasos de mí, con los hombros vencidos por una noticia que no le correspondía y que, sin embargo, también le había alcanzado.

—¿Te gusta Ewan? —me preguntó al fin.

—No. Apenas lo conozco y, después de lo ocurrido, no sé siquiera si me cae bien. Es el padre de mi hijo; nada más.

Asintió y tomó aire antes de señalar la puerta.

—Deberías entrar. Hace frío y llevas el vestido húmedo por abajo.

—Mañana nos marcharemos.

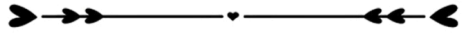
—Hablaremos antes —me pidió—. Esta noche no puedo ordenar todo esto, pero no quiero que desaparezcas mientras dormimos.

Acepté, aunque ignoraba qué podía quedar por ordenar entre nosotros. Regresó a la casa primero y sostuvo la puerta para que pasara; al cruzar a su lado, reconocí el perfume que había iniciado toda aquella confusión.

Por desgracia, ya sabía con absoluta certeza que nunca había estado en mi dormitorio.

También comprendí que eso no impedía que fuese el hombre al que más daño acababa de hacer.

Capítulo 25



Dormí poco y mal. Cada vez que cerraba los ojos regresaban la cara de Cameron al conocer la noticia, los gritos de Moira y la confesión de Ewan ante toda la familia; cuando conseguía apartarlos, aparecía Morag preguntándome por el embarazo con la misma sencillez con la que habría pedido que le sirvieran agua.

Laia tampoco descansó demasiado. La oí levantarse varias veces en la habitación contigua y, poco después de las siete, llamó a mi puerta con dos tazas de té y el convencimiento de que debíamos marcharnos antes del desayuno.

—He estudiado las rutas de evacuación —me anunció mientras dejaba una taza sobre la mesilla—. Si salimos por la puerta principal, tendremos que despedirnos. Si utilizamos la cocina, Elspeth nos detendrá. También podemos bajar las maletas por una ventana, pero estás embarazada y yo tengo dignidad.

—Nos despediremos.

—Eso significa lágrimas, reproches y una anciana intentando retenernos mediante una lesión de cadera.

—No pienso irme a escondidas después de todo lo que ha hecho por nosotras.

Laia se sentó a los pies de la cama y observó la maleta abierta. Apenas guardé la mitad de la ropa durante la noche; la otra continuaba repartida sobre una silla, dentro del armario y debajo de una almohada donde encontré un calcetín que llevaba dos días buscando.

—¿Y Cameron? —me preguntó.

Doblé una camiseta con más atención de la necesaria.

—También me despediré de él.

—No era esa la pregunta.

—Es la única respuesta que tengo.

Mi amiga quiso insistir, pero alguien llamó a la puerta antes de que pudiera hacerlo. Cameron esperaba al otro lado, vestido con pantalón oscuro y una camisa azul cielo que le sentaba de maravilla; llevaba dos tazas más en una bandeja, prueba de que aquella casa pretendía resolver cualquier catástrofe mediante una sobredosis de té.

—Necesito hablar con vosotras antes de que os marchéis —nos pidió.

—Ya tenemos té —le informó Laia—. Si esto continúa, tendré que requisar un baño para uso exclusivo.

—La abuela quiere desayunar con todos. Ewan también está abajo.

—Qué reunión tan apetecible —valoró—. ¿Habrá prometidas traicionadas o hoy descansamos?

Cameron no respondió a la provocación. Dirigió la atención hacia mi equipaje y la preocupación le endureció las facciones.

—No tenéis que iros.

—Creo que es lo mejor —le expliqué.

—La situación es complicada, pero marcharte ahora no va a hacerla desaparecer. Mi abuela cuenta contigo para la rehabilitación y nosotros podemos organizarnos sin que tengas que renunciar a tus vacaciones.

—Ya no son unas vacaciones.

—Entonces quedaos unos días, al menos hasta decidir qué quieres hacer.

Laia me cedió la respuesta con un movimiento de la mano. Parte de mí deseaba aceptar, cerrar la maleta y fingir que aún podía recuperar las horas anteriores; la otra necesitaba alejarse de aquella casa antes de descubrir cuánto me dolía encontrar a Cameron en cada habitación.

—No puedo —admití—. Necesito ordenar mi cabeza y aquí no voy a conseguirlo.

Bajó la vista durante unos segundos. Después tomó mi maleta antes de que pudiera impedírselo y salió al corredor.

—Desayunad primero —nos pidió—. Si después seguís queriendo marcharos, Ewan os llevará a Fort Augustus.

Imaginaba que, si no nos llevaba él mismo, no era por falta de ganas. Cameron no parecía ni mucho menos enfadado conmigo.

Su rictus era muy serio porque la ocasión lo requería, pero no había reproche en él. Más bien era porque la despedida le dolía.

El comedor conservaba pocas señales del desastre. El mantel color vino desapareció, la sopera regresó a la cocina y Elspeth colocó un servicio nuevo, aunque dejó vacía la silla que había ocupado Moira.

Ewan desayunaba frente a ella con el rostro cansado y una sombra oscura bajo los ojos; cuando entramos, apartó el teléfono y se levantó.

—Buenos días.

—Eso está por decidir —le respondió Laia.

Morag presidía la mesa con un chal sobre los hombros y una expresión de profundo desagrado.

Había exigido vestirse antes de que llegáramos y sostenía la taza con ambas manos, dispuesta a impedir nuestra marcha mediante una combinación de autoridad y chantaje emocional.

—Así que pretendéis abandonarme —me acusó en cuanto tomé asiento.

—No te abandono. Tu familia buscará a otro fisioterapeuta.

—No quiero otro. Los profesionales que conozco suelen hablarme despacio y felicitarme por levantar una pierna. Tú me haces trabajar y luego me permites hacer trampas a las cartas.

—Solo porque todavía no he conseguido demostrarlas.

—Entonces tienes una investigación pendiente.

Intenté sonreír, pero la emoción me cerró la garganta. Morag extendió la mano por encima de la mesa y cubrió la mía.

—Esta es tu casa, Martina. No me importa qué ocurrió en España, quién se puso el perfume de quién ni cuántos idiotas hicieron falta para confundir una americana. Tú no has venido a hacernos daño.

Ewan bajó la cabeza. Cameron permaneció cerca del aparador, con los brazos cruzados y una taza intacta entre las manos.

—Gracias —conseguí responder—. Nunca olvidaré lo bien que me habéis tratado.

—Eso suena demasiado a despedida.

—Lo es por ahora, pero te llamaré para comprobar que haces los ejercicios.

—¿Por teléfono? ¿Pretendes rehabilitarme mediante amenazas internacionales?

—Puedo enviarte vídeos.

—Tengo noventa y nueve años, no una carrera en ingeniería.

Laia se inclinó hacia ella y le prometió que aprendería a realizar videollamadas, aunque fuese necesario movilizar a la Armada. La anciana aceptó a regañadientes y después me señaló el vientre con un dedo.

—Volverás. Tengo que conocer a ese otro pequeño que viene en camino y asegurarme de que no hereda el sentido común de su padre.

—Granny —protestó Ewan.

—Agradece que haya escogido una crítica tan leve.

Me incliné para abrazarla con cuidado. Sus brazos conservaron una fuerza inesperada y me sujetó durante unos segundos, con una mano cálida sobre mi espalda.

—No permitas que los errores de estos hombres decidan por ti —me aconsejó cerca del oído—. Sobre todo, no huyas de uno por culpa del otro.

Separarme de ella requirió más entereza de la que poseía.

Elspeth fue la siguiente; me hizo prometer que regresaría, me entregó una caja con comida para el trayecto y advirtió a Laia que no podía alimentar a una embarazada solo con patatas fritas.

Iona nos abrazó a las dos y pidió que la avisáramos cuando naciera el bebé. Y que el parto fuera genial.

Ewan recogió las maletas, pero pedí a Cameron que me concediera unos minutos antes de salir.

Nos dirigimos al pequeño despacho contiguo al vestíbulo, donde la puerta apenas amortiguaba la voz de Laia supervisando el equipaje y amenazando con registrar el coche en busca de futuras novias.

Cameron cerró y permaneció cerca del escritorio, aguardando. Tenía la mandíbula sombreada por una noche sin afeitar y el cansancio volvía más intenso el verde de sus ojos.

—Aún puedes quedarte —me recordó—. No tienes que resolverlo todo hoy.

—Precisamente por eso necesito irme.

—¿Y qué ocurrirá después?

—Volveré a España, seguiré con mis revisiones y decidiré cómo quiero que Ewan participe en la vida del bebé.

—¿Y qué pasa con nosotros?

La respuesta me obligó a apartar la atención. Desde el vestíbulo llegó la protesta de Laia porque alguien colocó su bolsa debajo de las demás y, durante unos instantes, deseé que entrara para ahorrarme aquella despedida.

—Olvídate de mí —le pedí—. Es lo mejor que puedo ofrecerte.

—No es una oferta especialmente generosa.

—No quiero hacerte más daño. Todo se ha mezclado hasta un punto que ya no sé distinguir lo que siento de lo que imaginé.

La sorpresa modificó sus facciones.

—¿Te has enamorado de mí?

—Por eso debes olvidarme.

—Esa conclusión no tiene ningún sentido.

—Estoy embarazada de tu sobrino. Vas a verlo en reuniones familiares, tu abuela ya lo considera parte de la casa y yo necesitaré hablar con su padre durante muchos años. No puedo pedirte que entres en medio de esto.

—No me estás dejando decidir.

—Porque quizás elegirías quedarte y no soportaría que algún día te arrepintieras.

Se acercó, pero detuvo el gesto antes de tocarme. La distancia entre ambos resultó más dolorosa que cualquiera de las palabras.

—¿Y tú no vas a arrepentirte de marcharte?

—Ya me estoy arrepintiendo.

Sus labios se curvaron en una sonrisa triste que desapareció enseguida. Levantó una mano y me acarició la mejilla con los nudillos; cerré los ojos, incapaz de fingir que aquel contacto no me afectaba.

—No puedo prometer que vaya a olvidarte —me confesó—. Tampoco puedo impedir que te marches. Solo te pido que no decidas por los dos para siempre.

Asentí, aunque no me atreví a prometerle nada. Me incliné hacia él y lo abracé; Cameron me rodeó con los brazos, hundió el rostro cerca de mi cabello y respiró hondo.

Permanecimos así hasta que Laia llamó dos veces a la puerta y anunció que Ewan llevaba cinco minutos dentro del coche, una espera suficiente para embarazar a otra turista.

Nos separamos a regañadientes. Antes de abrir, Cameron tomó mi mano y la apretó una vez.

—Llámame cuando llegues.

—Lo haré.

Ewan condujo de regreso a Fort Augustus. Laia ocupó el asiento trasero conmigo porque se negó a dejarme sola a su lado y dedicó buena parte del trayecto a corregirle la velocidad, las distancias de seguridad y hasta la forma de sujetar el volante.

Él aceptó las indicaciones sin discutir, quizás consciente de que había agotado su cupo de imprudencias para varios años.

Al llegar al alojamiento rural, descargó nuestras maletas y me pidió que me quedara un momento mientras mi amiga abría la puerta.

Permaneció junto al maletero, con las llaves en una mano y una incomodidad impropia del descaro que mostró desde nuestro primer encuentro.

—Quiero que me mantengas informado del embarazo —me solicitó —. De las revisiones, las ecografías y todo lo que ocurra. Sé que no he empezado muy bien, pero quiero estar presente.

—Lo haré. Necesitaremos hablar con calma cuando regrese a España.

—Sí. También tengo que resolver muchas cosas.

—Empieza por disculparte con Moira.

—No creo que acepte mis llamadas. Su madre me envió esta mañana un mensaje de ciento cuarenta y siete líneas y una factura provisional de las palomas.

Laia salió del alojamiento y cruzó los brazos.

—¿Has terminado?

—Casi. —Ewan volvió a mirarme y se frotó la nuca—. Hay otra cosa. Me gustas, Martina. Ya me gustaste aquella noche y me sigues gustando ahora.

—No compliques más esto.

—No pretendía hacerlo. Solo quería que lo supieras.

Después, para mi incredulidad, se echó a reír. No fue una carcajada alegre, sino la risa nerviosa de quien acababa de contemplar las ruinas de su vida y encontraba un detalle extrañamente liberador entre ellas.

—¿Qué te hace tanta gracia? —le pregunté.

—Que el embarazo me ha librado de la boda con Moira.

Laia avanzó hacia él antes de que yo pudiera responder.

—Entonces eres un pelele. Si necesitabas dejar embarazada a una mujer en otro país para librarte de tu prometida, no estabas preparado para casarte ni para vivir sin supervisión adulta.

—No he dicho que fuera un buen método.

—Ni siquiera es un método. Es una catástrofe con cigoto.

Ewan levantó ambas manos, aceptó el veredicto y regresó al coche. Se despidió de mí con la promesa de llamar al día siguiente; mi amiga, en cambio, entró en la casa sin dedicarle una palabra ni mirar atrás.

Apenas cerré la puerta del dormitorio, las fuerzas que sostuve durante toda la mañana desaparecieron.

Me senté en el borde de la cama y empecé a llorar con el rostro entre las manos. Laia dejó las maletas, se arrodilló frente a mí y esperó hasta que logré respirar sin que cada intento terminara en un sollozo.

—Lo quiero —admití—. Me he enamorado de Cameron.

—¿Me lo dices o me lo cuentas?

—Y le he pedido que se olvide de mí.

—Ya, porque tienes una habilidad extraordinaria para tomar la decisión más dolorosa y presentarla como sensatez.

—¿Qué quieres que haga? ¿Que vuelva y le proponga formar una familia con el hijo de su sobrino?

—Quiero que luches por él. Lo demás se organizará después.

Negué con la cabeza y me sequé las lágrimas, aunque otras ocuparon enseguida su lugar.

—No puedo. Todo esto es un maldito lío escocés.

Laia se sentó a mi lado y me rodeó con un brazo.

—Pues tendremos que desenredarlo. Para algo hemos venido hasta las Highlands.

Capítulo 26

Un día después, devolvimos el coche de alquiler en el aeropuerto de Edimburgo y agradecí que Laia condujera sin convertir cada rotonda en una operación militar.

Apenas hablamos durante el trayecto. Yo fingí dormir, aunque pasé buena parte del camino leyendo los dos mensajes que Cameron me envió aquella mañana.

El primero solo decía: "¿Habéis salido ya?". En el segundo me pidió que lo llamara al llegar a España.

Sin entrar en detalles, la noche antes les comenté a él y a Ewan, también por mensaje, que volvíamos a casa.

No le respondí. Tampoco contesté al mensaje de Ewan, quien quiso saber si me encontraba bien y aprovechó para informarme de que Moira bloqueó su número, el de Cameron, el de Morag y, por alguna razón que nadie comprendía, el de la destilería.

No quería tomar decisiones, pero necesitaba poner cientos de kilómetros entre las Highlands y yo.

Era una contradicción poco elegante: huía para no precipitarme y, al mismo tiempo, cogía un avión con la urgencia de quien teme cambiar de opinión antes del embarque.

—No vuelvas a mirar el teléfono —me ordenó Laia mientras depositábamos las maletas en la cinta de facturación—. Cameron seguirá existiendo dentro de cuatro horas. Los escoceses son resistentes; llevan siglos sobreviviendo a la lluvia, al whisky y a los turistas que preguntan dónde vive el monstruo del lago.

—Solo estaba comprobando la tarjeta de embarque.

—Llevas diez minutos comprobándola. Si sigues así, terminarás descubriendo una puerta secreta en el código QR.

La empleada de la aerolínea nos preguntó si queríamos facturar las dos maletas. Antes de que pudiera responder, mi amiga quiso saber si existía algún protocolo especial para embarazadas de pocas semanas que ya mostraban síntomas avanzados de dramatismo. La mujer la miró con prudencia y me ofreció asistencia para recorrer el aeropuerto.

—No la necesito —me apresuré a aclarar.

—Físicamente está perfecta —precisó Laia—. El problema es que lleva dentro a un bebé medio escocés. Quizás intente invadir la cabina para exigir que volemos hacia el norte.

La empleada sonrió porque pensó que se trataba de una exageración. Yo sabía que mi amiga apenas había empezado.

Durante el control de seguridad, esta vez fue Laia quien se empeñó en preguntar si el arco detector podía afectar al embarazo.

Le recordé que la madre sufridora era yo, pero aseguró que, desde el momento en que amenacé con volver sola a Escocia, perdió la confianza en mi criterio y asumió la custodia preventiva del bebé.

—No voy a volver.

—Claro. Y yo no voy a gastar bromas durante el vuelo.

—Eso resulta menos creíble.

—Me alegra comprobar que conservas cierta capacidad de razonamiento.

Compramos agua, galletas saladas y un bocadillo que rechazó porque contenía un queso cuya procedencia no aparecía indicada con suficiente claridad.

Después examinó una bolsa de frutos secos, buscó sus posibles alérgenos y decidió que el bebé podía esperar a Málaga para comer algo que no exigiera una investigación judicial.

—Te estás volviendo peor que yo —le reproché.

—Alguien debe vigilar que el heredero MacNair llegue entero a España. Con la familia que le ha tocado, bastante trabajo tendrá después.

—No sabemos qué apellido llevará.

—Perfecto, primera crisis diplomática. Podemos convocar a Ewan, Cameron y Morag; la anciana decidirá el apellido, el nombre y probablemente la universidad.

La mención de Cameron borró mi sonrisa. Mi amiga lo advirtió, me tomó del brazo y me condujo hacia la puerta de embarque sin insistir.

El avión esperaba al otro lado de los cristales, rodeado de vehículos y operarios, mientras una llovizna fina empañaba el paisaje. Escocia se despedía tal como nos recibió, cubierta por nubes que no parecían tener prisa por marcharse.

Cuando anunciaron nuestro vuelo, comprobé tres veces que llevaba la ecografía dentro del bolso. Laia me observó registrar la cremallera, el bolsillo interior y la carpeta donde la guardé.

—Tranquila, el bebé sigue ahí. No se baja para comprar whisky sin avisar hasta que cumpla dieciocho años.

—Solo quería asegurarme de no perderla.

—Has guardado esa fotografía mejor que tu pasaporte. Si nos detienen en la frontera, enseñarás una mancha gris y declararás que viajas con un ciudadano en miniatura.

Nos acomodamos en dos asientos cerca del pasillo. Mi amiga me cedió el interior para que pudiera mirar por la ventanilla, pero, en cuanto abroché el cinturón, empezó a ajustar la cinta con una concentración alarmante.

—No la aprietes tanto.

—Tiene que quedar por debajo del abdomen.

—Mi abdomen todavía no ha cambiado tanto.

—Más sencillo para localizar la zona segura. Borja estaría orgulloso de mí.

—Borja te prohibiría tocarme.

—Borja no ha conocido a los MacNair. Cuando se los presentes, me concederá poderes médicos.

El despegue me obligó a cerrar los ojos. La velocidad, la presión contra el respaldo y el rugido de los motores desplazaron durante unos minutos todo lo ocurrido.

Al volver a mirar, Edimburgo quedaba atrás, reducido a edificios diminutos entre campos verdes; después atravesamos las nubes y Escocia desapareció bajo una extensión blanca.

No sentí alivio. La distancia crecía, pero Cameron seguía ocupando el mismo espacio dentro de mí.

—He hecho bien al marcharme —le comenté, aunque sonó más a pregunta que a afirmación.

Laia desplegó la mesita, colocó encima el agua y abrió las galletas.

—Has hecho lo que necesitabas para respirar. Eso no significa que tengas que decidir hoy qué harás mañana.

—Le pedí que se olvidara de mí.

—Y él te respondió que no pensaba obedecer. Por una vez, el escocés maduro demostró buen criterio.

—Estoy embarazada de su sobrino.

—Sí, Martina. La tripulación ya lo sabe, la mujer de facturación lo sospecha y, si continúo hablando, lo anunciará el piloto antes de aterrizar. No hace falta repetirlo para convertirlo en una condena.

Tomé una galleta, aunque apenas pude darle dos mordiscos. Mi amiga cubrió mi mano con la suya y suavizó la voz.

—No voy a obligarte a volver ni a llamar a nadie. Llegaremos a Málaga, de ahí en coche a Rota, dormirás en tu cama y mañana empezaremos a resolver un problema cada vez. Primero, conseguir comida. Después, avisar a tu madre. Más adelante, ya veremos qué hacemos con el padre irresponsable, la novia de las palomas y el tío irresistible.

—Lo cuentas y parece una comedia.

—Cariño, volamos desde Escocia con un embarazo y una boda cancelada. Si no nos reímos, alguna plataforma comprará los derechos y lo hará por nosotras.

Solté una carcajada que terminó mezclada con lágrimas. Laia me pasó una servilleta, fingió no advertirlas y reclamó otra bolsa de galletas a una azafata.

Horas después, cuando el avión inició el descenso, la luz de Málaga se extendió bajo nosotros y el Mediterráneo ocupó la ventanilla.

Coloqué una mano sobre el vientre, consciente de que regresaba con muchas más preguntas que al salir.

No quería elegir entre olvidar a Cameron o luchar por él. Tampoco sabía qué lugar ocuparía Ewan en nuestra vida.

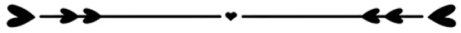
Lo único que sabía era que tenía miedo, pero también esperanza. Mucha esperanza.

Miedo por la situación a la que me enfrentaba tras haberme enamorado y renunciar al amor.

Esperanza porque una nueva vida crecía inexorablemente en mi vientre y eso me hacía feliz, muy feliz, pese al enorme caos que me rodeaba.

De Málaga a Rota, Laia intentó hacerme reír como unas mil veces. De entre todas las terapias posibles yo, que era fisioterapeuta, siempre la elegiría a ella; a la mejor amiga del globo.

Capítulo 27



Regresar a casa no produjo el alivio que esperaba. Todo seguía en el mismo sitio: las plantas necesitaban agua, una taza permanecía dentro del escurridor y la americana de Cameron ya no descansaba en el armario, protegida por una funda.

Lo que sí permanecía intacto en mi memoria era su recuerdo. Y ese amenazaba con quedarse a vivir conmigo.

Un par de días después llamé a Borja. Le conté que estaba de vuelta y que necesitaba comprobar que el viaje, los nervios y la cena más catastrófica celebrada en las Highlands no afectaron al embarazo.

Me citó al terminar su turno, no sin recordarme que los bebés no solían resentirse porque sus madres descubrieran secretos familiares durante el pescado.

Laia insistió en acompañarme. Apareció en mi casa media hora antes con una botella de agua, galletas saladas y una libreta en cuya portada escribió "Expediente MacNair: sujeto en gestación".

—No pienso permitir que le enseñes eso a Borja.

—Es su historial paterno. Deberíamos incluir una advertencia genética sobre el uso indebido de americanas.

—No es una enfermedad hereditaria.

—Aún no conocemos suficientes miembros de la familia para descartarlo.

Borja nos recibió en la consulta con la bata abierta y un café en la mano. Me observó durante unos segundos, reparó en mi cara cansada y dejó la taza lejos del borde del escritorio.

—Por tu expresión, deduzco que encontraste al padre.

—Encontró a dos —le comunicó Laia mientras ocupaba una silla—. Uno era el verdadero y el otro le gustaba más.

Borja cerró los ojos y expulsó el aire por la nariz.

—Voy a explorarla antes de preguntar nada. Intuyo que necesitaré toda mi capacidad mental para entender la explicación.

La tensión estaba dentro de los valores habituales y no perdí peso, a pesar de que Laia aseguró que en Escocia sobrevivimos a base de té, galletas y discusiones.

Después pasé a la zona de exploración, me tumbé en la camilla y aguardé mientras Borja preparaba el ecógrafo.

Los minutos anteriores a que apareciera la imagen siempre parecían más largos de lo que eran.

Durante el vuelo conseguí convencerme de que algo podía salir mal por haber llorado demasiado, dormido poco o permitido que la angustia me acompañara durante tantos días; sabía que ninguna de aquellas ideas respondía a un razonamiento médico, pero el miedo nunca necesitó una formación sanitaria para ejercer.

Borja movió el transductor, ajustó la imagen y señaló la pantalla.

—Ahí lo tienes.

—¿Está bien?

—Fenomenal. El tamaño corresponde con el tiempo de gestación, la actividad cardiaca es adecuada y no veo nada que me preocupe.

Laia se acercó al monitor y entrecerró los ojos.

—¿Qué parte es escocesa?

—De momento, ninguna que podamos identificar —le respondió—. Tendremos que esperar para comprobar si desarrolla intolerancia al sol o una afición prematura al whisky.

—Borja —protesté.

—Tú trajiste a Laia. Esto es responsabilidad compartida.

Volvió el sonido del latido, rápido y firme, y todo lo ocurrido desde la ecografía anterior perdió importancia durante unos segundos. Mi hijo seguía allí.

No sabía qué apellido llevaría primero ni por qué la persona que más deseaba tener cerca era precisamente quien menos relación guardaba con aquel embarazo; aun así, la pequeña figura de la pantalla avanzaba ajena al desastre organizado a su alrededor.

—Va muy rápido —comentó mi amiga.

—Es normal en esta etapa —le explicó Borja—. El embarazo evoluciona perfectamente.

—¿Seguro que no necesita descansar más? La veo triste, duerme fatal y apenas come.

—Como suficiente —repliqué.

—Ayer cenaste medio yogur.

—También comí galletas.

—Tres. Las conté.

Borja imprimió una imagen y me la entregó antes de indicarme que podía vestirme. Cuando regresamos a su escritorio, guardó los datos de la exploración, revisó las citas previstas y, al terminar, cruzó los brazos.

—Ahora contadme qué ocurrió en Escocia.

Laia abrió su libreta.

—¿Versión resumida o versión con prometida, bisabuela operada y amenaza de introducir a una pija en una sopera?

—Empieza por el padre.

Le explicamos la historia entre las dos. Yo relaté el encuentro con Cameron, las pistas que me llevaron a creer que era el hombre de aquella noche y la conversación que intenté mantener en el jardín.

Mi amiga se encargó de la americana, el teléfono sin batería, el perfume prestado y la aparición de Ewan, porque sostuvo que nadie podía contar una estupidez de semejante magnitud sin perder objetividad.

Borja escuchó sin interrumpir, aunque se frotó la frente cuando llegó el turno de la cena.

Al saber que Morag descubrió el embarazo y preguntó por él delante de toda la familia, abrió un cajón, guardó dentro el bolígrafo y pareció prepararse para proteger el instrumental médico.

—Entonces Ewan confesó que era el padre —continuó Laia—, Moira descubrió que las palomas de su boda se habían quedado sin trabajo y huyó de la casa después de insultar a todo el mundo.

—Antes amenazaste con meterla en una sopera —le recordé.

—Fue una medida disuasoria. No llegué a utilizar el menaje.

—Y Cameron… —Borja volvió la atención hacia mí—. ¿Qué ocurrió con él?

Acaricié el borde de la ecografía.

—Le conté que durante esos días creí que el bebé era suyo. Después le pedí que se olvidara de mí.

—Está enamorada de él —añadió Laia.

—Eso no hacía falta contarlo.

—Es el único dato importante que intentas ocultar.

Borja dejó caer la espalda contra el respaldo y resopló durante varios segundos.

—Es flipante.

—Gracias por tu valoración clínica —comenté.

—Me pediste que confirmara el embarazo de una mujer que no sabía el apellido del padre. Dos semanas después has localizado a toda su familia, cancelado una boda escocesa y te has enamorado del tío del padre de tu hijo. Mi vocabulario profesional no contemplaba esta evolución.

—Lo verdaderamente flipante es lo triste que está —repuso Laia—. ¿No puedes mandarle unas vitaminas o algo?

—Las vitaminas no curan un enamoramiento.

—Pues un hierro fuerte. Lleva dos días con cara de viuda y el hombre sigue vivo.

—No necesito medicación —protesté.

—Necesitas dormir, comer bien y dejar de exigirte que resuelvas ahora los próximos veinte años —me aconsejó Borja—. El estrés no ha perjudicado al embarazo, pero tú también importas.

—No me des la chapa…

—Es mi obligación. Si la tristeza se mantiene, si no consigues descansar o pierdes el apetito de forma permanente, hablaremos y buscaremos ayuda. No voy a recetarte un suplemento para que olvides a Cameron.

Laia cerró la libreta, decepcionada.

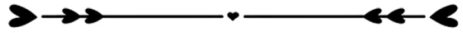
—La medicina moderna tiene lagunas gravísimas.

Borja me entregó la nueva ecografía y anotó la fecha de la siguiente revisión. Antes de despedirnos, me pidió que mantuviera informado al padre sobre las pruebas importantes, siempre que me sintiera preparada, pero dejó claro que no tenía que decidir todavía qué relación quería mantener con él ni con el resto de su familia. Era un buen amigo.

Salí de la consulta con la certeza de que mi hijo estaba bien. Debería haberme bastado para sentirme feliz, y durante una parte del camino lo consiguió.

El problema era que la persona a la que más deseaba llamar no era su padre.

Capítulo 28



Laia condujo hasta mi casa mientras desarrollaba una teoría según la cual Borja se negaba a recetarme nada porque era yo quien tenía que tomar cartas en el asunto, pero aun así no lo veía bien del todo.

—Los médicos hacen un juramento —argumenté.

—Precisamente. Prometen no hacer daño, pero no mencionan nada sobre dejar a una amiga enamorada de un escocés al borde de la deshidratación.

—Estoy perfectamente hidratada.

—Llevas una botella de agua en el bolso porque yo te la metí. Sin mí, ese bebé crecería alimentado con tristeza y galletas.

Doblé la ecografía dentro de su carpeta y la guardé. El alivio de escuchar el latido todavía me acompañaba, aunque también aumentó la necesidad de contarle a Ewan que todo iba bien. Tendría que llamarlo aquella noche; después, quizás, respondería alguno de los mensajes de Cameron.

No había decidido nada. En realidad, llevaba varios días dedicando una energía extraordinaria a no decidir.

Al entrar en mi calle, Laia redujo la velocidad y dejó de hablar. Un taxi recién llegado ocupaba parte de la acera frente a mi casa; junto a él, rodeados por dos maletas, una bolsa de viaje y una caja con el logotipo de la destilería, esperaban los dos hombres a los que pretendía mantener a muchos kilómetros de distancia.

Mi amiga frenó con tanta brusquedad que el cinturón me retuvo contra el asiento.

—No puede ser.

Los dos levantaron una mano al vernos, aunque el gesto del mayor fue más cauteloso.

Los observé a través del parabrisas, incapaz de ordenar una sola pregunta.

—¿Los escoceses migran? —murmuró Laia—. Porque juraría que dejamos a estos dos en su hábitat natural.

—¿Qué hacen aquí?

—No lo sé, pero si Ewan ha vuelto a coger prestado algo de su tío, espero que esta vez sea el sentido común.

Aparcó delante del coche de alquiler y bajó antes que yo. Avanzó hacia ellos con las llaves en una mano y la actitud de quien acababa de descubrir una vulneración de la frontera nacional.

—¿Cómo habéis dejado sola a Su Majestad? —les exigió—. Tiene una cadera recién operada, un andador que utiliza solo cuando le conviene y una peligrosa afición a hacer trampas.

—Elspeth está con ella —le explicó Cameron—. También contrataron a una fisioterapeuta nueva.

—Ha despedido a otra desde que os marchasteis —añadió Ewan—, porque intentó quitarle las cartas.

—Entonces debíais quedaros allí para proteger a la nueva.

Salí del coche con la carpeta pegada al cuerpo. Cameron reparó en ella, bajó la atención hacia mi vientre y volvió a mirarme con una preocupación que conocía demasiado bien.

—¿Venís del médico?

—Sí.

—¿Está todo bien?

—El embarazo va fenomenal.

Su alivio resultó inmediato. Los hombros perdieron rigidez y una sonrisa breve transformó su cara; Ewan dio un paso hacia mí, pero se detuvo antes de invadir el espacio que todavía no sabía si podía ocupar.

—¿Habéis visto al bebé?

—Nos ha saludado desde el monitor —intervino Laia—. También ha solicitado emanciparse antes de conocer a la familia paterna.

—¿Podría ver la ecografía? —me pidió Ewan.

Saqué la imagen y se la entregué. La sostuvo por los bordes, temeroso de dejar una marca, y tardó varios segundos en distinguir la figura. Cameron se acercó para mirar por encima de su hombro; verlos juntos, inclinados sobre la fotografía de mi hijo, removió todo lo que intenté mantener quieto desde que abandonamos Escocia.

—Es muy pequeño —comentó el padre.

—Es un feto —le aclaré—. No esperes que aparezca con uniforme escolar.

—Parece una judía.

—Se parecía a una aceituna antes —aportó Laia—. La maternidad es un proceso emocionante basado en comparar a tu hijo con ingredientes de ensalada.

Ewan quiso devolverme la ecografía, pero le permití conservarla. Su sorpresa dio paso a una alegría sincera y, por primera vez, entendí que quizás pudiera aprender a ser padre, aunque todavía no tuviera la menor idea de cómo comportarse como adulto.

—Ahora que sabemos que la judía escocesa está bien —prosiguió mi amiga—, ¿podéis explicarnos por qué habéis cruzado Europa?

—La idea fue de Granny —respondió Ewan.

—Eso no me tranquiliza.

—Nos dijo que dejáramos de comportarnos como idiotas y arregláramos esto antes de que Martina pudiera acostumbrarse a vivir sin nosotros.

—La parte de los idiotas era más larga —precisó Cameron—, pero ese era el mensaje principal.

Abrí la puerta de casa porque no quería mantener una conversación semejante delante de los vecinos. Sin embargo, ninguno recogió el equipaje cuando les indiqué que entraran.

—Preferiría hablar aquí primero —me pidió Cameron—. Si después quieres que nos marchemos, lo haremos.

Laia se situó a mi lado y cruzó los brazos.

—Tengo curiosidad por saber qué clase de acuerdo puede salir de dos MacNair encerrados durante un vuelo. Adelante.

Los dos intercambiaron una mirada y Ewan se adelantó.

—Hemos hablado de todo: del bebé, de Moira, de lo que ocurrió en Rota y de lo que siento por ti.

—Esto promete —murmuró mi amiga.

—Me gustas, Martina —continuó, sin dejar que lo interrumpiera—. No te mentí cuando te lo confesé, pero también he reconocido que me gustan muchas mujeres.

—Eso ya lo había deducido.

—Demasiadas —corrigió Cameron.

—No hacía falta cuantificarlo. —Ewan frunció el ceño antes de volver a dirigirse a mí—. Quiero estar en la vida del bebé, pero eso no significa que pueda convertirme en la pareja que necesitas. Pasé muchos años con Moira sin atreverme a terminar una relación que llevaba mucho tiempo sin funcionar; fui infiel, mentí y después agradecí que el embarazo hiciera por mí lo que no tuve valor de hacer solo. Laia tenía razón: soy un desastre.

—Voy a grabar esa frase —anunció ella—. Puede que nunca vuelva a producirse.

—También soy el padre de tu hijo y eso no cambia que lo querré.

Lo escuché con una mezcla de alivio y temor. No esperaba aquella sinceridad, sobre todo después de verlo bromear con la ruptura de su compromiso; reconocer sus limitaciones no las resolvía, aunque resultaba un comienzo mejor que cualquiera de sus gestos anteriores.

—No quiero que seas mi pareja —le aseguré—. Nunca te lo he pedido.

—Gracias —respondió con tanto entusiasmo que Laia soltó una carcajada.

—Podías disimular un poco —le reprochó.

—Me alegra que estemos de acuerdo. Quiero ser padre, pero no tengo que convertirme en marido.

—No te preocupes —sentenció mi amiga—. Después de las palomas, ninguna mujer sensata te dejará acercarte a una iglesia.

Cameron esperó a que termináramos. No participó en las bromas; tenía las manos dentro de los bolsillos, el cuerpo orientado hacia mí y una determinación que me inquietaba más que cualquier discurso de su sobrino.

—Hay otra parte del acuerdo —me explicó.

—No hemos firmado nada.

—Todavía.

Ewan se apartó unos pasos y señaló a su tío.

—A mí me gustan muchas. A él solo le gustas tú.

Laia empezó a reírse. Primero intentó ocultarlo detrás de una mano; después renunció y se dobló un poco, incapaz de contenerse.

—¡Perdón! —exclamó—. Es que habéis venido desde Escocia con un reparto de funciones. Uno aporta el material genético y el otro la estabilidad emocional.

—Estáis locos —afirmé, aunque la emoción convirtió mi voz en algo frágil.

—Él es un irresponsable —me respondió Cameron—. Yo estoy loco, pero por ti.

La risa de Laia aumentó y hasta Ewan tuvo que volver la cara. Cameron no desvió la atención; avanzó hacia mí, dejó apenas un paso entre ambos y tomó la carpeta que todavía apretaba contra el pecho.

—No hemos llegado a la conclusión de que esto vaya a ser sencillo —prosiguió—. Habrá que organizar responsabilidades y decisiones que ahora ni siquiera podemos anticipar. Ewan será el padre biológico y formará parte de la vida de su hijo de la manera que acordéis. Nada de eso tiene que impedir que tú y yo tengamos una relación.

—No puedes saberlo.

—Sé que me enamoré de ti antes de conocer el embarazo. Sé que conocerlo no me asustó; lo que me asustó fue descubrir que podías desaparecer de mi vida. Y sé que me pediste que te olvidara cuando ninguno de los dos quería eso.

—Es el hijo de tu sobrino.

—También será mi hijo. No compartiré su sangre como padre, pero puedo quererlo con locura, cuidarlo, enseñarle y estar presente cada día de su vida. No pretendo sustituir a Ewan ni quitarle su lugar. Quiero construir el mío.

Las lágrimas me nublaron la visión antes de que pudiera impedírselo. Cameron extendió las manos, pero esperó a que fuera yo quien acortara la distancia.

—No sé si esto funcionará —le confesé.

—Tienes que darnos la oportunidad de descubrirlo, Martina.

—Puede salir mal.

—Entonces lo afrontaremos cuando ocurra, no hoy.

—Vives en Escocia.

—Tengo una destilería, no una condena de destierro. Existen los aviones y, después del viaje de anoche, puedo confirmar que llegan hasta Andalucía.

—Mi vida está aquí.

—No te pediré que renuncies a ella.

—¿Y qué me estás pidiendo?

Sus dedos rozaron los míos y terminaron enlazándose con ellos.

—Que aceptes ser mi pareja. Sin resolver esta tarde dónde viviremos dentro de cinco años ni si mi abuela dirigirá el bautizo desde un trono. Solo quiero que dejemos de huir y averigüemos hasta dónde puede llevarnos esto.

Una risa temblorosa se mezcló con mis lágrimas. Laia se secó los ojos detrás de mí y alegó que se le había metido un mosquito, a pesar de que llevábamos varios minutos sin ver uno.

—Sí —respondí—. Quiero intentarlo.

Cameron me rodeó la cintura y me atrajo hacia él. Lo besé antes de que pudiera añadir otra palabra, con las manos sobre su rostro y todo el miedo de los últimos días convertido en una alegría que apenas cabía dentro de mí. Me estrechó contra su cuerpo, profundizó el beso y olvidamos durante unos segundos que no estábamos solos.

Laia aplaudió. Ewan se unió a ella, soltó un silbido y, llevado por una euforia que nunca se caracterizó por el buen juicio, agarró a mi amiga por los hombros y la besó.

La bofetada sonó en toda la calle.

Ewan se llevó una mano a la mejilla. Laia retrocedió, con los ojos encendidos y la otra palma preparada.

—¿Se te ha ido la cabeza?

—Ha sido la emoción.

—La próxima vez emociónate con una pared.

Cameron comenzó a reírse contra mi cabello. Yo intenté reprender a Ewan, pero la expresión de desconcierto que conservaba, unida a la marca roja que empezaba a aparecerle en la cara, terminó por contagiarme. Hasta él se echó a reír.

—Eso ha dolido.

—Soy sargento —le recordó Laia—. Agradece que no haya usado la mano reglamentaria.

—¿Tienes una mano reglamentaria?

—Bésame otra vez y te presento también el pie.

Los vecinos empezaron a observarnos desde dos balcones, de modo que recogimos las maletas y entramos en casa. Laia decretó que nadie tomaría decisiones trascendentales con el estómago vacío y encargó comida para cuatro, aunque Ewan quiso añadir una quinta ración "por el bebé" y recibió una explicación detallada sobre el tamaño actual de su hijo.

Comimos alrededor de la mesa del salón, rodeados por cajas de pizza, vasos desparejados y las maletas que los escoceses todavía no deshicieron. Cameron se sentó a mi lado y mantuvo una mano sobre mi rodilla; de vez en cuando, volvía la cabeza hacia mí y sonreía, quizás para comprobar que no había imaginado mi respuesta.

Ewan colocó la ecografía frente a su plato y le hizo una fotografía para enviársela a Morag.

La anciana respondió mediante una videollamada (orgullosa ya de saber hacerlas) que aceptamos entre todos. Su rostro apareció demasiado cerca de la cámara y tardamos varios minutos en enseñarle a sostener el teléfono.

—¿Lo habéis arreglado? —nos preguntó cuando consiguió encuadrarse.

—Martina y Cameron están juntos —le comunicó Laia—. Ewan seguirá siendo el padre biológico y yo he establecido una política de tolerancia cero con sus besos.

—Una organización sensata —aprobó Morag—. Sabía que mandarlos a España serviría de algo.

—Podías haberme avisado de que venían.

—Si te hubiese avisado, habrías preparado otro discurso para echarlos. A veces una mujer de mi edad debe recurrir a la sorpresa para que los jóvenes dejen de estropear sus vidas.

Ewan le enseñó la imagen del bebé y ella exigió una copia impresa para colocarla junto a las fotografías familiares.

Después quiso saber cuándo volveríamos a Escocia, qué médico controlaba el embarazo y si Cameron ya pensó dónde instalaría una cuna en su casa.

—Llevan juntos cuarenta minutos —le recordó Laia.

—Entonces han perdido bastante tiempo.

La comida continuó entre bromas, planes provisionales y advertencias para que nadie volviera a organizar mi futuro sin consultarme.

No resolvimos nada ese día. Tan solo quise dejarme llevar por la intensa felicidad que me producía su presencia allí.

Sin embargo, al mirar a Cameron sentado a mi lado, a Ewan protegiendo la ecografía de cualquier mancha de tomate y a Laia vigilándolo por si sufría otro arrebato romántico, comprendí que quizás no necesitábamos todas las respuestas aquella noche.

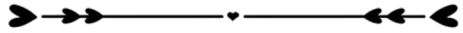
Por una vez comprendí que el futuro no parecía una amenaza. Parecía una familia extraña, desordenada y absolutamente inesperada. Pero podía ser la mía.

Eso era lo importante. Eso y que, al lado de Cameron, me sentía totalmente protegida.

Aún faltaban muchos meses para verle la carita al bebé pero, si de algo estaba convencida, era de que su nacimiento sería mejor con ellos dos al lado.

Porque ese día supe que estarían. Supe que ambos estarían, cada uno a su manera.

Capítulo 29



Cameron había volado a Rota tantas veces durante los primeros meses de nuestra relación que terminó conociendo los horarios del aeropuerto mejor que algunos empleados.

Llegaba los viernes con una maleta pequeña, llenaba mi nevera antes de preguntarme si necesitaba algo y regresaba a Escocia el domingo después de revisar tres veces la fecha de la siguiente ecografía.

Yo también viajé cuando el embarazo me lo permitió. Poco a poco dejamos de hablar de dos vidas separadas y empezamos a construir una que podía repartirse entre ambos países.

Cuando inicié la baja dos meses antes del parto, me trasladé a las Highlands y me instalé en su casa, situada a pocos kilómetros de la destilería.

Una habitación se convirtió en el dormitorio de Eric, aunque Morag protestó porque escogimos los muebles sin convocar una reunión familiar.

Ewan participó a su manera. Asistió a las revisiones que pudo, aprendió a distinguir una ecografía de una fotografía meteorológica y prometió mejorar antes de que su hijo tuviera edad suficiente para avergonzarse de él.

No abandonó su afición por las mujeres, pero al menos empezó a advertirles que esperaba un bebé con una española y que su tío ejercería de segundo padre. La explicación eliminaba a muchas interesadas y atraía a otras demasiado curiosas.

El parto empezó de madrugada, dos días antes de la fecha prevista. Me despertó una contracción que confundí con otro movimiento del bebé; la segunda llegó quince minutos después y la tercera encontró a Cameron recorriendo el dormitorio con un calcetín puesto, el otro en la mano y el teléfono sujeto entre los dientes.

—Todavía no sabemos si estoy de parto —le recordé.

—Las contracciones son regulares.

—Llevamos tres.

—Tres forman una serie.

—También forman una cantidad insuficiente para despertar a toda Escocia.

Cuando rompí aguas en el vestíbulo, dejó caer el calcetín y llamó a Ewan, a la matrona y, por equivocación, al responsable de mantenimiento de la destilería. Mi madre y Laia, que habían viajado para el parto, nos acompañaban.

Unos minutos después íbamos hacia el hospital mientras el futuro padre biológico nos seguía en otro coche y preguntaba por teléfono si debía llevar agua caliente, toallas o algo para cortar el cordón.

—Esto no es un parto doméstico del siglo XIX —le respondió Cameron a través del manos libres—. Ve al hospital y no toques nada.

—He visto vídeos.

—Eso empeora considerablemente la situación.

Ingresé con tres centímetros de dilatación y la esperanza de que el proceso avanzara deprisa.

La matrona me explicó con una amabilidad sospechosa que podía tardar muchas horas; Cameron me sostuvo la mano, aseguró que estaría conmigo todo el tiempo y palideció cuando otra contracción me obligó a apretarle los dedos.

En la habitación teníamos una bolsa con varias prendas de bebé que mi madre compró antes de salir de España porque temía que los escoceses no vendieran ropa adecuada para un recién nacido.

—Aquí también nacen niños —le expliqué mientras me lo recordaba, para distrarme.

—Ya lo sé, pero quizás los abriguen demasiado.

Laia me besaba en la frente y examinaba el monitor que registraba las contracciones.

—¿Cuál de esas líneas indica cuánto falta para que salga el escocés?

—Ninguna —le respondió la matrona.

—Entonces deberían mejorar el sistema. En la Armada no aceptaríamos una gráfica que no informara del tiempo restante para evacuar al pasajero.

—No estoy evacuando a nadie —protesté antes de que comenzara otro dolor.

Mi madre me ayudó a respirar, Cameron me frotó la espalda y Laia contó los segundos con una precisión que consiguió irritarme antes de llegar a diez.

Ewan observaba desde una esquina con un vaso de café entre las manos y una emoción tan visible que le temblaba la boca cada vez que miraba el monitor.

—Mi hijo está ahí —comentó por quinta vez.

—Lleva ahí nueve meses —le recordó Laia—. No entiendo la sorpresa.

—Hoy voy a conocerlo.

—Si sobrevives. Tienes peor color que Martina y ella está dilatando.

La habitación se llenó aún más unas horas después, cuando las puertas se abrieron y Morag entró con la ayuda de un bastón y en compañía de Elspeth.

Llevaba un vestido verde pistacho, un abrigo claro y una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Cómo has llegado tan pronto? —le preguntó Cameron, dividido entre la alegría y el temor de que quisiera dirigir también el parto.

—En coche. A ver si te crees que la cadera me ha quedado para correr una maratón. Cuidadito con que la paternidad te consuma el cerebro como a Ewan.

—Él ya lo tenía consumido de antes —apuntó divertida Laia, ante el estupor del escocés.

Una de sus principales inquietudes era saber si continuábamos con la idea de llamar Eric al bebé, que resultó ser un niño.

—Todavía puedes cambiarlo —me recordó—. Morag es un nombre excelente y sirve para ambos sexos si la familia tiene suficiente carácter. Resultaría muy inclusivo.

—Se llamará Eric.

—Acepto la decisión porque estás sufriendo.

—Qué generosa —murmuró Laia.

Las horas siguientes transcurrieron entre paseos por el corredor, revisiones y contracciones cada vez más intensas.

Cameron no se separó de mí; me sujetaba cuando necesitaba levantarme, me ofrecía agua y recibía mis quejas sin recordarme que yo había rechazado la epidural durante las primeras horas.

Cuando cambié de opinión y pedí que localizaran al anestesista, tuvo el buen juicio de limitarse a besarme la mano.

—Te amo —me aseguró mientras esperábamos.

—Si vuelves a dejarme embarazada, te mataré.

—Lo tendré en cuenta. Pero recuerda que yo no…

—No, no lo tengas en cuenta. Evítalo.

—También —claudicó sin deshacer el error.

Ewan se mostraba tan excitado que preguntaba a cada profesional si faltaba mucho.

Una enfermera entró para cambiar el suero y le pidió que se apartara; intentó rodearla al mismo tiempo que buscaba su teléfono, extendió la mano sin mirar y le agarró el trasero. Por una vez, no ocurrió adrede.

La mujer se volvió y le cruzó la cara antes de que pudiera retirarla.

—¡Lo siento! —exclamó él, con la palma sobre la mejilla—. ¡Buscaba el móvil!

—Pues aprende a distinguir uno de un culo.

Laia, que presenció el incidente desde el otro lado de la cama, soltó una carcajada.

—Ya es la tercera bofetada que recibes desde que nos conocemos. Empieza a parecer un método educativo.

—Ha sido sin querer.

—La mía también —le recordó—. Mi mano tropezó dos veces con tu cara.

Hasta yo me reí, aunque una contracción transformó la carcajada en un gemido. Cameron me ayudó a incorporarme y Ewan abandonó cualquier intento de defenderse para acercarse a la cama.

—¿Qué hago? —me preguntó, alarmado.

—No tocar a ninguna enfermera sería un comienzo —logré responder.

La epidural me permitió descansar y la mañana avanzó con más tranquilidad. Mi madre dormitó en un sillón; Su Majestad jugó a las cartas con Elspeth y acusó a Laia de ayudarla a hacer trampas, mientras el personal entraba y salía con una tolerancia admirable hacia nuestra invasión familiar.

Un rato después, la matrona comprobó que alcanzaba la dilatación completa. La habitación cambió de ritmo: prepararon la cama, retiraron las cosas que estorbaban y explicaron que llegaba el momento de pasar al paritorio.

—Pueden acompañarte dos personas —me informó.

Miré a Cameron y después a Ewan. El primero ya vestía la bata que le entregaron y conservaba la compostura gracias a un esfuerzo visible; el segundo dejó las cartas, se levantó demasiado deprisa y volcó el vaso de agua de Morag.

—Entrarán los dos —decidí.

Mi madre aceptó la elección con un beso. Laia abrazó a Ewan y le advirtió que, si tocaba otro culo, no saldría vivo del hospital. Morag me pidió que trajera a Eric de vuelta "bien terminado" y Elspeth tuvo que sujetarla para impedir que nos siguiera.

En el paritorio, Cameron ocupó el lugar junto a mi cabeza. Me sujetó la mano, retiró el cabello de mi cara y repitió que lo estaba haciendo genial cada vez que la matrona me indicaba que empujara.

Ewan permanecía al otro lado, enfundado en una bata que le quedaba corta, con el gorro torcido y los ojos clavados en el punto exacto que quizás nunca debió observar.

—Veo la cabeza —nos anunció la matrona.

—¿Ya? —preguntó, inclinándose un poco.

Miró durante dos segundos. Después perdió el color, se tambaleó y cayó al suelo antes de que Cameron pudiera alcanzarlo.

—¡Ewan! —grité, alarmada y furiosa a la vez—. ¡No puedes desmayarte ahora!

Un auxiliar lo apartó de la zona de trabajo y lo dejó tumbado contra la pared. La matrona continuó atendiéndome, mientras otra profesional se agachaba junto a él y le daba unas palmaditas en las mejillas.

—Vamos, despierta.

Ewan abrió los ojos, vio una mano acercarse de nuevo y dio un salto que estuvo a punto de arrancarle el gorro.

—¡No he tocado a nadie! —exclamó—. ¡Dejad de abofetearme!

Cameron soltó una risa que terminó convertida en carcajada. Incluso la matrona se rio antes de pedirme un último esfuerzo.

Empujé con todo lo que me quedaba. El dolor, las voces y el cansancio se concentraron en unos segundos interminables; entonces una presión enorme cedió y el llanto de Eric llenó el paritorio.

Lo levantaron para que pudiera verlo. Era pequeño, sonrosado y estaba enfadadísimo con el mundo al que acababa de llegar. Tenía los puños cerrados, una mata de pelo pegada a la cabeza y una voz capaz de imponerse a toda la familia MacNair.

Cameron lloraba sin intentar ocultarlo. Me besó la sien, la mejilla y los dedos mientras repetía que era precioso.

Ewan, todavía sentado en el suelo, se cubrió la boca con ambas manos; cuando logró ponerse en pie, las lágrimas ya recorrían su cara.

—Es mi hijo —murmuró.

—Nuestro hijo —le corregí, extendiendo una mano hacia Cameron.

La matrona colocó a Eric sobre mi pecho, cubierto por una manta, y el bebé redujo el llanto al reconocer el calor. Cameron posó una mano sobre su espalda diminuta; Ewan rozó uno de sus pies y volvió a sollozar.

—Hola, Eric —le susurró Cameron—. Llevamos mucho tiempo esperándote.

Al poco regresamos a la habitación. Mi madre fue la primera en coger a su nieto y lloró tanto que Laia tuvo que buscarle pañuelos. Morag exigió su turno, se acomodó al bebé sobre los brazos y lo examinó desde la cabeza hasta los pies con una satisfacción solemne.

—Es perfecto —declaró—. Se parece a mí.

—Tiene media hora —objetó Cameron.

—Y ya muestra criterio.

Ewan se sentó junto a ella para aprender a sostenerlo. Su Majestad corrigió la posición de sus brazos, le ordenó que sujetara mejor la cabeza y anunció que necesitaría varias semanas de formación antes de quedarse a solas con el niño.

—Voy a ser un buen padre —prometió.

—También ibas a casarte con Moira —le recordó Laia—. Permíteme exigir pruebas.

—¿Quieres cogerlo?

Mi amiga retrocedió.

—Soy militar. No manipulo artefactos sin conocer el mecanismo.

—Es un bebé, no una granada.

—Llora, expulsa líquidos y puede estallar en cualquier momento. Encuentro bastantes similitudes.

A pesar de sus protestas, terminó sentada con Eric en brazos y una expresión enternecida que intentó ocultar mediante amenazas.

Ewan se inclinó para hacerles una fotografía y ella le advirtió que el nacimiento no anulaba la prohibición de besarla.

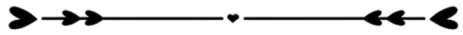
Cameron se acomodó a mi lado cuando todos se concentraron alrededor del bebé. Me rodeó los hombros, besó mi cabello y contempló la escena con los ojos todavía húmedos.

Mi madre hablaba con Morag sobre el color de los ojos de Eric; Elspeth repartía té, Laia discutía con Ewan y Su Majestad planeaba el primer viaje del niño a su casa antes de que hubiera cumplido un día.

Nuestra familia no se parecía a la que imaginé durante tantos años. El padre biológico de mi hijo era un desastre en proceso de mejora; el hombre al que amaba decidió querer a un bebé que no engendró, y dos mujeres separadas por países, edades y caracteres ya discutían acerca de quién sabía envolverlo mejor.

Miré a Eric dormido entre los brazos de Laia y comprendí que no necesitaba una familia perfecta. Necesitaba aquella. Ruidosa, disparatada y reunida alrededor de un niño que ya era amado con todo nuestro ser.

Epílogo



Varios años después…

Morag cumplió ciento cinco años rodeada de tanta gente que el periódico local terminó por declararla la mujer más longeva y con más círculo social de las Highlands. Aparte, allí estaba toda su familia.

La periodista quiso fotografiarla junto a la tarta; ella exigió primero comprobar que las velas no activaran la alarma de incendios y después preguntó si el reconocimiento incluía algún premio económico.

—A los cien me dieron una carta del rey —nos recordó—. A los ciento cinco esperaba, al menos, una cesta de productos.

—Tienes seis tartas —le señaló Cameron.

—Ninguna procede del ayuntamiento. No confundamos cariño familiar con responsabilidad institucional.

La celebración ocupaba la planta baja de la casa. Elspeth dirigía el servicio, aunque se retiró oficialmente años atrás; según ella, nadie podía confiar una fiesta de Su Majestad a personas que todavía no dominaban el arte de servir té sin derramarlo. Iona, convertida ya en responsable de la casa, fingía aceptar sus órdenes y después organizaba todo a su manera.

Eric cruzó el salón con una corona de cartón torcida y una porción de tarta en la mano. Su hermana corría detrás, empeñada en recuperarla.

—¡Eric, es mía!

—¡Tú tienes otra!

—¡Pero quiero esa!

La pequeña Morag, de pelo cobrizo, alcanzó a su hermano junto al sofá y se abalanzó sobre él. Cameron intervino antes de que la disputa terminara sobre la alfombra, levantó a cada niño con un brazo y les recordó que la homenajeada esperaba conservar algún mueble entero hasta los ciento seis.

Ponerle a nuestra hija el nombre de su bisabuela provocó una satisfacción que Su Majestad intentó disimular durante años.

Desde entonces se refería a la niña como su sucesora y le enseñaba las reglas de las cartas, incluidas varias estrategias que ningún reglamento autorizaba.

Mi vida en las Highlands terminó por parecerse muy poco al viaje provisional que inicié años atrás.

Me quedé, encontré trabajo como fisioterapeuta en un hospital cercano y construí con Cameron una familia que continuaba creciendo.

Nuestro hijo llamaba "papá" a ambos hombres cuando estaban juntos, aunque distinguía entre "papá Cameron" y "papá Ewan" si necesitaba pedir permiso para algo que el primero ya le negó.

Su padre biológico ejercía a su manera: aparecía en los partidos, acudía a las reuniones escolares cuando recordaba la hora y nunca olvidaba un cumpleaños. También encadenó tantos ligues que Eric empezó a preguntar si todas las mujeres jóvenes de Inverness eran novias suyas.

Laia viajaba varias veces al año. Ascendió de nuevo y aseguraba que se había casado con la Armada, porque ningún ser humano podía competir con una institución que le proporcionaba sueldo, uniforme y vacaciones reglamentarias.

Aquella tarde lucía su uniforme porque llegó directamente desde un acto oficial. Aterrizó en las Tierras Altas sin tiempo siquiera para cambiarse. Ewan la observaba desde la mesa de las bebidas, donde llevaba dos whiskies de ventaja y el descaro de siempre.

—Te favorece el ascenso —le comentó mientras señalaba los galones—. Resultas aún más intimidante.

—Es parte del uniforme.

—¿Sigues casada con la Armada?

—Muy feliz. Nunca deja calcetines en el suelo ni besa sin permiso.

Los años no consiguieron borrar el recuerdo de la bofetada. Él se acarició la mejilla con dramatismo antes de servirle una copa.

—He madurado mucho desde entonces.

—Te vi intentar ligar con la periodista hace media hora.

—Estaba siendo amable.

—Le preguntaste si quería conocer la destilería de noche.

—La iluminación es mejor.

Laia aceptó el whisky y brindó con él. Luego, los observé discutir mientras Cameron rodeaba mi cintura y Morag ordenaba que acercaran la tarta.

—Esos dos terminarán por liarse —sentenció el que ya era mi marido.

—O en urgencias. Las probabilidades están bastante igualadas.

Ewan bebió un sorbo y miró a mi amiga con una seriedad que el alcohol no consiguió mantener demasiado tiempo.

—Podríamos intentarlo nosotros.

Laia arqueó una ceja.

—¿Intentar qué?

—Salir, cenar… comprobar si toda esta hostilidad oculta una atracción irresistible.

—¿Quieres que pruebe otra vez mi mano?

Él retrocedió y protegió ambas mejillas.

—Confirmado: sigue habiendo química.

La carcajada de Laia atrajo la atención de varios invitados. Después lo agarró por la solapa, lo acercó y le advirtió que quizás aceptaría una cena si prometía mantener las manos a la vista. Ewan estuvo de acuerdo antes de que terminara la frase.

—¡Dejad de cortejaros y venid a cantar! —les ordenó Su Majestad —. No pienso cumplir ciento cinco dos veces porque vosotros tengáis problemas sentimentales.

Nos reunimos alrededor de la tarta. Eric ocupó un lado de la silla y la pequeña Morag el otro; Cameron permaneció detrás de mí, con una mano sobre mi cintura, mientras Ewan y Laia llegaron discutiendo acerca de si aquella cena podía considerarse una cita.

Morag apagó las velas con ayuda de los dos pequeñajos y recibió un aplauso que hizo vibrar las copas. Al contemplar a mi familia, pensé en la resaca, la americana y el embarazo que me llevaron hasta allí.

Todo empezó con el hombre equivocado. Y, por algún maravilloso desorden del destino, terminó en el lugar correcto.

¡Hola! ¿Cómo estás? ¿Qué te ha parecido esta novela? Curiosidad de autora jeje.

Si te gusta cómo escribo, disfrutas con mis historias, viajas a esos lugares donde los personajes viven mil y una aventuras, y quieres estar al día de mis novedades, puedes seguirme en la página de Amazon y en mis redes.

¡¡Nos vemos por allí!!

Sarah Rusell.

Facebook: Sarah Rusell

Instagram: @sarah_rusell_autora

Página de autora: relinks.me/SarahRusell

Twitter: @ChicasTribu